SALVADOR S. MOLINA

EL MAL HIJO



ESPASA

Índice

Sinopsis

Es uno de los veranos más calurosos que se recuerdan en la huerta murciana. Una abuela y su nieto de once años atraviesan los campos infinitos de limoneros y paleras comidas por la cochinilla. Es allí donde ella quiere mostrarle algo que nadie más ha visto: en una vieja caseta de labriegos, la Pascuala tiene secuestrado a su propio hijo.

Cuando su padre desaparece, Rubén se muda a vivir con su abuela, a la que apenas conoce. Hasta entonces se ha criado con su madre, con su familia gitana; y es que Rubén tiene dos mitades, dos sangres.

Es en esos días interminables de calor, en Alhama de Murcia, un pueblo quemado por el sol y rodeado de inmigrantes que recogen las cosechas, donde el nieto descubre todo lo que nunca supo sobre su padre mientras deja atrás los últimos días que le quedan de niñez.

Solo entonces Rubén comprenderá hasta dónde está dispuesta a llegar una madre, una abuela, para cuidar de su familia.

El mal hijo

Salvador S. Molina



A los que siguen. A los que volverán.

No conoces mi pueblo, pero seguro que te suena.

COLIN BARRETT, *Glanbeigh*

El país del sol

1

Era allí, cerca de donde los negros recogían las cebollas. De los campos infinitos de lechugas y repollos, de limoneros y paleras comidas por la cochinilla. Donde los pájaros caían del cielo muertos por el calor. Donde el aire arrancaba el olor de la huerta profunda. Era allí donde mi abuela tenía encerrado a mi padre.

—Ven. Vamos. Ten cuidado donde pisas. Hay culebras.

Mi abuela iba delante. Yo, unos pasos más atrás. El sol empezaba a dejar de sentirse y se escondía detrás de la loneta blanca que cubría los parrales, como si quisiera desentenderse de lo que la Pascuala estaba a punto de enseñarme; yo estaba a tiempo de hacer lo mismo. Giré la vista: el Renault verde oliva seguía allí, aparcado bajo la sombra de los arcos del puente de la Rambla Celada. La gente del pueblo le tiene miedo a ese puente. Dicen que está maldito. Que es algo así como un imán que atrae todo lo bueno para destruirlo. Justo ahí se mató el padre de la Merche, una de clase, hace un año, o dos, no sé, fue a comprar alfajores a una pastelería de Totana y se le salió el coche y ahí se le terminó la historia. Otros vienen en bici o en moto, o los que tienen menos prisa vienen andando, y luego se tiran. He oído que en Escocia hay un puente parecido donde los perros van a matarse. En fin. Hay cosas tan extrañas en el mundo que son como de chiste.

La Pascuala dejó de caminar. Así al trasluz parecía una espiga, delgada, seca y doblada. Iba con delantal. Nunca se quitaba ese delantal que olía a lejía. Como sus manos. Sus manos también olían a lejía. Entonces me hizo un gesto para que la alcanzara, para que le ayudara con las bolsas. Las asas le acuchillaban la mano.

Esa tarde le llevaba preparado un cacharro con alitas de pollo. Eran sus favoritas.

—Se las hago por cada cumpleaños. ¿A ti te gustan las alitas?

Dije que sí, aunque no estaba seguro de haberlas probado.

—Sí.

—Cuando era chico, cuando volvía del colegio, casi sin darse tiempo a quitarse la mochila, tu padre se me sentaba a la mesa, dando salticos, así como un grillo, pidiéndome que le pusiera sus alitas empanadas con un poco de mayonesa que le hacía yo misma.

También le habíamos preparado matasuegras, con su mantequilla y su coco rallado. Esa mañana habíamos ido expresamente al Mercadona a comprar el coco rallado. Para mí ese coco no es coco de verdad. No es como el coco que venden los ecuatorianos en la feria, no sabe igual, no se te queda entre los dientes, no se te hace pasta en la boca. Pero hay veces en que no se puede tener todo. Mi abuela le llevaba, además, una botella de Lanjarón rellena con un mejunje casero que ella misma le preparaba, con miel, limón y eucalipto. Decía que era para los dolores de barriga, para que mi padre dejara de temblar y de sudar esas gotas heladas que le encharcaban la frente. Para que se curara.

Luego, el regalo. No se nos había olvidado. Porque ¿qué es un cumpleaños sin regalo? Le habíamos comprado un bote de Nenuco, para que se echara por el cuello y los brazos. Así se le quedarán bien fresquitos, me había asegurado mi abuela en la droguería de la Toñi.

—¿Cuántos cumple?

—Treinta y cuatro. Lo tuve tarde yo. Con casi cuarenta. Cristo bendito.

Me contestó sin mirarme. Después hizo algo así como encogerse de hombros.

Había vida en la huerta. Algunos trabajadores seguían desperdigados por los campos, a lo lejos, apilando las últimas cajas de hortaliza para la jornada del día siguiente. La mayoría eran negros vestidos con camisetas de selecciones de fútbol. Estaba la de Francia, Argentina, Italia, Alemania, Senegal, pero la mayoría llevaba puesta la de España. Al verlos así, de tan lejos, se me figuraron a esos bustos de piedra que había visto alguna que otra vez por la tele, en esa isla perdida en mitad del océano que ahora

no sé cómo se llama, pero que está muy lejos de aquí. Aunque a mí todo me parece que está la hostia de lejos. Tanto como supongo estarán las estrellas.

Cruzamos un caño que separaba los parrales de un camino con marcas de ruedas de tractor. De fondo, escuchamos al capataz gritándole a los jornaleros que movieran sus culos negros y cargaran en el camión los capazos cagando leches, que estaba hasta la polla de llegar tarde a casa.

—Vaya lengua. La gente que usa esas palabras es peor que los animales. Con lo bonito que tiene que ser utilizar las palabras así como bien. Tú prométeme que cuando crezcas no vas a hablar así.

—¿Así cómo?

—Mal.

—No hablo mal.

Y era verdad.

—Ya lo sé. Ya sé que tú no eres de hablar mal.

Llevábamos varios meses sin ver una gota de lluvia. El calor era insoportable. El suelo estaba seco. La tierra parecía piedra. Hacía tanto calor que te dolía la piel; si te quedabas así, quieto, podías notar cómo se te derretía. Mientras caminábamos, el aire espeso nos aplastaba contra el suelo. Mi abuela se tuvo que parar a respirar. Se quedó con las manos a la cintura, tomando aire por la boca. Cuando fui a ver si estaba bien, me pareció la mujer más vieja del universo.

Tiré de las asas de la bolsa, reclamándola. Hizo por sonreír, despejándose el pelo de la cara, poniéndose recta y tratando de parecer entera. Habló por fascículos.

—No. Déjate. Ya está. Ya casi estamos.

Señaló la huerta. Seguí su dedo huesudo. Apuntaba algo que resaltaba entre los naranjos. Una construcción. Una caseta pequeña difuminada por el calor.

—¿Es ahí?

No dijo nada. Siguió respirando el aire caliente de la huerta con la necesidad de quien cree que va a ser la última vez. Y estuvo así, de pie, en silencio, observando la caseta, los campos que se perdían en un horizonte anaranjado, seco y olvidado, tan triste que

en el fondo podía llegar a ser hermoso.

—¿No hueles?

Siempre había pensado en mi abuela como una mujer feliz. De hecho, nunca había caído en la cuenta de que alguien podía no serlo. Pero qué va. Ahora sé una cosa y es que eso de la felicidad es una mentira; es como esas sonrisas blancas de los anuncios de pasta de dientes. Por aquel entonces yo no sabía esto, así que me asustó descubrirlo, porque me pareció ver de pronto todas las cosas horribles que hay en el mundo y que, hasta ese momento, por yo qué sé qué, no había visto. Una de ellas, que mi abuela no era feliz. Que nunca lo había sido. Y que yo tampoco lo era. Nos vi allí, entre limoneros, mosquitos, calor y el canto de las chicharras, y supe que a lo mejor eso de la felicidad era cosa de la sangre, que se transmitía de padre a hijos, que era una herencia.

Y si era así, yo estaba bien jodido.

—Huele a tu padre.

Olisqueé el aire hirviendo y fui incapaz. Lo que sí pude fue sentir por dentro la electricidad repentina de las tormentas de verano. Era mi padre. Vibraba. Y estaba cerca.

Sólo tenía que seguir adelante.

2

Esto sucedió en uno de esos lugares donde nadie cree que pueda suceder nada. Un pueblo del sur. Uno de tantos que, al ser todos iguales, podría ser cualquiera. Cuando vives abajo del todo tienes la sensación de estar abandonado. De esperar. Puedes tirarte toda la vida esperando. ¿A qué? No se sabe muy bien. Pero se tiene esa sensación. Como un perro. Como uno de esos perros que abandonan en las gasolineras perdidas y que ahí se queda, no se mueve, durante días, con el rabo entre las piernas y las orejas gachas, esperando a que vuelvan a por él.

—Alhama. ¿Tú sabes lo que significa Alhama?

No era verano aún, pero eso no quitaba para que hiciese un calor de pelotas. Estábamos donde siempre estábamos por esos días, en las pistas de fútbol del Praíco. El Pelos estaba demasiado callado y no había probado su bocadillo de quesito con mortadela con aceitunas negras que su madre le había preparado para merendar. El Pelos tenía anemia. Le faltaba hierro en la sangre. Así que lo inflaban a comer a todas horas y a veces mi amigo tenía la impresión de que su familia lo único que quería era cebarlo como a un cerdo para luego hacer salchichas y sobrasada y morcillas y esas cosas con él, porque aseguraba que eran caníbales. Pensaba todo esto porque su abuela vivió la guerra y lo pasó muy mal, y pasó tanta hambre que cuando ella y sus hermanos tuvieron que estar meses escondidos, no les quedó otra que comerse a su padre, que lo tenían allí muerto, y en vez de dejárselo a los gusanos, decidieron comérselo ellos mismos. Yo esto no me lo he creído nunca, para mí que es una mentira así de grande, pero, no sé, eso no quita para que sea una historia bonita. El caso es que antes de acostarse, su madre le obligaba a tomar una cucharada de aceite de ricino, que dicen que es bueno, que da salud, aunque los médicos

no lo receten porque puede ser tóxico. Así que, al verle así, tan mustio, pensé en lo del ricino, y le pregunté que qué le pasaba, si es que le había dado un aire o algo. Sólo chasqueó la lengua, así como hace él. Miró las montañas, hacia Sierra Espuña, y me preguntó si yo sabía lo que significaba el nombre de nuestro pueblo.

—Es sólo un nombre.

Le respondí sin saber que hay veces que los nombres tienen un significado y que están puestos por alguna razón.

Me pregunté qué significaría el mío.

—No. Este no.

Estornudó. Se rascó la nariz tanto y tan fuerte que se le quedó roja. Se le quedó colgando un moco seco que acabó cayéndosele solo, como decían que se le caían las bragas a su hermana Andrea cada vez que salía los sábados por el Ninfas.

—Alhama. Es moro, ¿sabes? Se lo pusieron los moros cuando estuvieron aquí hace tropecientos años.

Hizo una pausa. Esperó a que pasaran un grupo de zagales de nuestra misma clase que corrían sin ninguna razón. Qué cosas. Con once años uno va corriendo a todos sitios. Vete a saber por qué.

—Agua de Dios. Agua sagrada. —Como no dije nada, el Pelos no tardó en puntualizar—: Es eso. Eso significa.

—Pero si aquí no tenemos agua.

Mi amigo se mordió la lengua, indignado, sacudiendo la cabeza, harto de pensar y no encontrarle el puñetero sentido al asunto. Yo tampoco entendía nada.

—Lo he mirado en Wikipedia.

No volvimos a hablar en toda la tarde. Yo pensé en esa cosa de los nombres, en lo que significaban. Rubén. Pensé en mi madre, en mi padre, en el momento en el que se sentaron frente a frente para decidir qué nombre ponerme. Pero no me imaginé a mis padres haciendo eso, haciendo algo que sólo hacen los padres normales. Mis padres no eran normales.

El Pelos y yo estuvimos allí sentados hasta que se encendieron las farolas y vino el conserje a decirnos que si es que no teníamos casa. Mi amigo no se había comido el bocadillo: volvió a

envolverlo en el papel albal y se lo guardó para la merienda del día siguiente.

—¿No te lo vas a comer?

Algo me decía que cuando llegara a casa mi madre no me tendría la cena preparada. El Pelos miró su bocata, me miró a mí y chasqueó la lengua. Asustaba lo bien que se le daba leerme la mente. No tuvo que preguntarme si lo quería. Por eso era mi amigo.

Todavía después, caminando de vuelta, mientras notaba la grasilla de la mortadela pegándose al papel de plata, apestándome las manos, seguía dándole vueltas a lo del puñetero nombre.

—¿Tú crees que este pueblo ha tenido alguna vez algo sagrado?

—Qué coño. Aquí no ha habido nunca nada sagrado.

—Ni agua.

—Eso seguro. Y mucho menos agua.

3

En el instituto nos han hecho leer *La casa de Bernarda Alba*. Me ha dado un miedo del copón, en esto no voy a mentir. Ha sido la cosa más de terror que he leído y que leeré en mi santa vida. No es que vaya de fantasmas, ni zombis, ni nada de esas tonterías. Monstruos sí. Está llena de monstruos. He visto monstruos en todas partes, escondidos bajo la carne y el luto, tras las ventanas cerradas y el calor de la casa. La tristeza, eso. La tristeza de las paredes de cal blanca, la que sale de las bocas de las hijas. Yo conozco esa tristeza. La conocí en el verano de hace tres años; esa misma tristura que se respiraba en casa de mi abuela Pascuala.

Fue ella la que abrió la puerta y dejó que entrara primero como se hace con los invitados. Las ventanas del pasillo estaban cerradas; parecía de noche, aunque afuera brillara el sol y el reloj marcara las seis de la tarde. Hacía un calor del infierno. Pero eso no iba a hacer que mi abuelo se quitara la bata a cuadros. Asomó la cabeza por el hueco de la puerta de la salita nada más oírnos entrar en la casa. Le costó reconocerme. Llevaba ya un tiempo que le costaba reconocer a la gente.

—¿Qué hace este aquí?

Fue el miedo. Lo he sabido de siempre. Compartíamos el miedo que nos teníamos el uno al otro. Así es fácil reconocerse. El abuelo me aterraba porque era como un saltamontes. Y los saltamontes se comen todo lo que sea verde. Él pensaba lo mismo de mí.

—Nada, que se viene. Va a pasar el verano con nosotros.

Mi abuela procuró sonar entera.

—¿Y después?

—Después ya se verá.

Para dar a entender que ya estaba todo dicho y que no quería

discusión, mi abuela cerró la puerta echando el cerrojo. Con disimulo, dejó las llaves del coche en un cenicero que había al lado de las fotos. Era de arcilla, el cenicero, y ponía «Fui feliz en Mojácar».

—Aquí con nosotros no se va a quedar.

—Baudilio.

—¿Y su padre? ¿Por qué no se ocupa su padre?

—¡Baudilio!

Y Baudilio dejó de rechistar. Fue la primera y última vez que vi a mi abuela levantar la voz. Hacerle frente a mi abuelo. Si esto hubiera ocurrido cuatro años antes, estoy seguro de que mi abuela no se habría atrevido ni a pestañearle.

—Ven. Vamos a dejar tu ropa en tu habitación.

Me agarró por los hombros, guiándome por el pasillo largo, estrecho, en penumbra, hacia la habitación del fondo. La habitación de mi padre. Antes, sobre el mueblecito recibidor, vi las fotos de mis primos una al lado de la otra, bien enmarcadas. Se los veía de bebés y se los veía ahora con el uniforme del colegio. Estaban tela de guapos. Había que ser muy envidioso para no reconocer lo guapos que salían en esas fotos. No vi ninguna mía.

Desde la salita oí la tele, la película de Bruce Lee que estaba viendo mi abuelo. Cómo le gustaba el Bruce Lee. Lo que no sé es si él era consciente de que era chino. Mi abuelo odiaba a los chinos. El Baudilio odiaba tantas cosas que no merecía la pena preguntarse de dónde le venía todo. A lo mejor, de haberlo sabido, jamás habría vuelto a ver una película de Bruce Lee.

Me llegó su voz vieja y cascada por el tabaco. Una voz que moría en la oscuridad de la casa. Le escuché escupir:

—Son iguales. Los dos. Del mismo cuajo.

4

Mi padre y yo. En la piscina. En la piscina del pueblo. Saltando la valla. Durmiendo acurrucados sobre unas hamacas. Escuchando de fondo el partido del mundial. Ese es el último recuerdo que tengo de él antes de que nos volviéramos a encontrar en aquella caseta perdida en la huerta.

Fue a por mí a casa de mi madre. Silbó de esa manera tan rara. Utilizaba los dos meñiques. Siempre hacía lo mismo. Silbaba una, dos o tres veces, o las que hiciera falta, no dejaba de hacerlo hasta que yo no salía al portal. Era su señal. Nuestro código secreto. Decía: tú y yo nos comunicamos como lo hacen los lobos. Aúllan y acuden a la llamada. Mi padre tiene un lobo tatuado en el antebrazo. Está mal hecho. Descolorido. Pero, de todos los que tiene, es su favorito.

—Tu madre. No le habrás dicho que te venías conmigo.

Esto me lo preguntó mientras salíamos del barrio, de las casas bajas, con la cabeza gacha, procurando que le vieran lo menos posible. Sé de algunos a quienes les habría encantado partirle las piernas de haberle visto por allí. Mi padre no era bien recibido en muchos sitios. Él siempre fue más de deshacer que de hacer. Llegó un momento en que se vio obligado por narices a vivir pegado a la sombra de las paredes.

—No le he dicho nada.

—¿Nada?

—Estaba durmiendo.

—Vaga de mierda. ¿Te lleva al colegio o se sigue quedando *torrá*?

—Voy andando. Voy con el Pelos.

—Eso está bien. Las clases son sagradas, Rubén. Lo más importante.

Mi madre era gitana. Mi padre no. Eso trajo problemas desde el principio. A mi padre, digo. La familia de mi madre quiso matarlo cuando se enteró. Tuvo que pasar la prueba. Para ganarse su confianza, vaya, la de los gitanos, la del barrio. A mí me lo han contado alguna que otra vez y nunca me ha quedado muy claro, pero creo que la cosa consistió en que mi padre tuvo que coger a mi madre y llevársela bien lejos y desaparecer unos meses. Sin dinero. Sin nada. Tan sólo ellos dos. Debían sobrevivir. Él cuidar de ella. Demostrar que sería capaz de proteger a mi madre por siempre, pasara lo que pasara. Así que vivieron juntos en un Seat Toledo, viajando por la costa de Almería. Después de no sé cuánto regresaron al pueblo, al barrio, a las casas bajas. Mi madre estaba embarazada.

Me gusta pensar que fui concebido en alguna playa de Almería. Que soy un niño de sal. De arena. Un niño del agua.

Esa noche, mi padre me llevó a las pistas del Guadalentín. Allí, aparte de la piscina del pueblo, había también una pista gigante de atletismo que se construyó después de que Peñalver ganara la medalla de plata en las olimpiadas de Barcelona. Era nuestro alhameño más famoso. Creo que no hay más. Con uno ya es suficiente, supongo. Yo casi nunca voy al Guadalentín porque está donde los chalés de los ricos, con sus jardines y perros lustrosos; las veces que me he dejado caer por ahí noto que me miran como el que busca una cucaracha para rematarla con la zapatilla. No les culpo, de verdad que no. Yo haría lo mismo con ellos.

El caso es que saltamos la verja del Guadalentín. Mi padre tuvo que ayudarme. Me dijo que no hiciera ruido. Una vez dentro, caminamos por donde no daba la luz de las farolas, entre los árboles, y llegamos a la piscina, tranquila, enorme, de agua oscura. Olía a cloro. Y a galán de noche. La manera tan mecánica con la que mi padre dispuso las tumbonas al lado del trampolín me hizo pensar que no era la primera vez que hacía algo así.

—Túmbate. Sin miedo. Que no va a venir nadie. Esta noche tú y yo vamos a ser los reyes de todo esto, ¿eh?

Lo hacía mucho. Era su coletilla. Ese «¿eh?» al final de cada

frase, demostrando constantemente su miedo a no ser entendido.

—Los amos. Sí, señor.

No supe de dónde la sacó, pero cuando vine a darme cuenta mi padre había encendido una pequeña radio de esas que ya no se ven, con antena y ruleta para buscar la emisora. Puso el fútbol. Era el mundial. Jugaban Rusia y Croacia. España ya estaba eliminada. Observé a mi padre mientras trasteaba el aparato.

Se frotó la nariz cuando vio que le estaba mirando.

—¿Qué? ¿Qué me miras?

—Nada.

—¿Nada? Me estabas mirando, Rubén, así como… Si me tienes que decir algo, me lo dices, que soy tu padre, cojones, y no me vuelvas a mirar así más, que te cruzo la cara, ¿eh?

—Que vale.

—¿Por qué me estás mirando así?

Empezó a morderse el poco pellejo que le quedaba entre las uñas. Había llegado prácticamente al hueso. Le empezó a sangrar. Me recordó a mí la vez esa cuando en el colegio nos tuvieron a todos esperando en una cola inmensa para que nos vacunaran. Me mordí tan fuerte los carrillos que me los hice puré. Odio las agujas.

—Es por lo que dicen. Pero que no…

—¿Qué dicen? ¿Ha sido tu madre, el *joputa* de tu tío?

—Que no, los de la clase. No sé. Lo que dicen. Da igual. Si es mentira.

Cada vez que lo veía estaba más flaco. Más pálido. Me agarró por la nuca al volver a cazarme mirándole los brazos en busca de todas esas cosas que se decían de él. Sentí sus dedos helados apretándome, como si quisieran traspasar mi cráneo.

—En la puta vida vuelvas creerte ni media de lo que te digan por ahí de mí. Aquí el único que te va a decir la verdad siempre va a ser tu padre.

Terminó soltándome cuando se dio cuenta de que, si seguía apretando, me iba a reventar la cabeza. Despegó despacio sus dedos, mirando al suelo, trayendo un silencio de esos en los que se te escuchan hasta las tripas. Estuve por levantarme y largarme de allí, pero justo cuando fui a hacerlo me di cuenta de que, si lo

hacía, podría ser uno de esos momentos en los que sabes que puedes provocar algo mucho peor. Así que me quedé donde estaba. Con mi padre.

—Te voy a decir la verdad, hijo. Soy un vampiro.

Sonrió, aunque eso no fuera lo que le apeteciera. Se chupó la sangre que le caía de los dedos. Volvió a tocarse la nariz. Se repasó las aletas. Vi que las tenía peladas. Desgastadas.

—Fui a cenar a un chino, ¿sabes? A un chino de esos con bufé, por el polígono. Puta mierda es lo que te dan de comer ahí. Todo aceites y sucio y yo qué hostias sé. Para mí que fue el pollo que me pusieron, que a saber si era pollo, rata, gato o vete a saber… Pero estoy bien, ¿eh? Estoy hecho un toro.

—Sí.

Dudó, lo vi titubear, volvió a agarrarme por la nuca. No me hizo daño.

—Lo siento. Si te has asustado. Te prometo que no voy a darte un susto igual en la puta vida, ¿eh?

Por las pocas fotos que había visto de él, mi padre había sido muy guapo. Rubio, con el pelo anillado. Seguro que mi madre y él se enamoraron al instante, nada más verse. Seguro que no fue así, pero me imagino que se conocieron en las fiestas del pueblo. Durante la feria. En alguna carpa con música de fondo. No sé por qué me imagino algo así. Supongo que porque creo que me gusta pensar que alguna vez se quisieron.

—¿No te vas a pegar un chapuzón?

Señaló la piscina.

—No he traído bañador.

Le debí de hacer gracia. Mi padre sonrió. Enseñó los dientes. Le faltaban unos cuantos. Los últimos. Algunas muelas. Parecía un viejo.

—Venga, hijo, joder, que ya me tienes los once cumplidos. Con la polla al aire, ¿eh? Es lo mejor del mundo.

Marcaron un gol. Los de la radio anunciaron un gol de Croacia. Mi padre aplaudió y dijo que los croatas sí que saben darle al balón. Quería que ganaran el mundial, cuando posiblemente antes del mundial ni siquiera sabría que Croacia era

un país.

—¿Tú qué es lo que quieres ser de mayor, hijo?

—No sé.

—No sabes.

—No.

—Entonces qué, ¿vas a trabajar en la fábrica? —Mi padre se incorporó, achinando los ojos por culpa del cloro que flotaba en el aire—. ¿Hacer mortadela, chorizos, imperiales y putas salchichas?

Le miré sin decir nada. Alguien tiene que hacer salchichas, me entraron ganas de decir.

—¿Qué quieres? ¿Terminar como yo?

—No sé.

Oímos un ruido a lo lejos, fuera de la piscina. Mi padre se puso en alerta. Al rato todo volvió a estar en silencio. Sólo escuchamos algún que otro perro. Los perros de los pijos de los chalés ladran por nada.

—Tú estudia. Pero la fábrica no. Eso es lo último, ¿estamos?

—Bueno.

—Estudia algo donde ganes pasta. Sin jefes. Donde no te manden. Donde no tengas que darle cuentas a nadie. —Y señaló la radio—. Futbolista, ¿eh?, o qué. ¿No has pensado en ser futbolista?

—Alguna que otra vez.

Mentira. No me gusta el fútbol. Pero yo hacía como que sí cuando estaba con él, porque sabía lo mucho que le gustaba que a mí me gustase. No quería ponerle triste.

—Yo podía haberme dedicado a esto. Ser alguien. Ya lo sabes, ¿no? —Asentí—. Lo que pasa es que fui gilipollas. Eso es lo que me pasa. Que soy gilipollas.

A mi padre no se le dieron bien los estudios. Nunca. En el colegio se escondía en los baños para fumarse los Ducados que le robaba a su padre. Decía que no iba a estudiar, que para qué, si él lo que quería era ser portero de fútbol. De fútbol sala. Y estuvo a punto de conseguirlo. Por lo que me decía la gente, mi padre llegó a ser un crack. Así lo decían: tu padre era un crack. Un crack. Sólo he escuchado esa palabra cuando hablaban de mi padre. Resulta que nunca llegó a nada porque no tenía la cabeza donde debía

tenerla. Le partieron el hombro en una pelea, y como le operaron mal, el hombro nunca llegó a estar del todo en su sitio. Tuvo que colgar las botas y los guantes. De vez en cuando se le salía el brazo de su sitio, sobre todo mientras trabajaba, mientras colgaba y descolgaba cientos de jamones al día. Pero hacía tiempo que había aprendido a ponérselo él solo. Se cogía de la muñeca, tiraba así, para arriba, y se lo recolocaba. Yo mismo se lo había visto hacer un par de veces.

—Te voy a contar una cosa. ¿Quieres o estás cansado? ¿Quieres dormir?

—No.

—No se la he contado nunca a nadie, creo… Si te la cuento, ¿vas a soltársela a alguien?

—No.

—Vale. Entonces, sí. Entonces, te lo cuento.

Metió los pies en el agua tranquila de la piscina. Hasta los tobillos. Se quedó sin decir nada tanto tiempo que creí que se le había olvidado lo que iba a contarme.

—En un entrenamiento, tendría tu edad más o menos…, en un entrenamiento estábamos todo el equipo en el campo, haciendo un rondo; acababan de abrillantar la pista y olía a betún. A los zapatos de tu abuelo, ¿entiendes lo que digo? Bueno, pues en una de esas vi sentado en las gradas a un tío trajeado que no dejaba de mirarnos. Era un viejales con pinta de tener pasta, ¿sabes la pinta que te digo?

—Sí. No sé.

—Su corbata, hijo, Rubén, su puta corbata. Rojiblanca. Los pelos se me pusieron de punta: ese viejo era un ojeador, del Natur, del Santiago, El Pozo…, yo qué coño sé… ¿Te imaginas a tu padre jugando en El Pozo?

Le recorrió un escalofrío que le hizo tartamudear. Después se encendió un cigarro y siguió hablando mientras hacía así con la cabeza.

—Me dejé la piel esa tarde. La virgen que sí. Paré lo que no estaba escrito. No me colaron ni uno. El míster incluso me felicitó al terminar el entrenamiento, para que veas.

—¿Y el de la corbata?

Ahí me cogió del pie, del tobillo, y me lo sacudió como si con ese gesto intentara hacerme ver que debía prestar atención a partir de ahora.

—El de la corbata aplaudió tanto que no sé cómo no se le cayeron las manos ahí mismo. Rubén, hijo, lo que te digo es que por un momento me vi donde tantas veces me habían prometido que estaría. Porque así era como tenía que ser. De qué sirve que te digan lo bueno y grande que eres y lo lejos que vas a llegar si luego es mentira y no llegas a pedo, ¿eh, no? Ya está. Lo has hecho, me dije. Te largas de aquí. —Dejó de mirarme, de sujetarme el tobillo. Volvió la cara hacia la piscina. Me escondió los ojos detrás del humo que escupía por la boca. Sonó tan triste que parecía querer tragárselo todo—. Me fui para las duchas. Les dije a mis compañeros si habían visto al carca de la corbata. Para mí que es un ojeador, les solté. Gilipollas… Mis compañeros se miraron y se partieron el pecho de la risa.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque el tío de la corbata no era nadie. Era el abuelo del Ayala, uno del equipo. Un puto viejales que se ponía corbata hasta para ir a por el pan. Un abuelo que fue a ver entrenar a su nieto. Ya está.

Rusia empató el partido. Y yo no supe qué decir. No sabía si mi padre estaba esperando a que reaccionara de alguna manera. Me daba la espalda, aunque sabía que me miraba de reojo, como un niño chico.

—Papá.

Mi padre se rascó los ojos. Despertando.

—Dime, hijo.

—¿Por qué me llamo Rubén?

Pensé que iba a calzarme una hostia. Pensé que me la merecía, en realidad. Mi padre acababa de contarme algo que no le había contado a nadie más y yo le salía con esa pregunta. Pero no hizo nada de eso. Se quitó la camiseta y me la echó por encima para que no cogiera frío. Echaba peste, pero no dije ni mu. Olía a sudor. A sudor y a portal.

—Duérmete, anda. Que mañana hay que pirarse antes de que venga el guardia.

Me dio un beso en la frente. Y se me quedó mirando, así como si quisiera decirme algo que yo no lograba saber lo que era. Siempre he sido más de sentir que de pensar. Así que supongo que me bastó con eso, con sentir lo que quiso decirme.

—Oye.

—¿Qué?

—Que te quiero.

Me di cuenta de una cosa. Era la primera vez que se lo decía. Y yo no lo sabía, pero también sería la última.

—Lo sé. Lo sé, porque yo también te quiero. Que no se te olvide.

Luego apagó la radio.

Croacia perdió el mundial.

5

Le pregunté a mi madre que por qué Rubén.

Estaba acostada. Eran las doce de la mañana y seguía acostada. Me dijo que por qué le preguntaba eso. Y yo le dije que los nombres tienen un significado, que quería saber cuál era el mío.

Apaga la luz.

Ya está. Eso me dijo. Apaga la puta luz.

Luego miré en internet. Le cogí el móvil a mi tío y puse en Google: «Significado del nombre Rubén».

Esto fue lo que encontré:

RUBÉN

GÉNERO: masculino.

SANTO DE RUBÉN: 4 de agosto.

ORIGEN DEL NOMBRE RUBÉN: hebreo.

SIGNIFICADO DEL NOMBRE RUBÉN: Rubén es un nombre bíblico, ya que fue el hijo de Jacob y Lía y dio nombre a la tribu de los *rubenitas*. Rubén proviene del hebreo *ribal* y significa: «¡Mira, un hijo!».

Los hombres que poseen dicho nombre se caracterizan por ser responsables, inquietos, prácticos y muy sociables, hábiles en las relaciones con otras personas. También son independientes, pero necesitan tener cerca a sus seres queridos. También son curiosos y tienen mucha voluntad en el trabajo, en el día a día.

En cuanto al amor, Rubén suele dar mucha importancia a su vida sentimental, se entrega a su pareja y lo da todo para conseguir el amor que quiere obtener. Suele ser muy caballeroso y elegante, aunque su indiscreción le causa muchos problemas. Le cuesta mucho trabajo intimar con alguien, y cuando lo consigue se aferra con todas sus fuerzas, aunque esa persona no sea del todo agradable para él.

> En España no ha sido frecuente este nombre hasta el siglo XX, en buena parte por la influencia de personajes como el escritor Rubén Darío. En la actualidad es un nombre muy común. Su santoral es el día 4 de agosto.
>
> Algunas personalidades famosas que poseen este nombre son el actor Rubén Cortada o el cantante Rubén Pozo, que perteneció al grupo musical Pereza.

No entendí nada.

Luego vi que Rubén Darío era un poeta. Leí algo de él, y entendí menos todavía. Escuché también algo de Rubén Pozo, una canción sobre descampados. En Alhama había muchos descampados. Así que me gustó algo más que lo del tal Darío.

El caso es que me tiré noches sin dormir dándole vueltas a lo que había leído, a lo del nombre y a otras preguntas que me surgieron solas, como si era verdad eso de que este pueblo era un lugar sagrado, si estaba bien odiar a mis padres, no querer ser como ellos, por qué me tenía miedo o por qué los viejos siguen jugando a la lotería. Preguntas que sólo hicieron que me cabrease porque yo, de siempre, no he sido alguien que se pregunte nada.

6

—¿Tiene cáncer?

Estábamos en la cocina, cenando una tortilla de alcachofas. Bueno, ella no; mi abuela no cenaba. Ella más bien me veía cenar a mí. Me había hecho una tortilla de tres huevos y preparado una ensalada con tomate de pera y algo de cebolla. Mi abuelo seguía en la salita, con Bruce Lee.

Pregunté lo del cáncer sin saber exactamente qué era eso de tener cáncer. Al Paco, uno de clase, se le había muerto su madre de cáncer de hígado. Era la única enfermedad grave que me sabía.

—¿Cáncer? No. Tu padre no tiene cáncer.

Mi abuela sí tenía, pero no me lo dijo en ese momento. Ni a mí ni a nadie. Nos enteramos hace poco, cuando la cosa estaba ya bien jodida. A lo mejor debimos habernos dado cuenta antes, cuando se podría haber hecho algo. Pero la cosa es que ninguno mirábamos a mi abuela Pascuala con la atención suficiente como para darnos cuenta de que estaba escacharrada. Por ejemplo, no cenaba. Nunca. Decía que le dolía al tragar. Que por la noche tenía tan pocas fuerzas ya dentro que tenía miedo de comer y que se le quedara atascada la comida en la garganta. Sólo se bebía un vaso de agua con limón, y unas pastillas rojas que decía que eran para que pudiera dormir y se le quitara el dolor de los huesos. Ella le hacía la cena a mi abuelo, a eso de las siete, y después fregaba los platos y se sentaba en la silla de enea de la cocina esperando a que le hiciera efecto el medicamento y dejara de sentir el dolor de huesos. A veces también hacía manualidades. Cruces, por ejemplo. Eso le aliviaba el dolor. Le gustaba hacer cruces con las pinzas de la ropa. Ese verano me regaló una cruz que había hecho. Me dijo que le rezara todas las noches, que la escondiera debajo de la almohada y pidiera por mi padre y por ella, para que el de ahí

arriba la mantuviera viva el mayor tiempo posible.

—¿Entonces? ¿Qué tiene?

—Tiene algo que se puede quitar. Pero necesita estar solo. ¿Entiendes?

—O sea, que no se va a morir.

—No. No te preocupes, que no se va a morir.

—No, no. Si no me preocupo.

La tortilla se me acumulaba a un lado de la boca, haciéndose bola. No me apetecía seguir comiendo. Dejé el tenedor a un lado. Eso era lo que hacía siempre que no quería seguir comiendo. Dejaba el tenedor a un lado y miraba arriba, al techo.

—Puedo llevarte con tu madre si quieres.

—Aquí estoy bien.

Lo dije de pronto, con una voz que de no haber salido de mi boca, habría pensado que era la voz de alguien diferente. Casi nunca digo la verdad. Esa vez sí.

Vi sus manos cuando cogió las mías. Dedos largos, manos blancas y manchadas, surcadas de venas. Unas venas que parecían los ríos muertos de la región, el río Segura, Guadalentín, Argos, Luchena y el Turrilla. Sé de pocas cosas en esta vida, una de ellas es de ríos, vete a saber la razón y si eso sirve para algo, pero me los sé todos. Pensaba en los problemas acuíferos de la región mientras tocaba la piel helada de sus manos. Al poco noté cómo se le calentaban, envolviéndose entre mis dedos, y me vino algo tan tonto como la de cosas que habrán acariciado los dedos de mi abuela. En si alguna vez esas manos habrían acariciado a mi padre, de niño, de la misma manera que me acarició a mí la noche que me mudé a vivir con ella.

—Nunca te va a pasar como a tu padre. Mientras estés conmigo no voy a dejar que te pase nada malo, Rubén.

A mí siempre se me ha hecho raro, escuchar mi nombre, me refiero. Es como si en la voz de otro sonara a alguien totalmente diferente. La falta de costumbre, supongo. Pocos me llaman por mi nombre. La mayoría prefieren «gitano», «melocotonero», «zagal» o, directamente, «eh, tú». Y no me estoy quejando, ojo. Cada uno se toma como quiere lo que tiene encima. Sólo digo que me costó

identificarme con ese Rubén que salió de la boca de mi abuela. Fue por la forma en que lo dijo. O a lo mejor porque creo que hasta ese momento mi abuela nunca me había llamado por mi nombre, como si con eso intentara hacerme ver que lo que me estaba diciendo iba en serio, que no era la típica promesa que una abuela le hace a su nieto para que deje de dar la lata y se porte bien y se termine de una vez la tortilla. Mi abuela fue la primera persona que empezó a hablarme en serio. La que dejó de tratarme como a un crío.

—A tu padre tampoco. A ninguno. No os va a pasar nada malo a ninguno de los dos.

7

Tuvimos una casa. Una vez. Allí vivimos los tres. Mi padre, mi madre y yo. Sólo que yo era tan chico que no me acuerdo. Si acaso del perro que teníamos, que ladraba mucho y se cagaba por todos lados. Luego estaba el olor. De eso tengo un recuerdo tan claro como el agua. Se olía a mierda seca por todos los rincones. Mi padre le decía a mi madre que las limpiara, que para eso era su perro, pero ella decía que las limpiara él. Ninguno limpió las cacas. Prefirieron abandonar al perro en una carretera cerca del polígono por donde prácticamente sólo pasaban camiones.

Eso es algo normal, en mi familia, digo. Hacer las cosas al revés. O de una manera que para la gente corriente parecería la equivocada. Pero es que para nosotros no es la equivocada. Ni la correcta. Simplemente es la que es. No pensamos en esos rollos. Va en nuestra sangre. No es como el tipo ese de Burgos o de por ahí que salió en el telediario de por la noche que decía tener la sangre de oro porque no tenía ningún antígeno ni nada de eso extraño. Yo sabía que mi sangre era la misma que la de mi padre y que la de mi madre, y que por lo tanto éramos iguales. Que estaba condenado a no hacer las cosas de la forma correcta.

Por ejemplo, hubo un momento antes de nacer en que fui chica. O al menos todo el mundo pensó que yo iba a ser chica. Mi madre, cuando quería hacerme rabiar, no se cansaba de recordármelo, la historia de cuando le dijeron que iba a tener una zagala y luego se enteró de que no, que iba a tener un crío.

La cosa vino por mi otra abuela, la madre de mi madre. Dolores. Se murió muy pronto, poco después de nacer yo. Decían que era bruja. Que olía barrigas. Los gitanos de las casas bajas iban a verla para que oliera las tripas de sus preñadas y les dijera qué estaba por llegar. Llevaba ganándose la vida de ese modo desde

vete a saber cuándo. Ella olió la barriga de mi madre: primero se la untó en aceite de oliva y después le olisqueó el ombligo. Decían que cuando hacía eso, su respiración sonaba como una aspiradora atrancada. Que tenía una nariz tan grande que parecía postiza. Una nariz de gitano.

Es niña.

Para los hombres fue una desgracia. Para mi madre no. La desgracia debió de venir después, cuando en el parto le salió de entre las piernas una niña con pito. Estoy convencido de que mi abuela se murió por eso, por la vergüenza que le entró al descubrir que conmigo había fallado. Yo era para ella su error trágico.

Lo de vivir en familia, entonces, también se fastidió. Algo debió de ocurrir para que mis padres se fuesen cada uno por su lado. Aunque a lo mejor no pasó nada en concreto, sino que estaban pasando cosas todo el rato y la bola se hizo tan grande y espesa como la sobrasada. A mi padre se le hincharían los huevos. Ya está. Me cogió una noche y me llevó a casa de la abuela Pascuala. Se pensó que con eso hacía lo mejor para mí, pero lo cierto es que hizo lo peor para él. A los pocos días, cuando lo pillaron por la calle, mi tío Juangi y algunos más de las casas bajas le partieron los dedos por dejar tirada a mi madre; luego fueron adonde mi abuela Pascuala y la obligaron a dejarme ir con ellos. De ese momento sólo recuerdo a mi abuela arrodillada, pidiendo por favor que no se me llevaran. Y a mi abuelo en bata.

A partir de entonces viví con mi madre en la casa de mi abuela muerta, con mi tío Juangi y su mujer. Me tenían prohibido ver a mi padre. Aunque ellos no saben que estuve varios años viéndolo a escondidas, a través de las rejas del colegio, durante los recreos. Me llamaba con su silbido, yo me acercaba; metía las manos entre los barrotes y me daba Sugus de limón y de esos con el envoltorio azul que nunca he sabido muy bien a qué saben.

Luego la situación cambió, y mi abuela Pascuala trató de arreglar las cosas. Ella fue quien habló con mi madre y mi tío. Les prometió dinero, no sé cuánto, a cambio de que me dejaran estar unos días al mes con mi padre y con ella.

Mi madre aceptó.

Desde entonces hemos seguido haciendo las cosas a nuestra manera.

8

Cayó tan a plomo que pareció cualquier cosa menos lo que era. Hacía tanto calor en la huerta que los pájaros caían muertos del cielo. Este no. Este no estaba del todo muerto. Se retorcía, aleteando, cada vez más débil, hasta que dejó de hacerlo, de moverse, quedándose así como había caído, con las alas abiertas y la cabeza torcida, con los ojos abiertos. Y entonces me vi en sus pequeños pozos negros, y me vi tan diminuto que me dio la impresión de que no existía, de que no formaba parte de la tierra que me rodeaba. Que yo no era más que un reflejo en los ojos vacíos de un pajarico muerto. Me asusté tanto que eché a correr para alcanzar a mi abuela, que seguía enfilando la huerta. Ya casi estábamos, me dijo.

—Ya casi estamos.

Luego me detuve y miré hacia atrás. Volví junto al pájaro. Cogí su cuerpecito pequeño, aún caliente, y lo enterré haciendo un hoyo en la tierra, a un lado del camino. No quería que se lo comieran los gatos.

9

Aparecía por la noche. Mi padre se había convertido en un cuervo. En el espectro que sale del espejo cuando le rezas a las siete vírgenes.

Le oía entrar en casa, hacía mucho ruido, tanto que despertaba a mi abuela, que se levantaba e iba a ver de dónde venía a esas horas. Después discutían. Siempre era igual. Terminaban gritando. A veces, sólo a veces, intervenía mi abuelo y entonces sí que se armaba. Se decían cosas horribles que ningún padre debe decirle a un hijo, y que ningún hijo debe decir a un padre. Escuchaba mi nombre en boca de cada uno. Hablaban de mí como si yo no estuviese en el cuarto de al lado. Yo miraba el techo y seguía escuchando. Al rato los gritos desaparecían, aunque siguiesen atravesando las paredes. Me daba la vuelta en la cama y pensaba que, posiblemente, lo mejor para todos fuese que mi padre se muriera.

La mayoría de los fines de semana que pasaba en casa de la abuela Pascuala no veía a mi padre. Sólo alcanzaba a oler las historias que traía de sus noches. Sudor, leña, a váter. Llegaba de madrugada, armaba la bronca y se encerraba en la salita y se acostaba en el sofá; había veces, pocas, en que entraba en la habitación y se acostaba conmigo en la cama. Yo me hacía el dormido, pero así por el rabillo del ojo conseguía verle en la oscuridad. Traía calor. Calor y una sensación que angustiaba. Se acostaba vestido como un puñado de hojas secas, dejando escapar un largo suspiro cuando su cuerpo se hundía en el colchón. No se quitaba ni las zapatillas, unas Munich que decía tener desde que era adolescente. Que le traían suerte. Por eso no se las quitaba nunca. Porque eran su amuleto. Eran negras, fueron blancas. Por una de las punteras asomaba su dedo meñique queriendo atravesar

la tela del calcetín.

Cuando se acostaba, me miraba en la oscuridad y me acariciaba el flequillo. Lo hacía enroscándose mi pelo en su dedo, y se me quedaba como un tirabuzón que seguro me hacía parecer tan ridículo como Superman. Después se daba la vuelta y dormía. Entonces yo ya no podía pegar ojo en toda la noche.

Una noche fui a por un vaso de agua. Lo encontré en la cocina, a oscuras. Encendí la luz y lo vi acurrucado en una esquina. Había entrado en la casa sin hacer ningún ruido. No sé si lloraba o es que soy yo el que se lo imagina así, pero si tengo que apostar, diría que sí, que mi padre estaba llorando. Es bastante ridículo ver a tu padre llorar, porque se supone que los padres no lloran, que si están en este mundo, es para dar ejemplo a sus hijos y hacer que ninguno lloremos. Entonces, qué narices iba a hacer yo ahora que había descubierto que mi padre era un llorón. De lo que sí estoy seguro es de que le pregunté qué te pasa, papá, ¿quieres que llame a la abuela?, y el sólo dijo que se moría, que se iba a morir, que el corazón quería salírsele por la punta de los dedos. Yo me asusté y fui a dar un grito, pero lo que sea que fuera a decir se me quedó en la garganta cuando mi abuela entró en la cocina. Lo que me sorprendió fue ver la naturalidad con la que ella resolvió la situación, como si ya estuviese acostumbrada.

Mi padre vomitó cuando mi abuela le dio algo de agua y no la pudo tragar. Vomitó no sé qué cosas, así como con un color raro. Después buscó su mano extendiendo la suya, y mi abuela se la estrechó y dejó que su hijo le apoyara la cabeza en el muslo. Vi cómo ella le acariciaba el pelo de la misma manera como él me lo acariciaba a mí, dejándole en la frente ese tirabuzón tan ridículo. Entonces me fijé mejor en mi padre, en su cara, en sus brazos amoratados, en sus ojos. Estaba raquítico, los pantalones no le ceñían a la cintura y tenía las uñas muy sucias, amarillas, y su aspecto me hizo pensar en esa historia que nos contaron en clase sobre Ishi, el último indio americano.

Si no recuerdo mal, este indio amaneció en un poblado completamente desnutrido y herido; los americanos se apiadaron del pobre piel roja y le dieron cama, comida. Intentaron

convertirlo en uno de los suyos, le pusieron incluso una corbata, bautizándole con el nombre de Ishi, aunque ese no era su nombre de verdad, porque al parecer los indios no podían revelarle a nadie su nombre de verdad por no sé qué historias de la purificación. Pasaron los días y el indio no hablaba y seguía la hostia de enfermo. Los americanos hicieron todo lo posible, pero Ishi estaba demasiado enfermo como para salvarse. Todos se preguntaron qué extraña enfermedad le pudría la vida, quién era en realidad aquel piel roja, de dónde venía, cuál era su historia, cómo había llegado y por qué había elegido aquel poblado remoto. Antes de morir, Ishi cantó una canción india. Dicen que el fuego que ardía en una chimenea se apagó. Y después, cerró los ojos.

Lo único que saco en claro de esta historia es una cosa: el indio no quería morir solo.

10

Alhama está rodeada de vías de trenes enrobinadas y ocultas por las zarzas de los caminos de tierra. Las ruinas de un castillo en lo alto de la sierra. Hay algo peculiar en Alhama, y es que a veces las calles huelen a jamón de york por culpa de la fábrica de embutidos. Allí trabajaba mi padre y la mitad de los del pueblo. Es bastante habitual que los profesores, cuando quieren meterte miedo, te amenacen con acabar allí dentro deshuesando jamones, hecho un perdedor. Es como una especie de marca que te cascan, así, de la noche a la mañana, sin tú verlo venir, muy parecida a la que ponían los nazis a los judíos: estás jodido de por vida si algún profesor te señala y te dice: tú vas a acabar haciendo salchichas, porque eso significa que los demás profesores, al pasar lista y leer tu nombre, sin darte tiempo a abrir la boca, te traten como la mierda más apestosa que puedes llegar a imaginar, y las madres de tus compañeros jamás te invitarán a los cumpleaños ni a la piscina ni a nada que esté a menos de un kilómetro de distancia de su hijo por miedo a que puedas contagiarle y acabe siendo como tú.

Creo que ya lo he dicho antes, pero si hay algo en Alhama, son descampados. El más famoso es el Sinrro. O al menos era el que más nos gustaba a nosotros. Así llamábamos a ese descampado de arena dura y reseca atravesado por viejos postes de luz ya abandonados, torcidos y podridos, con sus cables curvados acuchillando las nubes, que se perdían hacia la montaña en fila india. Para nosotros hacía tiempo que había dejado de ser el lugar donde nos veíamos todas las tardes al salir del colegio. Recuerdo las chumberas. Sus palas llenas de pinchos. Estaba lleno. Eran una plaga. Recuerdo sobre todo a los de los coches tuneados, que se llevaban a las chicas que nos gustaban detrás de las paleras a cambio de darles una vuelta en su coche. Había chicas que la

chupaban a cambio de un cartón de tabaco. Una vez, una tarde, encontramos a una de esas chicas clavada en una chumbera. Iba desnuda. Creímos que estaba muerta porque no se movía, no lloraba, no sangraba. Parecía Cristo en la cruz. Llamamos a los municipales, y ellos llamaron a la ambulancia y le quitaron todas las pinchas del cuerpo allí mismo, delante de nosotros, mientras nos comíamos un Colajet.

A la semana, el ayuntamiento quitó todas las chumberas. Y ya no volvimos a vernos en el Sinrro al salir del colegio.

11

—¿Adónde te irías tú?

Durante el verano el pueblo se muere. Sales a la calle y no ves ni las sombras de los gatos callejeros. Aunque hace tiempo que no quedan gatos callejeros. Sólo oyes las campanas de la iglesia de San Lázaro a lo lejos, marcando las cinco de la tarde de un día que podría ser el siguiente o el anterior. Qué más da. Para nosotros, para el Pelos y para mí, para los que nos quedábamos varados en estas calles, nos daba lo mismo el día que fuera porque seguiríamos haciendo y diciendo lo mismo.

—¿Yo? Pues no sé.

Estábamos sentados en la V abandonada que había en el parque de la Cubana. Supuestamente servía para que esos *flipaos* que patinan se flipasen aún más haciendo sus cabriolas, pero, en realidad, se usaba para lo mismo que lo estábamos usando nosotros dos.

—Cómo que no sé… A algún lado querrás ir. Digo yo, vamos.

Sé que al Pelos le molestaba horrores algunas de mis contestaciones, y a mí me chiflaba ver cómo se pinzaba los ojos así como conteniéndose y luego se ponía en plan madre para intentar sacarme una respuesta más contundente. Chasqueó la lengua antes de volver a hablar. Siempre lo hacía. Cada vez que se ponía de los nervios. Como los perros, como cuando esconden el rabo. Sabes entonces que hay que dejar de tocarles los huevos.

—A ver, macho, céntrate: lo tienes todo pagado. Todo. Incluso tienes pulserita.

—¿Cómo pulserita? ¿Qué es eso?

—Coño, sí. La pulserita esa que te ponen para comer de todo cuando quieras.

—¿Gratis?

—Gratis.

—No sabía que eso existía.

—Qué vas a saber tú de lo que existe.

Las piernas nos colgaban a dos metros de altura, así que hice como que andaba en el aire. Habíamos comprado un litro de Estrella Levante en el Chino Luis. Era la primera cerveza que nos tomábamos en nuestra vida. Estaba caliente. A cuarenta grados a la sombra y bebiendo cerveza caliente. He oído que en el Perú y eso se beben así la cerveza. Qué asco.

—¿Y tú qué? ¿Tú adónde te irías, *espabilao*?

—Yo a Turquía. Por lo del pelo, ¿sabes? Para mi madre.

No recuerdo a la madre del Pelos con pelo. Esa mujer siempre ha tenido una rodilla en la cabeza. Tan sólo le quedaban algunos mechones sueltos en la nuca; se lo recogía en una coleta que le hacía parecer un monje tibetano. Nunca se lo dije, pero su madre me daba lástima. Las mujeres no deberían ser calvas. Un hombre puede suplir el pelo de arriba con la barba. Pero una mujer sin pelo es algo tan triste que dan ganas de llorar.

—La peña ahora va allí a ponerse pelo. Dicen que funciona. Te pinchan en la sesera y te van poniendo no sé qué, pelo de cabra, creo, o algo así, pero que luego cuando crece parece pelo de persona. Lo he estado mirando. No es muy caro. Va tanta gente que incluso el gobierno turco paga los viajes. Le he cogido el ordenador a mi hermana y les he escrito un mail contándoles la situación de mi madre. A ver qué responden. ¿Te imaginas? Ir a mi madre y decirle, mamá, haz la maleta que el gobierno turco te va a pagar una melena nueva. Sé que va a ser el día más feliz de su vida. Más incluso que cuando la palmó mi padre.

Bajé de la V porque me estaba meando. Fui donde los pinos y me alivié. Formé un charquito que parecía ese pantano que hay a las afueras y que dicen que inauguró el mismo Franco cuando él y su mujer iban de camino a pasar sus vacaciones al Cenajo. La tierra no tardó en tragárselo todo. Lo que tardé en abrocharme la cremallera. Todo volvió a quedarse seco.

Al volver a la V, mientras me sentaba, dije:

—Yo me iría al mar.

El Pelos entonces me hizo el gesto de pasarme la botella, pero yo dije que no con la cabeza.

—¿A qué mar?

—Al mar donde está mi padre.

—¿Tu padre no estaba en un hospital?

Mi amigo disimuló la mala cara al beber lo que quedaba de cerveza.

—Sí, pero no está en un hospital normal. Está en uno de esos hospitales donde no suelen estar los hospitales.

—Rollo como los sitios esos donde llevaban a los tuberculosos.

—Algo así.

—Y el de tu padre está cerca del mar.

—Cerquísima. Coño, ya te digo, la ventana de su habitación da justo a una playa.

Yo nunca había visto la mar. No sé si se escribe el mar o la mar, pero yo prefiero la mar porque suena más importante. El caso es que no sé cómo es estar delante de uno. Sólo la había visto en las noticias, cuando salían las playas de Benidorm y Cullera, o en los inviernos, cuando las olas se tragan a algún surfista holandés.

—Dice mi padre que desde su habitación se nota hasta la sal. Se te pega a la piel. Abres la boca, nada, unos segundos, y notas en la lengua así como salado. Dice también que, si te asomas a la ventana, a mediodía, ves los dos colores del mar. Dos azules. La zona que está más cerca de la orilla es de color azul claro, y hay un momento en que el agua de más allá es de color azul oscuro.

—¿Y hay turistas?

—Qué va. Por eso no puedo ir a verle. Porque no pueden ir más que los médicos y los enfermos. Es un paisaje de esos que están protegidos. Necesitas un pase, una licencia que te dan. Eso no es cualquier cosa. Allí no hay turistas, y no hay basura, y ves la arena, y no está plagado de sombrillas de marcas de helado y cerveza y de crema Nivea, como se ve en el telediario, que, seguro que de tanta gente que hay el agua está que parece caldo, de todos los meados y algas y esas cosas que hacen que el agua no tenga ese color que sí que tiene el mar que puede ver mi padre desde su

habitación.

Como notaba que no dejaba de mirarme, le pedí que me pasara el litro de cerveza. No calculé bien la matemática del trago. Toda la cerveza para dentro, de golpe. Casi me atraganto, pero me aguanté la tos y se me saltaron las lágrimas. Posiblemente fueron lágrimas de cerveza.

No quería volverme y mirar al Pelos porque sabía que todo lo que estaba diciendo era una santa mierda y acabaría descubriéndome.

—Tu padre. Seguro que está bien en ese sitio.

Le miré, y algo en su manera de hablar me hizo estar tranquilo. Por eso el Pelos era mi amigo.

Después, el tío reclamó la botella y como vio que no quedaba ni gota, chasqueó la lengua y estrelló el litro contra la pared llena de grafitis que teníamos delante. Lo hizo por hacer algo.

—Va a ser un verano largo.

—Como todos.

12

Te pareces a tu padre.

Eso es lo que siempre me dicen.

Tienes sus ojos. Tienes su manera de mirar, de entender las cosas.

Entré en su habitación, encendí la luz, dejé mi mochila sobre la cama y fue como si nunca antes hubiera estado ahí dentro. Como si no conociese el gotelé de las paredes. Sobre la cama había una calabaza con ojos, de plástico, que, según mi abuela, era el juguete preferido de mi padre cuando era chico. Debió de ser un crío con dos lupas por ojos, tan callado que no sé cómo mis abuelos no pensaron que les había salido un hijo mudo o tonto; esto no lo sé, sólo lo supongo porque yo siempre he sido callado, de escuchar más que de hablar, de observar, y si es verdad eso de que me parezco a mi padre, entonces no hace falta saber que dos y dos son cuatro.

Me fijé mejor en los *posters* de futbolistas, de Rivaldo, Ronaldo y Paulo Roberto luciendo su camiseta de El Pozo; otro de los Mojinos Escozíos, del Tekken y de Metal Gear Solid. Luego estaban los trofeos de fútbol sala, su medalla de mejor portero de la región del año 1996. Y una foto. Una foto de mi padre con tres o cuatro años. Fue un niño gordo, guapo, con los ojos pequeños. La foto estaba sacada en un patio interior repleto de macetas, con él dentro de un barreño azul lleno de agua para refrescarse en un verano que sería igual de caluroso que el mismo verano en que desapareció. Yo había visto esa fotografía cientos de veces, pero nunca como esa vez: mi padre miraba fuera del encuadre, parecía estar preguntando muchas cosas. Qué hago dentro de un barreño, por ejemplo. Además, su cabeza estaba difuminada por un barrido diminuto, una neblina que distorsionaba su gesto en movimiento.

Verle así me hizo replantearme un par de cosas.

Ser hijo es bastante quebradero de cabeza, más incluso que ser padre, me juego los dedos. No se sabe muy bien cuándo o qué hay que sentir, o hacer, o pensar. Esa vez, por ejemplo. Lo normal hubiera sido que, a través de todos esos cachivaches puestos por ahí esturreados sin ningún tipo de orden ni intención, yo pudiese llegar a respirar el mismo aire que un día respiró mi padre cuando era crío. Que me preguntara cosas estúpidas, del palo: cómo se supone que era el mundo cuando con quince años mi padre se subió a la cama con sus Munich para colgar el póster de su jugador favorito. Incluso lo normal hubiera sido que me emocionara y me preguntara cómo fue mi padre a mi edad, si habríamos sido amigos y todas esas chorradas que un hijo supuestamente debe preguntarse alguna vez sobre el tío que le dio la vida.

Pero es que no sentí nada.

Y eso me mató por dentro, porque no dejaba de escuchar en mi sesera eso que siempre me decía la gente.

Te pareces a tu padre.

Tienes sus ojos. Tienes su manera de mirar, de entender las cosas…

¿Y eso qué puñetas significa?

13

Echaban por la tele ese programa de buscar pareja donde todos se gritan y hacen como que de verdad quieren al otro, pero en realidad no quieren a nadie. Era el programa favorito de mi tía Nerea porque decía que ver que no era la única a la que no le iba bien en el amor la dejaba más tranquila. Estaba casada con mi tío Juangi. No tenían hijos. No podían. Ella no podía. Ella no quería a mi tío. Él no la quería a ella. Tampoco se podían separar porque los gitanos no se deben separar. Mi tío le decía que estaba seca como la mojama. Y ella, desde entonces, no se había movido de ese sofá.

Yo no estaba atento a la tele. Hacía como que la miraba, pero tenía la oreja puesta en la habitación al final de pasillo. Era donde se encerraban a hablar mi madre y mi tío Juangi siempre que venía mi abuela Pascuala.

—Mira, esa es la Lore, que dice que se ha *follao* a *nosequién* de fuera, en una discoteca, durante un bolo de esos que vete a saber lo que les pagarán a estos por los bolos… ¿Tú te crees?

Gritaban. Gritaban como la Lore le gritaba al Francis. En realidad, era mi madre quien gritaba. De pronto escuché un golpe. Ese debió de ser mi tío Juangi. Era su forma de poner orden. El pasillo entonces quedó en silencio y seguimos escuchando la televisión. Hice como que me recostaba en el respaldo derecho del sofá para así intentar escuchar mejor lo que se discutía detrás de la puerta. Fue como intentar hacer un puzle con las piezas de otro puzle.

—Tío Juangi:… todas las semanas…

—Mamá:… ¿y cuánto…?… mi hijo…

—Abuela Pascuala:… mi nieto… cuando quiera…

—Mamá:… eso es poco…

—Tío Juangi: … su padre…

—Abuela Pascuala:… olvídate… ocupo yo…

—Mamá:… eso es poco…

—Tío Juangi:… tú te callas la boca…

—Mamá:… más…

—Abuela Pascuala:… ya es mucho… No puedo darte…

—Tío Juangi:… lo decida el rapaz…

Se ve que debió de ocurrir algo con la Lore porque mi tía Nerea subió el volumen y se mordió las uñas antes de ponerse a decir cosas por lo bajini. No pude seguir escuchando. No importó, porque, cuando me di cuenta, la puerta de la habitación se abrió y mi tío me hizo un gesto así para que fuese para allá. Vi a mi abuela de espaldas, aunque con la cabeza girada para mirarme sin que se notara que lo estaba haciendo. Llevaba puesto su delantal.

—La Lore… Esta sí que sabe.

Era la habitación de mi abuela Dolores, la bruja, pero ya no se usaba porque estaba muerta. Sólo se entraba en ella para situaciones como esa. No me gustaba entrar ahí, sabía que la bruja, o lo que quedaba de ella, seguía todavía entre esas paredes, y yo no era santo de su devoción, por decirlo de alguna manera. Al ver mi titubeo, mi tío me cogió por los hombros y me arrastró adentro de la habitación y me colocó en el centro, entre mi madre, mi abuela Pascuala y él. Desde ahí me llegó el olor de las manos de la Pascuala.

—¿Tú con quién quieres vivir?

Miré a mi madre, apoyada en la pared desconchada. Tenía los ojos rojos. De haber llorado. O de tener sueño.

—¿Tú con quién quieres vivir? —repitió mi tío, despacio, molesto, tratándome de subnormal o de medio sordo o algo parecido.

Había un sobre encima de la mesilla de noche, al lado de donde estaban colgados los rosarios. Estaba arrugado de tanto manoseo, abierto por el lado que no era, de la misma manera que se abren los sobres de azúcar que te dan en los bares. Estaba más abultado que las otras veces en que la Pascuala venía a recogerme para pasar el fin de semana con ella. Creo que mi abuela es la

única en el mundo que sigue usando esos sobres.

—No sé.

—No sabes. Nunca sabe nada este zagal. Medio gilipollas, como su padre.

Sabía que le dolían los huesos y que no podía amagarse, por eso me sorprendió ver cómo mi abuela se arrodillaba, poniéndose a mi altura para mirarme a los ojos. Tenía la cara tan delgada que los pómulos parecían estar a punto de atravesarle la piel. Le olía la boca a medicamento.

—Si prefieres quedarte aquí, no te preocupes, hijo, que yo seguiré viniendo a verte como siempre. Un fin de semana al mes.

—¿Y el papá está en tu casa?

—Tu padre no está. —Fue mi madre la que contestó. Le faltó escupir.

—Se habrá ido a comerle el rabo a su noviete de Alguazas. —Eso lo dijo mi tío Juangi mientras se agarraba el paquete y se colocaba bien el elástico del calzoncillo.

Mi abuela me demostró que era una mujer inteligente, porque hizo como que no había oído nada de lo que se había dicho. Me acarició el pelo, el flequillo. El tirabuzón a lo Clark Kent.

—No tienes que contestar ahora.

Volví a mirar a mi madre. Me sentí ridículo porque la voz me sonó como la de un crío de cinco años que se está cagando en los pañales.

—Mamá…

A lo mejor si hubiese nacido chica, la cosa habría sido diferente. Pero como nací siendo lo que soy, la cosa pasó tal que así. Mi madre me tocó la cara, repasándomela con los dedos hasta llegar a apretarme el lóbulo de la oreja. Eso era algo que siempre me hacía cuando era pequeño. Me apretaba la carnecilla de la oreja como si estuviese tocando un diamante o algo precioso.

—Vete a hacer el macuto, que te vas con tu abuela.

Dejó de acariciarme cuando mi tío se puso en medio para alargar el brazo y coger el sobre. Lo levantó hacia mi abuela, queriendo decirle con eso muchas cosas.

—Que no se te olvide lo dicho. No te vamos a perdonar ni un

día. En cuanto falte, vamos a por él.

No tuve que meter mucho en el macuto.

—¿No te quedas a ver terminar esto, Rubén?

Mi tía seguía frente a la tele. Se abanicaba con un abanico de cartón patrocinado por un taller de neumáticos.

—Otro día.

—¿No quieres saber qué pasa con la Lore?

14

A quien le preguntes te dirá que no hay nada que contar. Mentira. Hay tanto que contar que si las historias fuesen arena, se te escaparían entre los dedos. Yo sólo digo que es imposible que nadie sepa la historia del perro y mi padre y te diga que no hay nada que contar sobre él.

Muchas veces me lo decía. Mi padre, me refiero. Que, si alguna vez aparecía muerto por ahí, ¿qué sería con lo que se quedaría la gente de lo que había sido? De lo que había hecho. ¿Qué dirían de él?

—Tú eres lo mejor que he hecho y que voy a hacer en mi puta vida —me aseguraba.

Y puede que sea verdad.

No sé por qué los vivos se preocupan tanto de lo que dirán de ellos cuando estén muertos. No sé qué hay después de esto, de la vida, si habrá cielo o infierno o la propia nada. Yo qué sé. No me paro a preguntarme algo así porque estoy seguro de que estar muerto es como estar vivo, sólo que muerto. Es un lío, pero yo me entiendo.

Mi padre entendió lo que era morir cuando mataron a su hermano Rai. Un perro le arrancó la cara de cuajo. Su hermano murió con ocho años mientras cazaba gatos con otros amigos porque decía que los putos felinos del barrio tenían la culpa de que el Ratón Pérez no fuera a visitarles cuando se les caían los dientes. Aunque para ser totalmente honestos, lo del ratoncillo era una excusa barata; mi tío Rai cazaba otros animales, además de gatos: culebras, lagartos, ratones, perros. Él y sus otros amigos saltaban la valla del colegio durante los recreos y se iban de safari por los jardines del pueblo. Esa última cacería les salió demasiado cara. Fue en el parque de la Cubana, cerca de la jaula de los pájaros. Ahí

apareció como un demonio negro. No sé muy bien cómo fue la cosa, si mi tío y sus amigos atacaron primero o fue el perro quien lo hizo. Qué más da. El caso es que el animal se le echó encima y le dejó la cara como un camino pisoteado de barro. A partir de entonces, el que podría haber sido mi tío Raimundo no fue más que eso, un niño muerto cosido a dentelladas.

De lo anterior mi padre nunca me dijo ni pío. De lo que viene después, sí.

Días después de enterrar a Rai, mi abuelo Baudilio fue a recoger a mi padre al colegio y en vez de tirar para casa tomó dirección a Sierra Espuña. No había que ser un genio para saber adónde iban. En el asiento trasero la escopeta bailoteaba con el traqueteo del coche. Atravesaron caminos de tierra bajo los pinos. Las ruedas de la camioneta levantaron una humareda de polvo que se elevó hasta desaparecer en un cielo lleno de nubes blancas que no tenían más forma que la que tienen las nubes.

Llegaron a una pineda. El Renault verde oliva de mi abuelo se detuvo. Hacía calor. Era verano. Todo lo malo pasa en verano. Será el calor, supongo. Cuando mi padre me contaba esta historia lo hacía yendo al grano, omitiendo los pequeños datos, lo que se dijo o se dejó de decir. Mi padre nunca fue bueno contando historias. No sabía que los detalles son los que hacen que una historia sea una historia digna de contar. Así que supongo que si tuviese que apostar algo de dinero a lo que se dijo dentro de esa furgoneta, conociendo como conozco a mi abuelo Baudilio, apostaría cien y mil pavos a que fue algo más o menos como lo siguiente:

—Hijo. Bebe.

Mi abuelo, con las manos aún sobre el volante, mirando a mi padre, a un chaval asustado que posiblemente no tendría todavía ni pelo ahí abajo. Mi padre se giraría hacia la ventana nada más escuchar el aullido que venía de más allá de los pinos. Ladridos.

—Bebe, venga.

La sacaría de debajo de su asiento. Una botella de ron, de whisky o de lo que sea. Posiblemente no sonó a orden. Sino que sonó a algo mucho más triste. Le pasaría la botella. Esto seguro que sucedió así porque mi abuelo Baudilio me había dado de beber a

mí. Algunas tardes, en la pequeña terraza del piso, el viejo se sentaba en su mecedora y se volcaba una botella de anís en un vaso chato que tenía pinta de no haberse lavado en años. Me dejaba beber y me decía mójate los labios, para que te hagas hombre. Por eso supongo que le ofrecería de beber a mi padre antes de salir del coche. No sería la primera vez, eso seguro. Pero quizá para mi padre aquella vez fuera diferente. Puede que viera aquel gesto como una especie de pacto entre padre e hijo. Como una misión santa, tipo las cruzadas o algo así. Tal vez pensara que su padre le estaba dando la oportunidad de ser un héroe.

—Te sentará bien.

Mi padre bebería y posiblemente tosería, y el viejo le palmearía la cara, orgulloso. Lo que mi abuelo le dijo después, con el tiempo, en sus oídos, en su mente, sonaría a uno de esos rezos que se escuchan dentro de las iglesias.

—Hay cosas que tiene que hacer uno mismo, hijo. Aunque no se quiera.

Ya estaba fuera de la furgoneta, entre un mar de pinos, el suelo cubierto de juma y piñas tan resecas y grisáceas que se le antojarían como huesos de cadáveres. Habría una belleza allí que parecería venir de otro lugar. De otro tiempo. Entonces vería al perro atado al tronco de un árbol. Se quedaría quieto, a unos metros de la bestia que ladraba y aullaba tratando de escapar, tensando la soga que le ahorcaba el cuello. Debió de ser algo entre fascinante y aterrador, ver a aquel perro negro, enorme, intentando escapar cuando estaba claro que no lo iba a conseguir.

Siempre me imagino esta parte con el perro mirando a mi padre con esos ojos que ponen a veces los perros y que parecen los ojos de una persona de verdad, torciendo su enorme cabeza hacia él, queriéndole decir muchas cosas.

—Que no te engañe. Podría hacerte lo mismo que a tu hermano.

Al desenfundar la escopeta, el perro se quedaría helado, nada, un instante, un momento tan fugaz que apenas sé si realmente ocurrió. Entonces, cuando vinieron a darse cuenta, el animal sacaría fuerzas de Dios sabe dónde y empezaría a lanzar

dentelladas. Puede que se lanzara al cuello de mi padre. No sé. Imagino que sí, que el animal no dejó de luchar hasta el final.

—Qué te dije. ¡Qué te dije! Este animal viene del infierno.

—¿Y si no es este?

—Es este.

—¿Cómo lo sabes?

Pondría la escopeta en las manos de su hijo, la notaría fría y pesada. De pronto haría tanto calor que mi padre tendría las palmas encharcadas, las plantas de los pies empapando el calcetín. Notaría la lengua muerta, la garganta reseca: tendría sed, yo la tendría; pero el hecho de pensar en tragar algo de agua, algo de líquido, le provocaría arcadas. Mientras, el perro seguiría lanzando dentelladas a todos lados. Aquí mi padre se tragaría su aliento, buscando el olor de su hermano en él, pero la decepción vendría al descubrir que no sabía exactamente cómo olía su hermano Rai.

—¿Qué coño te pasa? ¡No te lo pienso repetir! —le escucharía decir a mi abuelo entre todos aquellos ladridos.

Como no se movía, posiblemente tuvo que ser el viejo quien le colocase la culata en el hombro; quien guiase los dos cañones a la cabeza del perro, a menos de dos palmos.

—Hazlo antes de que este hijoputa se suelte.

Mi abuelo retrocedería unos pasos y bebería de la botella.

Cansado de luchar, el perro volvería a las cuatro patas, ladeando la cabeza, mirando al chaval que tenía delante, apuntándole con una escopeta. Estoy seguro de que él también se estaría preguntando si mi padre sería capaz de hacerlo. Mi abuelo seguiría diciendo cosas, cagándose en todo lo santo, a sus espaldas, mentando a su hermano muerto, y si yo hubiese estado en el lugar de mi padre, lo más probable es que me hubiesen entrado ganas de darme la vuelta y descerrajarle un tiro al viejo, a ver si así se callaba de una vez. Pero son tantas las cosas que se hacen sin que se deban hacer que cuando vino a darse cuenta, mi padre disparó y mató al perro negro de un tiro.

Cuento esto porque si alguna vez sale a la luz la historia de mi abuela y la prensa y la tele y todos esos carroñeros empiecen a tocarnos los huevos, no quiero que nadie se invente nada y que

todo el mundo sepa lo que pasó de primera mano. Mi padre no fue siempre una mala hierba.

15

Las fotos de mis primos sobre el mueble de la entrada. De fondo, una copla. Radio Olé. Mi abuelo estaba arriba, en la terraza. Se subía allí a fumar. El médico le había prohibido fumar. Mi abuela se lo tenía prohibido. Pero él subía a la terraza a fumar. Algunas veces también se meaba en la ropa tendida de las vecinas, en las sábanas blancas secándose al sol. Algunas veces mi abuelo hace cosas que no tienen explicación.

Nadie entraba en el salón. Era un espacio sin colonizar. Todo estaba límpido y ordenado y tan impoluto que parecía que allí no vivía nadie, ni una familia. Encontré los álbumes de fotografías. Y mientras abría los tomos, grandes, pesados y olorosos me asombré al comprobar que hubo un tiempo en que la gente hacía eso: meter sus fotografías en archivadores.

Vi fotos de mi padre cuando era chico y de cuando era como yo, de mi tío Raimundo y mi otro tío, Agustín, fotos de mi abuela haciendo lo mismo que hacía en esos momentos en la cocina, de mi abuelo Baudilio a los pies de su fábrica de alpargatas, a gente que no conocía y que supuse que ya estaría bajo tierra, fotos de mis primos, de chicos y de cómo son ahora, en su bautizo, sus cumpleaños y comuniones, en Navidades…

De mí, ni una.

Yo no existía.

En un futuro alguien encontrará ese álbum. Lo abrirá y descubrirá a una familia.

De mí no habrá nada.

16

Sólo cuando llegamos frente a la caseta me di cuenta del hambre que arrastraba. Seguía cargando con las bolsas, durante todo el camino no me había quedado otra que ir oliendo las alitas de pollo que se mantenían calientes en el cacharro, imaginándome lo bien que sabría el coco rallado con la mantequilla de los matasuegras. Mientras sujetaba las asas y observaba la caseta, pequeña, de ladrillo, con las ventanas tapiadas con maderos roídos y la fachada desgastada, pensé en la suerte que tenía mi padre de poder zamparse un festín así para su cumpleaños.

No estaba tan mal la caseta. Supuse que durante años fue el lugar donde los agricultores se echaron sus buenas cabezadas, con la puerta entreabierta para dejar entrar al fresco en las noches en las que había que vigilar el agua que regaría aquellos campos. Ahora ya no era nada de eso. Ahora no eran más que piedras una encima de la otra.

Todo estaba muy tranquilo. Nada más que el canto de las chicharras. Había una sensación extraña en el ambiente, como la que hay flotando en los pasillos de un hospital o en las floristerías de los cementerios.

—¿Es aquí?

—Aquí es.

El candado bloqueaba la puerta. Era lo único que desentonaba, el candado: estaba nuevo, comprado hacía unas semanas. Mi abuela Pascuala sacó una llave grande y alargada del bolsillo de su delantal y, mientras abría los cerrojos, grité el nombre de mi padre. No sé por qué hice algo así. Estaba nervioso. Y excitado. Y asustado también. Y muchas más cosas que no sabría decir porque no sé la palabra exacta para definirlo, pero quizá lo hice en parte por esa idea estúpida de que quería que mi padre

supiera que ya estaba allí.

No respondió nadie.

Al abrir la puerta, me recibió un eructo a casa muerta. Un frío pegajoso y con olor a vida usada.

—Pasa, cariño, rápido. No tengas miedo.

Mi abuela sujetaba la puerta con la mano mientras miraba a un lado y a otro. Hasta que noté cómo me empujaba hacia dentro con los ojos.

Le molestaba la luz que se colaba por la puerta. Semanas sin verle y me lo encontraba así, protegiéndose del sol con la mano extendida y los dedos quiebros, escudándose unos ojos achinados y llenos de legañas que parecían percebes pegados a las rocas. Mi padre estaba tumbado en un colchón desnudo, entre sábanas revueltas, sudando y temblando. Encogido como un ser que sigue en el vientre de su madre. No parecía siquiera vernos. Sólo se quejaba de la luz con un extraño llanto. Lo primero que pensé fue que no me había mentido: se había convertido en un vampiro que se chupaba la sangre a sí mismo.

—Hijo, mira quién ha venido a verte.

Mi abuela cerró la puerta. Entonces la caseta quedó iluminada únicamente por los rayos de luz que conseguían traspasar los maderos de las ventanas. Me extrañó la naturalidad con la que actuaba mi abuela. Que reconociera a su hijo en esa persona. Por un momento me pregunté si mi abuela y yo estábamos viendo lo mismo.

—Hijo, mira: es Rubén. Dile algo, Rubén.

Temblaba. No dejaba de temblar. Mi abuela me tendió la bolsa con la comida y se sentó en el colchón lleno de manchas oscuras, junto a mi padre.

—Las toallitas. Dámelas.

Le pasé las toallitas. Me fijé en que el envase tenía dibujado un famoso personaje de Disney con forma de coche. Con letras de colorines te indicaban que olían a albaricoque. No sé qué tendrá que ver una cosa con la otra.

Con mucha maña, mi abuela le pasó las toallitas frescas por la frente, por los sobacos y la planta de los pies. Después le dio de

comer, muy poco, hasta que mi padre no pudo más y se devolvió encima. Entonces le dio el mejunje de la botella de Lanjarón y lo que sobró se lo dejó a un lado de la cama. Yo seguí donde estaba, de pie, a distancia.

Mi abuela se dio cuenta de que algo me zumbaba por la mente.

—¿Qué pasa? No pasa nada. Arrímate.

Hizo que me sentara al lado de mi padre. Al poco dejó de temblar. Escuché su corazón, pero luego entendí que no, que no eran latidos, sino unos pequeños sonidos que salían de su boca cada vez que respiraba. Alguien parecía estar dando un concierto en su tráquea.

—Ya no tiembla.

Tenía la piel blanca. Los brazos picados. Se le marcaban las venas. Eran azules.

—No. Ya no tiembla. Eso es que se está poniendo bueno.

—¿Y nos escucha?

—Nos escucha. Claro. A ver, dile algo. Dile algo a tu padre.

Apoyé su cabeza en mis muslos. No pesaba nada. Era como uno de esos globos que ves en la feria y que, si se te escapan, suben tan alto tan alto que los pierdes de vista y no explotan hasta llegar a la estratosfera y van a caer a miles de kilómetros. Me empapó las rodillas con su sudor; tenía el cuello frío, húmedo y viscoso como el de un ser del agua. Sus ojos estaban cerrados.

—Vamos, Rubén, hijo. Dile algo.

Yo no tengo ni idea de cantar. Pero esa tarde canté. Me salió de ahí. Del alma. Le canté a mi padre una canción de la que apenas me acordaba, pero que me vino a la mente así como un rayo, de cuando dábamos clases de religión en el colegio y marcábamos el ritmo con un instrumento extrañísimo llamado güiro. Era una canción sobre la Virgen María, en donde va paseando por los campos con una palma de olivo y resulta que está muy triste porque los romanos le han matado a su hijo, cuando de pronto ve una luz y descubre que allí está su hijo Jesús, levitando a dos palmos del suelo, así, con las manos extendidas, sujetando una sábana blanca con su cara marcada, y él le pide a ella que levite

también, nombrándola santa. Levita conmigo, le dice Jesús en la canción, levita conmigo, Virgen María… Levita conmigo, madre…

Abrió los ojos y me miró. Fue extraño. Por un momento fue como cuando todo iba bien entre nosotros, cuando él era mi padre y yo su hijo.

Le oí. Dijo algo. Le escuché hablar. Me tocó la cara con sus yemas resecas. Quiero irme. Eso entendí. Déjame salir. No me dio tiempo a reaccionar. Al momento se le tensó el cuerpo y las costillas se comieron su pecho, retorciendo los dedos en el aire, y las piernas y el cuello, comenzó a gritar, a aullar por un dolor que llevaba dentro y que sólo él conocía. Puede sonar estúpido, pero me asusté mucho y me aparté corriendo, pegué un salto del colchón al pensar que mi padre podía morírseme o algo parecido. Él siguió convulsionando hasta que mi abuela se lanzó sobre él y le agarró de las muñecas. No sé qué hizo, pero funcionó. Tal vez eso pasaba siempre que le iba a ver y mi abuela ya había aprendido a dominarlo. Creo que le susurró cosas al oído. Igual que a los caballos.

—Vamos a darle su regalo. Vamos a cantarle cumpleaños feliz.

De una de las bolsas saqué su regalo. Estaba envuelto en un bonito papel rojo y verde; la de la droguería le había puesto una pegatina donde ponía «Deseo que te guste». Rompí el papel y abrí la caja con el botecito de Nenuco.

—Échasela tú. Así, como te la echo yo a ti.

Eché un poco en los antebrazos de mi padre. Sonrió del gusto, del fresquito. Después, le soplé la piel mojada por el agua de colonia y se ve que le recorrió un frescor que le hizo sonreír todavía más.

Le cantamos cumpleaños feliz. Fue la mar de triste.

—Feliz cumpleaños, hijo.

Me fijé en sus tobillos. En las esposas que lo encadenaban a una de las patas de la cama.

—Feliz cumple, papá.

Los motivos del lobo

17

Fue bíblico. No es que yo crea en Dios ni en el Espíritu Santo ni en la hostia consagrada ni en nada de eso, pero sé lo que vi, y a falta de poder decir algo mejor digo que lo que hizo mi abuela fue bíblico.

—Vente, Rubén. Que nos vamos.

Hay poco que hacer en los veranos, ya lo he dicho. Uno tiene que encontrar algo con que matar el tiempo, y en casa de mi abuela había mucho tiempo que matar y poco con lo que hacerlo. Pero yo encontré mi tarea. Darle vida al gotelé; encontrar caras, animales y esas cosas que se hacen normalmente con las nubes, en los pegotes de pintura espesa de la pared del cuarto de mi padre. Me gustaba pensar que había tigres, soldados, elefantes, aviones y bailarinas de ballet repartidos por la habitación.

—¿Adónde vamos?

Había una forma que me desconcertaba. Podía encontrarla incluso con los ojos cerrados. Estaba justo pegada a la cama, junto al enchufe. Los pegotes estaban tan bien puestos que la cara parecía a punto de salirse de la pared. Daba incluso miedo. Era la cara de Hitler. Estaba ahí, en el gotelé de mi cuarto. Sé que se parecía a Hitler porque recuerdo su cara y su bigote de haberla visto en las fotos de un libro de clase y de los reportajes de La 2 que devoraba mi tío Juangi; le encantaban, decía que no entendía cómo esos tíos habían conseguido hacer lo que habían hecho. Lo que pasó es imposible que vuelva a pasar, soltaba siempre.

—Tienes que ayudarme a hacer una cosa que ya no puedo hacer sola.

Mi abuela llevaba consigo un cubo de plástico, una vela blanca completamente nueva y una estampita del Niño de Mula que me dio luego después, cuando llegamos adonde la mujer. Pero

de momento ella cargó con todo. Aprovechó que mi abuelo estaba embelesado con Bruce Lee para salir de la casa; le subió el volumen a la película y cerró la puerta del salón. Cogió las llaves del Renault, que siempre estaban sobre el cenicero de Mojácar, y salimos de la casa.

El aire acondicionado llevaba tantos años sin funcionar como los que posiblemente tenía el coche. Fuimos con las ventanas abiertas, y eso parecía un cohete espacial. El aire caliente nos despeinaba y nos empujaba hacia atrás, quemándonos los ojos, resecándonos los labios. Así recorrimos un pueblo que parecía a medio querer, dejando atrás los esqueletos grisáceos de las urbanizaciones que llevaban años paradas, con las grúas aún en pie. Condujimos hasta las vías, el paso a nivel, a las afueras, donde la Balsa de las Mierdas.

Aparcamos frente a una cochera donde se leía en un cartel escrito a boli: «Vendo conejos. Vivos y muertos». La abuela se volvió hacia mí y me tendió el cubo y después la estampita arrugada ya descolorida del Niño de Mula.

—Dale la vuelta.

Detrás había un rezo.

—Léelo, pero en alto no; todavía no. Léelo para ti. Es importante que lo leas en tu mente, para que cuando te pida que lo leas en alto lo hagas del tirón, alto y claro.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí.

«Ven, Dios Espíritu Santo, y envíanos desde el cielo tu luz, para iluminarnos. Ven, Padre, luz que penetra en las almas, fuente de todo consuelo, dulce huésped del alma, paz en las horas de duelo. Ven, luz santificadora, y entra hasta el fondo del alma de todos los que te adoran. Lava nuestras inmundicias, fecunda nuestros desiertos y cura nuestras heridas. Danos virtudes y méritos, danos una buena muerte y contigo el gozo eterno. Amén».

Lo leí como once o doce veces en mi mente y me sentí raro, con angustia o algo por el estilo, con una sensación muy parecida a la que te entra en el cuerpo antes de pillar la gripe. Entonces le dije

que sí con la cabeza, y mi abuela salió del coche antes de decirme que verme era como ver algo sagrado.

Tras llamar varias veces a la puerta de la cochera, salió a abrirnos un tipo gordo y calvo. Iba en camisa de tirantes, la llevaba llena de tiznes marrones por todas partes. Entre la maraña de pelos del pecho le vi la cruz de Caravaca. Sudaba manteca o algo así. El sudor que le chorreaba por las cejas se lo secaba con el dedo meñique. Me dio repelús su uña, larga y afilada, la llevaba pintada de rojo. El tipo primero miró a mi abuela, después a mí, al cubo, y luego otra vez a mi abuela. No dijo nada; sólo hizo un gesto con la cabeza para que entráramos en una cochera que olía a mierda de animal y a grasa de taller. Cuando la atravesamos sentí cientos de ojos en mi espalda, los ojos de todos esos conejos que estaban en las jaulas que se agolpaban una encima de la otra por todo el garaje, al lado de una vieja Montesa roja y debajo de los estantes con tarros de tomate y pimientos en conserva. Ver así a esos conejos, de esa manera, me hizo pensar en la mancha de Hitler de mi habitación.

En mi pueblo se entra a las casas por las cocheras. Normalmente, lo primero que ves es la cocina. Nosotros entramos por la cocina, y después el tipo gordo y calvo nos condujo a través de un comedor tan oscuro que creí que, si me separaba un poco más de mi abuela, iba a perderme. Flotaba algo raro allí. Eso lo recuerdo. A medicina, a vinagre y a un olor tan difícil de respirar que al poco te faltaba el aire en los pulmones. Luego, más tarde, supuse que ese olor era así de raro porque la muerte no huele a Nenuco, precisamente.

—Ahí está. Ahí. Ya no mira; el dolor, que le cierra los ojos. Pero sí oye. Eso sí que sí.

El tipo gordo y calvo señaló a una vieja que estaba acostada en una cama enorme, tapada hasta el cuello, rodeada de imágenes de Cristo y de la Virgen y de no sé cuántos santos más. Su boca. Eso fue lo que más me impresionó. Su boca abierta como en un grito silencioso, dejando un oscuro que parecía que iba a tragarte en cualquier momento. No me moví. Me quedé a la entrada de la habitación.

—Faustina, soy yo.

Mi abuela se acercó a la vieja. Le cogió las manos, lucían como el esparto seco.

—Ya estoy aquí para quitarte el dolor.

Si la vieja dijo algo, yo no la oí. No creo que dijera nada. Giró la cabeza un poco, eso sí que lo vi. Inmediatamente, el tipo gordo y calvo se puso al otro lado de la cama y se arrodilló y colocó las manos sobre el colchón. Empezó a rezar. Volvió a quitarse el sudor de las cejas con la uña del meñique. No sé qué edad tendría, pero seguro que menos de lo que aparentaba. Era uno de esos hombres que sabes que van a terminar solos. A los que no va a querer nadie.

—Voy a necesitar una silla. Y un vaso de agua. Que no sea del grifo.

Nadie le dice que no a mi abuela cuando da una orden. El tipo gordo y calvo no tardó en levantarse y salir del cuarto para traer todo lo que se le había pedido.

—¿Estás asustado? —preguntó mi abuela después de indicarme que me acercara más a las cuatro esquinas de la cama.

—No sé.

—Es normal que lo estés.

Una vez estuvo la silla, la vela encendida y el vaso de agua mineral sobre la mesilla, mi abuela me pidió que le colocara el cubo de plástico bien cerca y que estuviese atento, a su lado, junto a la vieja moribunda, que cuando ella dijese, yo debía leer la estampa tal y como habíamos acordado dentro del coche. Entonces cogió las dos manos de la anciana y se las puso en los ojos, tapándoselos, para luego abrir la boca bien abierta hasta casi desencajarla.

—El rezo.

Comencé a leer y no es por tirarme el pisto, pero lo hice la mar de bien. Cuando terminé me pareció que había tardado años, siglos, en hacerlo. No pasó nada al momento. Hasta que la vieja exhaló un suspiro brusco y oxidado, y se ve que esa era alguna especie de señal de que ya estaba lista, porque mi abuela cerró la boca, se quitó las manos de la anciana de la cara y se bebió de un trago el vaso de agua mineral. Luego vomitó en el cubo de plástico.

Hundió la cabeza en él y vomitó hasta quedarse seca y derrotada sobre la silla, cayéndole las manos inertes. Por un momento no supe cuál de las dos mujeres se estaba muriendo.

Me acerqué corriendo y le quité el pelo de la cara, aunque no sabía si eso era lo que tenía que hacer.

—Estoy bien. Lo único que tengo es que descansar. Déjame unos minutos.

El gordo de la uña pintada salió con el cubo. Regresó con dinero. Un par de billetes arrugados. Fui yo quien se lo guardó en el bolsillo del chándal. Después ayudé a mi abuela a levantarse; miró a la vieja, que parecía dormida. El pecho se le hinchaba y desinflaba con normalidad.

—Entonces… A mi madre, ¿se le ha ido el dolor?

Preguntó el tipo gordo y calvo volviéndose a secar el sudor de las cejas con el meñique. De tanto sudor, el rojo de la uña se le había empezado a desconchar.

—Ahora ya sólo depende de ella. Cuando quiera, podrá morirse.

Cuando salimos de esa casa, los conejos estaban en silencio.

18

—Está visto que con su comportamiento no puede seguir en este colegio.

Cuando tenía nueve años me echaron de un colegio. Dijeron que era porque no traía los libros, ni los deberes, ni el uniforme, llegaba tarde, faltaba muchos días, desobedecía, y porque mis compañeros me tenían miedo.

—Yo no soy malo.

—Mi crío no es malo.

—Yo no he dicho que Rubén lo sea. Sólo que aquí no termina de adaptarse.

Era el director. Manuel nosequé. Llevaba corbata, siempre llevaba corbata. Se parecía al tío ese de la capa, el que antes daba las campanadas por televisión. Primero lo intentó con mi madre, reunirse con ella, pero le contestó que no tenía tiempo ni para ir a mear. Que se ocupe su padre. Como todavía nos veíamos casi todos los días con la valla del colegio de por medio, le pregunté a mi padre si tenía tiempo de hablar con el director. Fuimos al despacho de Manuel nosequé la tarde de un viernes, a mediados de febrero.

—Pero cómo le van a echar ahora, a estas alturas del curso… ¿Se puede hacer eso?

Manuel nosequé se encogió de hombros antes de mover los dedos en el aire y decirle así a mi padre que lo mejor era que cerrara la boca.

—Mire, seguro que, si va a la concejalía, pueden incorporar a Rubén en cualquier otro centro. En realidad, usted puede ver todo esto como algo negativo, pero no es así, de verdad que no. Lo mejor que podría pasarle a Rubén es esto, cambiar a un colegio donde, ya sabe, en fin, que se adapte a sus capacidades, que esté con chavales con los que pueda crear vínculos más fuertes, ¿no

sabe?

—Pero yo he pagado este colegio. ¡Me habéis sacado el puto bazo para que mi crío acabe el puto curso aquí!

No se puso violento ni nada por el estilo, pero el director debió de imaginar que sí.

—Mejor será que se tranquilice. Si no, me da que no vamos a poder entendernos.

—Perdona… Perdona…

—Aquí estamos para solucionar el problema de su hijo.

—Sí, es verdad. Perdona. Pero…, pero ¿qué pasa con el dinero?

—El dinero.

—Qué pasa con las perras si mi crío no termina el curso aquí. ¿Qué pasa con lo que pagué? ¿Me lo devuelven?

Sudaba mucho. Mi padre sudaba tanto que tenía encharcada la espalda de la chaqueta. Estaba encorvado en la silla. Se apretaba los dedos y miraba la fotografía del rey colgada en lo alto de la pared.

—Esto es un colegio. Aquí no funcionamos así.

Los Mártires es un colegio concertado. Cuando me largaron, llevaba cinco años funcionando. Lo habían construido a las afueras del pueblo, y aunque recuerdo que hubo incluso protestas a las puertas del ayuntamiento, con sus pancartas y las maestras de los otros colegios públicos gritando lemas y rimas poco originales a través de los megáfonos, el colegio se terminó abriendo y la mayoría de los hijos de los del pueblo acabaron yendo, porque los otros colegios estaban a tope de moros, rumanos, ecuatorianos y gitanos. Yo no sé cómo terminé ahí: simplemente, mi madre me dijo que el subnormal de mi padre se había empeñado en llevarme a ese colegio de *pijos*. Y a mí los pijos me daban igual, pero juro que lo último que quería era convertirme en uno. Era difícil encontrarse ahí dentro con tanto chico bien peinado. Le llegué a coger el gusto a retorcerle los brazos a los compañeros con el uniforme mejor planchado. Pero, de verdad, yo no era malo.

—Todo esto… Toda esta mierda… ¿es por lo que pasó? ¿Eh, a que sí?

La bombilla se le debió de encender, y mi padre vio claro que todo lo dicho por el tipo de la corbata era una patraña y las razones de la patada en el culo no se estaban poniendo sobre la mesa.

—No le dé más vueltas. Cuanto antes vaya a concejalía, antes podrá su hijo volver a clase.

Entonces, Manuel nosequé me miró por primera vez en toda la reunión y me soltó una sonrisa, como si fuésemos amigos de siempre, de toda la vida. Yo me fijé en su corbata, de lunares rojos, y me entraron ganas de decirle que esa era la corbata más fea que había visto en mi vida.

El director podía decir misa, pero yo sé por qué me echaron de los Mártires. Fue por la bronca que armaron mi padre y mi madre una vez que vinieron a recogerme a la salida. Normalmente, era ella quien venía a por mí, o mi tío Juangi, o había días que me tenía que ir andando solo a casa, pero la mayoría de las veces era mi madre. Fue un par de semanas antes de que el director nos citara en su despacho. Todos los padres esperaban a la salida, en la pista de grava, o dentro de sus coches bien limpios y brillantes, con ese asqueroso olor a nuevo, vestidos con sus camisas y sus abrigos de plumas, sus gominas y perfumes que quemaban los ojos, en la mano un bocadillo o algo de merienda envuelta en papel de film. Mi madre siempre me esperaba al lado de un cactus enorme, algo apartada, como escondida, porque decía que todas esas madres emperifolladas la ponían nerviosa. Pero esa tarde me esperaba mi padre. Me sonrió y saludó agitando la mano. Al verle se me antojó como un cactus más de los de allí, lleno de pinchas y sin ninguna flor que dar. Estaba amarillo, en manga corta, encogido por el frío. Él no llevaba ni plumas ni gomina ni conducía ningún coche ni nada por el estilo.

También apareció mi madre. Se vieron. Y se prendió la mecha.

Se escupieron tantas cosas feas y horribles que directamente dejé de escucharlas. Aunque si tengo que decir toda la verdad, reconozco que no sentí pena ni ese miedo que supuestamente debe de sentir cualquier zagal de mi edad al ver discutir a sus padres.

Ahora todo eso se había convertido en rabia y en una vergüenza tan insoportable que me entraron ganas de que se murieran los dos allí mismo. Todos mis compañeros y sus padres estaban delante, joder, qué les costaba montar el número unas cuantas calles más allá.

La cosa se puso fea cuando mi padre agarró a mi madre por el pelo, y el padre de uno de mis compañeros salió en su defensa. Hubo empujones, insultos, todas esas cosas, yo qué sé. Luego, de repente, mi padre pareció bajar de la nube en la que andaba subido y vio a toda esa gente a su alrededor, a los niños con caras asustadas, a mí con cara de no querer existir, a mi madre llorando, abrazándome…, cómo le gustaba hacer eso, abrazarme y llorar cuando la estaban viendo.

Vino la policía, pero mi padre ya no estaba.

—Entonces, yo no puedo hacer nada…

Se quedó callado un buen rato. Mi padre tenía la cabeza hundida entre las manos, daba la impresión de que iba a echarse a llorar, o de estar rezando para que los problemas que llevaba dentro como demonios salieran de su carne, para que dejaran de destrozarle porque ya estaba harto, cansado y apaleado de tanto pelear.

—Ya lo ha hecho todo por su hijo.

Y con las mismas, Manuel nosequé se aflojó el nudo de la corbata.

19

Las mujeres del tiempo nunca mencionan Murcia. Todo el año se refieren a nosotros como la parte sureste. Sí que mencionan Valencia, Almería. Pero nunca Murcia. Sólo en verano. Entonces sí. Ponen esos soles rojos sobre nuestras cabezas y anuncian el fin del mundo con temperaturas insoportables y sequías insalvables, queriendo decir de manera encubierta que lo mejor, si eres una persona sensata, lo mejor es que jamás, nunca, te acerques a nosotros.

Ese mediodía la mujer del tiempo llevaba un vestido rojo y dijo que la mayor ola de calor se concentraba en Murcia. Yo me estaba terminando de comer un yogur, lamiendo la tapadera. Iba en calzoncillos. Mi abuelo en bata. Estaba a mi lado, sentado en su mecedora. La abuela Pascuala no estaba, se acababa de marchar cargada con sus táperes y su botella de Lanjarón. Me había jurado que mi padre estaba bien, algo cansado, pero mejor; que ya la acompañaría la próxima vez. Así que veíamos a la chica del tiempo y su vestido rojo ajustado como se miran las cosas que sólo se pueden mirar una vez. El chorro del ventilador le daba solamente a mi abuelo. Los demás estábamos condenados a sudar. Incluso las paredes sudaban. Mi abuelo no quería poner aire acondicionado porque decía que respirar ese aire daba cáncer.

—Los pájaros.

Miré la tele. Mi abuelo se refería a la noticia que echaban por la televisión. Por encima del vídeo sobrevolaba la voz de la chica del vestido rojo. Salía un campo de naranjos, con los caminos resecos y revueltos. El suelo estaba cubierto de pájaros muertos. Mostraron entonces la declaración de un agricultor con cara de haber pasado más de una, y decía que aquello era como cuando las ranas cubrieron el cielo de Egipto y los niños empezaron a morir

sin ninguna razón.

20

Primero vinieron los robos.

Ya luego eso de que dormía en las terrazas.

Eso es algo que también viene en la sangre, al parecer, lo de robar, digo. A mi edad, mi padre robaba vespinos y luego las enterraba en los descampados o las vendía, pero la policía siempre acababa pillándole, llegando a aprenderse su nombre, incluso, haciéndose amigos, o al menos todo lo amigos que pueden llegar a ser un policía y un delincuente adolescente: se gastaban bromas mientras le ponían las esposas y lo llevaban en el coche patrulla hasta la misma puerta de la casa de mi abuela.

—Sigue así y en unos años me vas a obligar a meterte un tiro.

—Ya te gustaría, mariconazo, ya.

—Me va a dar mucha pena cuando tenga que matarte, zagal.

—Cabo, hoy no me pongas las esposas, haz el favor, que tengo la muñeca que me baila sola.

—Eso es de hacerte tanta paja, descerebrado, te me vas a quedar cegato.

Yo también he robado. Motos no. Aunque sé que podría. Ni me preguntéis por qué sé algo así, pero el caso es que lo sé. He robado en algunas tiendas, en los chinos, sobre todo, siempre cosas estúpidas, como imanes para el frigo, gafas de sol, llaves inglesas Silverline, semillas de tomate y vasos de porcelana… Quiero que se sepa con esto que mi padre nunca les robó a mis abuelos. Prefería ir adonde su hermano mayor.

A mi tío le robó durante algún tiempo. Iba, llamaba, le abría y decía que pasaba por ahí, que si podía ver a sus sobrinos. Mi tío Agustín nunca se había llevado bien con mi padre, pero bueno, era su hermano, no podía negarle la entrada a su casa y que lo vieran todos los vecinos. Luego se enteraría de que lo que hacía realmente

era colarse en los dormitorios y arramblar con todo, con las joyas, las figuritas de porcelana y el dinero guardado en el calcetín. Mi padre lo hacía bien. Era listo. Nunca lo robaba todo de golpe. Hasta que en una de esas mi primo Rodrigo le vio revolver en el cajón de las bragas de su madre y gritó: «¡El tito está robando las bragas de la mami!».

Cuando se enteró mi abuelo, lo estampó contra la pared, sin pensar que ya el crío no era un crío, que se podía revolver, y fue justo lo que hizo el hijo, revolvérsele al padre, cogerle por el cuello y decirle tantas cosas que eran verdad que mi abuela Pascuala apenas pudo moverse. Después se fue de casa. Mi abuela nunca ha sabido adónde exactamente, pero estaba en el pueblo porque siguió robando.

También le robó a la tía abuela Margarita, una vieja que ya murió con casi cien años. Iba la mayoría de las tardes a su casa, hablaba con ella y dejaba que la anciana le contara mil historias que no le importaban a nadie, merendaba leche con canela y limón, y luego la desplumaba. Ya cuando no quedó nada que robar, mi padre le dio dos besos a la tía abuela Margarita y le dijo que era la mujer más hermosa del mundo.

—Eres la mujer más hermosa del mundo.

A mí ya me habían echado del colegio de pijos cuando pasó esto que estoy contando, y algunos compañeros del cole nuevo al que iba ahora me decían que mi padre era un ladrón de mierda que le roba a las pobres viejas. Oí también que estaba viviendo en Alguazas. Sabría que no podía volver al pueblo, que si su hermano, su padre o cualquiera a los que había robado le veían por allí, lo molerían a palos.

Una noche, mi abuela se lo encontró. Volvía de su paseo cuando vio a mi padre esperándola en la oscuridad del portal. Olía a sudor. Y a jabón de Lagarto. Estaba más flaco que nunca. Un cadáver parecía. Tardó en descubrir que era su hijo. Le preguntó si podía darle algo de comer; sólo quería eso, comer, después se iría. Y dónde estás durmiendo, dónde estás viviendo… Le apartó la cara, sonándose la nariz. Queso de bola. Fue lo que dijo. Me apetece queso de bola. El de la corteza roja.

Como su padre estaba en casa, mi abuela le dijo que esperase ahí en el portal. Así que subió y le metió algo de embutido en una bolsita, unos plátanos, manzanas y nueces. No sé por qué le echaría nueces, por qué tonta razón mi abuela pensaría que a lo mejor con las nueces se repondría, que le harían bien en el cerebro. Algunos probablemente no entenderán por qué mi abuela le dio toda esa comida, por qué bajó al portal y encima le soltó veinte euros. Pero yo sí lo entiendo. Y haría lo mismo, a pesar de que mi padre volviera a desaparecer calle abajo, vete a saber dónde.

21

Abrió la boca y allí estaba. En el cielo. Raíces cubriendo el paladar. Formando una cruz.

—Es una cruz muy rara.

Mi abuela cerró la boca y volvió a poner la cabeza derecha. Los ojos le bailaron por un momento. Del esfuerzo, los labios se le quedaron blancos. Estábamos en la cocina. Anochecía, aunque todavía se distinguía algo de luz serpenteando por el pasillo. Como mi abuelo ya estaba en la cama, habíamos podido encender el ventilador.

—Es la cruz de Caravaca.

—Entonces, tienes a Jesús dentro.

El aire le daba en el pelo, pero se le movía poco. A otras les hubiera molestado, por si se despeinaban, pero mi abuela tomaba ese aire fresco como el agua que necesitaría cualquiera después de andar kilómetros por un desierto. Parecía un maniquí. O alguien que ya no vivía. Cerraba los ojos y se inclinaba un poco hacia atrás, creyendo estar en la parte de atrás de un barco de vela que va por ahí libre en mitad del mar.

—No. Yo no tengo a Jesús dentro.

—¿A Dios?

Eso le hizo reír.

—Tampoco.

—Ni a la Virgen María.

—Ni a la Virgen María.

—Pero puedes curar.

Aquí mi abuela abrió los ojos.

Desde pequeña, mi abuela se había dedicado a ir de casa en casa quitándole el dolor a los vecinos que iban y le pedían por Dios que les extirpara ese sufrimiento que les impedía morirse de una

santa vez. Lo dejó cuando se casó, porque mi abuelo le dijo que, como la pillara haciendo de hechicera, le iba a quitar la cruz esa del paladar a hostias. Pero ella siempre se las apañó para escabullirse y sacarse un dinero.

La cosa no era tan sencilla. Cada vez que hacía eso, lo de quitarle el dolor a la gente, mi abuela se moría un poco más. Ella no quitaba el dolor y lo hacía desaparecer fundiéndose con el aire hasta atravesar las paredes y convertirse en el polvo que se acumula en los estantes. El dolor se le quedaba dentro. A veces terminaba desapareciendo. Otras no.

—¿Qué sientes ahora?

—Como agua dentro de la cabeza. El cerebro líquido.

—¿Y te duele?

No contestó. Dijo otra cosa.

—Tengo el mar dentro. Se mueve. Hay olas. Olas que se estrellan por todos lados. La sal se me queda pegada en la nuca, aquí, justo aquí detrás, y también en la frente, durante días y días, y me rasca el cráneo, los huesos y la piel tan fuerte que a veces pienso que el agua se me va a salir.

Le dolía. Le dolía tanto que se puso a llorar y se golpeó las sienes con los nudillos; parecía una niña que exige que todo acabe para que todo vuelva a ser como era antes de que empezara lo malo.

—Apaga. Apaga la luz.

Eso hice. Apagué la luz de la cocina y volví a sentarme junto a ella. Mi abuela me apretó la mano. Al principio, ahí, en la oscuridad, sólo escuchamos las aspas del ventilador. Después me pareció oír gaviotas, olas que dejan su rastro de espuma, el sonido del mar.

22

Volví pronto. Antes de lo que ella esperaba. Por eso los encontré allí a los dos. Si no, creo que jamás lo habría conocido y sabido parte de la verdad.

Esa mañana el Pelos había prometido dejarme la bici de su hermana para ir juntos a ver la casa del Marqués. Decía que la vieja casa de don Juan el Marqués ya no estaba abandonada, que sus tataranietos catalanes o mallorquines o de por ahí cerca la habían reformado y estaban pasando el verano bajo la sombra de las higueras, chapuzándose en una piscina enorme de agua salada. El Pelos lo sabía porque en verano ayudaba a su hermano mayor en el negocio, y uno de esos días había tenido que ir a colocar mosquiteras en todas las ventanas de la casa. Por lo menos hay cien ventanas, me había asegurado. También me había dicho que la casa había quedado la hostia de bonita, que ya no era ese caserón medio derruido que tanto miedo nos daba. Además, el Pelos decía que había conocido a las hijas de los tataranietos del marqués, y que eran dignas de ver. Pero al final el muy cataplasma me había dejado tirado porque su madre le había dicho que no podía salir con la bici por eso de la falta de hierro. Aunque yo sabía que era porque a ella nunca le había gustado que su hijo fuese por ahí conmigo.

El caso es que volví adonde la Pascuala antes de lo esperado. Ya antes de abrir la puerta escuché una voz profunda y elástica como un chicle. Estaban en la cocina. Sentados en las sillas de enea, separados, pero no lo suficiente porque sus rodillas se rozaban. Dejaron de hablar de golpe. Al principio me costó reconocer al hombre como el vecino senegalés que vivía con otros muchos senegaleses en el tercero.

—Hijo, este es Juver.

Mi abuela pareció sorprendida de verme allí. Me sonrió y no miró al hombre que bebía té frío a su lado.

—Hola, amigo.

El senegalés desveló unos dientes tremendamente blancos. Me tendió su mano y yo me quedé mirando su piel negra y brillante con sus uñas rosas y onduladas que parecían espejos donde mirarse. Llevaba sucios los pantalones, la camiseta color salmón. Chancletas. Me llegó un olor a tierra y a hojas secas de su piel, de su ropa. Luego me enteraría de que Juver no se llamaba Juver, sino Moussa. Da igual cómo te llames, me diría, que los españoles siempre te van a llamar como les venga en gana.

—¿Y el abuelo?

En vez de contestar, mi abuela se levantó, cogió un vaso del estante y se lio a prepararme un Cola Cao sin que yo se lo pidiera.

—¿Sabes que Juver es músico? En su país. Díselo, Juver, dile qué es lo que tocas.

—El n'goni.

—El n'goni —repitió mi abuela como si no lo hubiese oído la primera vez. Le daba vueltas al Cola Cao. Le puso tanto ímpetu que salpicó algo de leche, manchándose el delantal.

El vecino del tercero se volvió y me hizo como que tocaba.

—Es como un arpa. ¿Has escuchado alguna vez un arpa?

A Juver le costaba pronunciar las erres.

—Nunca.

—¿Te gusta a ti algo de música, amigo?

Hice como que pensaba, para que el otro creyera que de verdad tenía variedad donde elegir.

—Rubén Pozo.

—No lo conozco. ¿Sabes quién me gusta a mí de verdad? Los M-Clan.

Me senté a su lado cuando mi abuela dejó la leche sobre la mesa. Y nos quedamos en silencio. Percibí que ellos querían que yo hiciera o dijera algo, pero no supe realmente qué. A mi lado encontré una bolsa de lona, a cuadros, escondida detrás de la puerta que daba al lavadero. Estaba llena de ropa.

—Tu abuela es una buena abuela.

Lo dijo con miedo, como si temiera que alguna vez pudiera llegar a olvidarlo. Juver me miró y descubrí que era mucho más joven de lo que en realidad aparentaba. Posiblemente no fuese mayor que mi padre. De hecho, los dos tenían ese algo tan extraño en la manera de sonreír que hacía que, por mucho que se esforzaran, no pudiesen evitar que pareciera la sonrisa más triste del universo.

—Yo nunca tuve una. Cuídala. Un buen nieto es lo que hace.

—Vale.

Volvió a tenderme la mano. Se la estreché. Sonrió.

—Es bueno conocerte, amigo.

—Igual.

Se incorporó con un largo suspiro y se despidió de mi abuela dándole las gracias como si no supiera qué más decir. Ella fue al frigo, sacó unos táperes llenos de comida, los metió en una bolsa del Mercadona y se los dio, a pesar de que Juver no quiso aceptarlos.

—No, no, de verdad.

—Calla, anda. Calla. Mucho más has hecho tú.

Por un momento pareció que sólo estaban ellos dos en aquella cocina de sillas de enea y mantel de hule.

—¿Está mejor? —preguntó él.

—Está mejor —respondió ella.

—Se pondrá ok.

Sin estar del todo convencida, mi abuela aseguró que lo sabía.

—Ya subiré yo a dejarte la ropa.

Después, la mujer se volvió hacia mí, tratando de disimular lo que corría por debajo de su voz.

—Corre y ábrele la puerta a Juver.

Le abrí la puerta al vecino del tercero y para despedirse de mí se agachó para quedarse a mi misma altura.

—*Baynala ak yalla*.

No entendí lo que dijo. Pero sí lo que se me quedó dentro al escuchar esas palabras. Fue como una flor floreciéndome en el centro mismo del pecho. Permanecí con la puerta abierta hasta que dejé de escuchar el sonido de sus chancletas subiendo escalones.

23

A mí, los cumpleaños me revientan. Me ponen triste. No sabría explicar muy bien por qué, pero siempre tengo la sensación de que se pierde más que se gana. No entiendo a qué viene tanta celebración. Dicen que es mejor cumplir años a no cumplirlos. No estoy de acuerdo. Nadie sabe cómo van a ser los años que te quedan; quizá son unos años de mierda y lo mejor es quedarte donde estás. Y ya está.

Además, está el tema de la fiesta, de los regalos y toda esa parafernalia. Todo eso me parece teatro del malo. Especialmente los cumpleaños donde el pijo de clase invita a medio colegio para que veamos lo grande que es su casa, la de cosas acojonantes que le han regalado y lo mucho que le quieren sus padres. Yo soy de esos a los que casi nadie invita. Sólo cuando le hago falta a alguna madre; cuando me invitan siento que lo han hecho por algo muy parecido a lo que le lleva a uno a colaborar con alguna ONG de esas que salen por la tele, con esos niños con mocos secos y moscas por todos lados.

Todo esto lo digo por lo que pasó hace tres años, en el cumpleaños de mi primo Rodrigo. Creo que ha sido el último cumpleaños al que he ido. Rodrigo y Paloma son los únicos primos que tengo. Ellos tienen otros primos, pero por parte de madre. Con ellos sí que se llevan bien; quiero decir, coinciden en Navidad, veraneando juntos, comparten bocadillos. Esas cosas. Con Paloma es difícil que tenga buena relación porque la pobre no tiene más que cuatro años, pero con su hermano Rodrigo la cosa no va muy bien. No por mi parte, que quede claro. Rodrigo y yo íbamos al mismo colegio de pijos antes de que me largaran. Él es un año mayor. Por eso en los recreos siempre estaba donde los mayores, y yo me acercaba y lo saludaba, pero directamente me decía que me

fuera a tomar por el culo. Para él, yo era el moco seco de la pared. A lo mejor por eso me extrañó que mi padre me llamara para decirme que teníamos que ir a su cumpleaños.

—Dile a tu madre que te quite la correa, ¿eh?, que este sábado es el cumple del primo Rodri.

—No sé.

—¿Qué es eso de no sé?

—No sé si les va a apetecer que vayamos.

Mi padre se quedó callado. No supe desde dónde llamaba; escuché coches pasar, o motos. Debía de estar muy lejos, en un lugar que no existía. Los polígonos son sitios así. Fui a preguntárselo, dónde estás, por qué llevaba días sin verlo. Se me adelantó diciendo, sin estar del todo seguro:

—Cómo no van a querer. Somos su familia.

Más tarde, días o semanas después, no sé, tampoco importa mucho, entendí que, si fui a esa fiesta, fue precisamente por la misma razón por la que me invitaban al resto de los cumpleaños.

Llegué cuando todos estaban a medio cenar. Había globos de colores, un mantel de papel bastante hortera con tartas dibujadas y banderines azules atravesando la terraza del bar donde se leía «Cumpleañero del año». Y dos mesas. Una para los adultos y otra para mi primo y la mitad de compañeros de clase a los que había invitado.

A mi abuela la habían plantado en la mesa de los adultos. Bebía Fanta de limón. Sorbía de la pajita. Un sombrero de cumpleaños en la cabeza. Mi abuelo también estaba por allí, demasiado ocupado dando cuenta de la ensaladilla como para saludar a nadie.

—¿Dónde está tu padre?

Fue lo primero que me dijo nada más verme.

Yo no tenía ni idea de dónde estaba mi padre. Me había vuelto a llamar la noche anterior para decirme que me esperaría a media tarde cerca del Praíco, así vamos juntos, ¿entiendes? Al par de horas me había cansado de esperar. Esto no se lo dije a mi abuela.

—Se habrá entretenido en la tienda, con el regalo del primo.

Eso la dejó más tranquila.

Alguien me tocó la coronilla. Mi tío Agustín. Me rascó la coronilla pasando de largo, mientras atendía una llamada. Siempre estaba hablando por el móvil. Mi tío dirige un negocio de papel higiénico. Supongo que hacer papel del culo trae mucho trajín.

—Ya pensábamos que no ibas a venir.

Esto lo dijo mi tía Adri cuando me acercó una silla para que me sentara con ellos, con los adultos. Hizo como que sonreía. Eso le encanta. Noté que me repasaba de arriba abajo como si estuviese buscando alguna clase de arma blanca escondida debajo de la camisa.

—Mira qué guapo estás con la ropa que te ha comprado la abuela.

Mi abuela nos había comprado ropa a mi padre y a mí. Ropa arreglada, para la ocasión. Y una colonia. Así no le dábamos excusa a la estirada de mi tía para que hablara a nuestras espaldas. A la abuela no le caía bien. A mi padre tampoco. A mí, menos.

Fue la Pascuala la que me dio permiso para alejarme.

—Corre a jugar con el primo, anda.

A mi primo Rodrigo lo que más le gusta es el fútbol. Le vuelve loco. Se sabe todas las ligas y copas que ha ganado el Madrid. Sus amigos, igual. Lo primero que me preguntaron fue que de qué equipo era.

—Del Betis.

No sé muy bien por qué dije algo así. Supongo que para a hacer la gracia. Todos se me quedaron mirando con cara de idiotas. No volvieron a dirigirme la palabra en toda la tarde. Sólo mi primo se acercó en una de esas, antes de la tarta.

—¿Y mi regalo?

—Lo trae mi padre.

—Cómo vienes sin regalo, macho. Te estoy dando de cenar.

—Lo trae mi padre.

—¿Y dónde está tu padre?

—No sé. Estará al caer. Habrá cola en la tienda. Por eso está tardando tanto.

Se me quedó mirando.

—¿Qué tienda es?

—Te va a flipar.

—Seguro.

—Que sí. Ya verás, Rodri.

Me miró sin saber muy bien qué hacer conmigo.

—Que no me llames Rodri, tú. Suena a marica. ¿Qué me has comprado, a ver?

Estuve a esto de no decir nada. Pero me picaba demasiado el estómago.

—Es una camiseta, ¿vale? De fútbol. Roja y amarilla.

Tardó en entender. Entonces los dos sonreímos a la misma vez. Estaba contento. Por primera vez en mi vida había conseguido sonreír con mi primo.

—No jodas… ¿En serio?

—Que sí, que sí. *Jurao*.

—Pero ¿la oficial?

—Del Corte Inglés.

Se frotó las manos y luego me arrastró donde sus amigos para señalarme orgulloso y presentarme como su primo. Lo del Betis de pronto ya no parecía importarle a nadie.

—La oficial, zagales. ¡La puta camiseta oficial! —repetía el primo Rodri con los puños apretados.

El mundial iba a empezar en un mes. Mi padre y yo habíamos hablado de comprarle al primo Rodri la camiseta de España. La buena. La nueva. La que tiene el escudo bordado en el pecho en el lado izquierdo, donde está el corazón. Mi padre había jurado por lo más sagrado que iba a comprar la camiseta en El Corte Inglés. La tenía encargada y todo. Me había dicho:

—Ya verás la cara que se les queda a todos.

Era de noche cuando sacaron la tarta. Las velas iluminaron la cara de mi primo Rodrigo al cerrar los ojos y soplar escupiendo un deseo que desapareció con la telilla grisácea de humo. Y todos arrancaron a aplaudir. Le dieron besos y felicitaron y desearon que cumpliera muchos años más. Volvieron a cantarle el cumpleaños feliz mientras echaban cientos y miles de fotos, sonrientes y felices, pareciendo lo que de verdad eran, una familia. Yo observaba todo

esto al otro extremo de la mesa, mientras me comía los sándwiches que habían sobrado. Los veía a todos ahí, alrededor de la tarta, y pensé que quizá por eso no me gustaban los cumpleaños. Nunca he sabido muy bien cuál es mi lugar en la foto.

No recuerdo cuándo llegó mi padre. Simplemente apareció sin más, tiritando. Blanco. Parecía que acababa de salir de un congelador. No llevaba puesta la ropa que nos había comprado la abuela. Ni la colonia. Hizo como si nada y saludó a los adultos sin acercarse demasiado, más por ellos que por él, para no avergonzarlos, para no abochornar a su hermano ni a mi tía, a mi abuela. De repente acababa de propagarse una enfermedad altamente contagiosa, un virus mortal. Se les veía en el careto, a todos, que estaban deseando coger a sus hijos y largarse. Pero ahí se quedaron mirando los pedazos de tarta con las moscas encima. El único fue mi abuelo, ni se enteró de lo que estaba provocando su hijo pequeño. Todavía quedaba mucha ensaladilla que comer.

Mi padre me besó en la frente. Tenía los labios secos. Agrietados. Raspaban.

—Qué pasa, hijo.

No dije nada. Y él habría dicho algo más si no se hubiese acercado el primo Rodri a reclamar lo que era suyo.

—Felicidades, campeón.

Lo traía en una bolsa verde calabacín, mal envuelto. El papel de regalo no era de El Corte Inglés. La camiseta tampoco. Y ni mucho menos era oficial. Al menos era roja y amarilla. El escudo estaba cosido a la derecha en vez de a la izquierda. No tenía marca ni nada que la identificara como una camiseta de fútbol. Tan sólo unas letras amarillas donde se leía «ESPAÑA».

Nadie dijo nada. Mi primo miró la camiseta, sin desdoblarla del todo, como si no se atreviera a verla extendida. Me miró de una forma espantosa que me hizo sentir como una especie de Judas.

24

—Tú. Mala hierba. A mí no me engañas.

Mi abuelo acababa de sentarse a la mesa, observando cómo me terminaba los cereales y la leche. Yo siempre soy de merendar un vaso de leche. Con grumos. No soporto a la gente que se toma el Cola Cao sin grumos. Si tiene esas cosas flotando por ahí, no me tomo la leche, es lo que suelen decir. Es igual que los que usan cuchara para enrollar los espaguetis. Es gente a la que le gusta complicar demasiado las cosas sólo porque sí. Y a mí eso me parece una auténtica imbecilidad.

—Sabes que te estoy vigilando.

No dije nada.

—No te quito el ojo de encima.

Dejé de comer. Los cereales empezaban a estar tan empapados que se hundían en la leche como carabelas en mitad del mar.

—Sabes que te mato antes que dejar que nos robes.

Iba en bata. Ya se había duchado y perfumado con Brummel. Olía tanto que mareaba. Miré el reloj de la pared. Era un reloj muy gracioso, tenía forma de gallo: faltaba una hora para que se fuera a la cama. Eran las seis de la tarde.

—¿Te has enterado? ¿Te has *cascao* de lo que te he dicho?

—Sí.

—Pues ya lo sabes.

Le brillaba la frente por el sudor. Pero mi abuelo prefería morirse achicharrado antes que quitarse la bata. Miró alrededor, la cocina, tan tranquila y silenciosa, sin ruidos de platos y ollas, que sólo podía significar una cosa.

—¿Dónde está tu madre?

Tardé en contestar. Tenía la boca llena de cereales.

—La abuela no está. Se ha ido.

Se revolvió incómodo en la silla.

—¿Dónde?

—No sé.

En realidad, sí lo sabía.

—¿Se ha llevado mi coche?

—No.

En realidad, sí se lo había llevado.

Pareció de pronto fijarse mejor en mí, en lo que estaba haciendo, en lo que estaba comiendo. Cogió la caja de Chocokrispis y estuvo varios minutos así, mirando la caja, al mono sonriente con gorra y camiseta blanca que sacaba la lengua y removía un gran tazón de leche.

—¿Qué coño es esto?

—Son cereales —contesté, sin saber si era eso lo que mi abuelo esperaba. Después le dije—: ¿Quieres? Te puedo hacer un vaso si te apetece. Están ricos.

Le dio la vuelta al cartón. Lo que vio ahí le gustó aún menos.

—Esto… Esto qué…, ¿qué coño pone aquí?

Señalaba una de esas frases que hay en todas las cajas de cereales donde ponen esas cosas que no sé quién pensará, pero que a mí me suenan a mentira de la buena, como «El desayuno de cada mañana» o «Ahora más naturales». Mi abuelo señalaba la que estaba escrita en portugués.

—*«Mmm… Achocolata o Leite!»* —leyó sin ponerle entonación ni nada.

—Será portugués.

—¿Cómo portugués?

Esto agobió a mi abuelo. Dejó caer los cereales sobre la mesa como si le quemaran en las manos. Se levantó resoplando, pensando tal vez que ya no entendía en qué mierda de mundo estaba, y se ve que le entró un apretón o algo porque se desabrochó la bata, dando un paso adelante, otro atrás, perdido en un metro cuadrado. Metió el pie en el pedal de la basura, abriéndola de golpe y bajándose luego los pantalones para sacarse la chorra pequeña y sin pellejo y mear dentro y salpicarse en las

manos de una manera, con un ansia, que se diría que el pobre llevaba semanas sin orinar.

Luego de esto se quedó más tranquilo. Respiró como si fuera su primera vez. Volvió a la mesa. Volvió a coger los cereales. Volvió a mirar al mono de la gorra y la camiseta blanca.

—Míralo. Cabronazo. Míralo cómo sonríe.

Entonces sonrió y sonrió como sólo sonríen los críos chicos.

—Pero a mí no me vas a engañar.

25

—Juver es un buen chico. ¿O qué piensas tú?

Mi abuela estaba en el lavadero, metiendo la ropa de Juver en la lavadora.

—Sí.

Y de verdad que sí me lo parecía.

Siguió echando ropa. Me fijé en una camiseta de fútbol, tal vez de Senegal, aunque la verdad es que no tengo ni idea de cómo es la camiseta de Senegal. Parecía antigua, de esas que llevaban los jugadores en los años en los que salían al campo con bigote, patillas y los pelos largos. Mi padre tenía una camiseta de fútbol sala muy parecida. Cuando yo era pequeño recuerdo verle siempre con ella puesta. No me acordé de esa camiseta hasta que no vi la de Juver.

—Cruzó el mar sin saber nadar.

Puso en marcha la lavadora. Empezó a hacer ese ruido insoportable. Volvió a la cocina y me acarició la frente con la yema de los dedos.

—Cruzó todo el océano con no sé cuántos en la misma barquita. ¿Te imaginas haciendo algo así?

Mi abuela se quedó mirando la pared, el almanaque de Carnicería Manolo donde aparecían dos cerditos revolcándose en un montón de paja. Daba la impresión de tener la mente en otro sitio.

—Él también lo ha pasado muy mal. ¿Entiendes?

—Creo que sí.

Sólo cuando me besó la frente me di cuenta de que mi abuela tenía los labios pintados.

26

La historia del mundo me parece que se mide antes o después del nacimiento de Cristo. En esta historia, el año cero se iniciaría con la llamada de la Conchi.

—Mira a ver, que tu hijo está en mi terraza y tiene cara de tener más de un problema encima.

En esto tengo que ser sincero. No sé cuánto tiempo estuvo así, pero sí que puedo decir que bastante. Tampoco es que quiera saberlo todo de pe a pa, porque meter las narices de lleno en lo que pasó sería lo más parecido a golpearme la rodilla con un martillo. Está bien saber cosas, pero no saberlo todo; creo que los hijos no deberían saberlo todo de sus padres, porque entonces muy posiblemente acaben convirtiéndose en ellos.

Lo que yo sabía de mi padre era lo mismo que sabía mi abuela, los únicos que realmente le teníamos en mente. Sabía de lo de los robos y eso. También había escuchado varias veces a mi tío Juangi decirle a mi madre que lo habían visto por Alguazas sobándole el culo a un travelo con un par de tetas operadas.

—Ya te lo dije. Un maricón. Y si te descuidas, el zagal habrá salido como él.

Si de verdad era cierto, su vida en Alguazas duró poco. Tuvo que volver al pueblo porque en Alguazas también le buscaban por cualquier historia en la que anduviera metido. Volvió siendo un paria, un apestado que no podía acudir a la ayuda de nadie porque sabía que no se la merecía.

Una mañana llamaron a mi abuela Pascuala. Ella estaba en el Mercadona. Era la Conchi, una vieja amiga que había trabajado con ella en los talleres de recortes. La Conchi le dijo que había subido a la terraza a tender la ropa y había visto un cuerpo tirado en el suelo, sobre cartones de leche desnatada Hacendado. Lo

primero que pensé fue que estaba muerto, le confesó por teléfono, tieso como una tabla.

La abuela Pascuala dejó el carrito en mitad del pasillo y fue directa donde la Conchi.

Como no tenía dónde dormir, se colaba en los edificios. Cuando se iba acercando la noche, mi padre se iba a los edificios que hay ahí, cerca de la carretera, y esperaba paciente detrás de los contenedores a que algún vecino saliera a tirar la basura para colarse, subir las escaleras y llegar a la terraza. Allí se tumbaba en el suelo y dormía encogido, como una lombriz, hasta que el sol y el calor lo despertaban. Y así todos los días, todas las noches, durmiendo con las estrellas en los ojos.

Ya era verano, pero la Conchi le había echado una manta sobre los hombros. Estaba más flaco. Más blanco. Miraba sin mirar. No dejaba de temblar. La Conchi le estaba dando caldo de cocido, pero no se le iba el frío del cuerpo. Pero es que mi padre no temblaba de frío.

Mi padre, al ver a su madre allí delante, mirándole como cuando le miraba de crío cada vez que volvía a casa después de hacer alguna trastada, agachó la cabeza, rascándose las ronchas secas de los codos.

—Soy un perro.

Ya está. No dijo más.

Después, mi abuela le dio las gracias a la Conchi por no llamar a la Policía ni nada de eso, y montó a mi padre en el coche. Antes de arrancar el motor se quedaron los dos en silencio. De lejos les llegaba el jaleo de niños jugando en un patio de colegio. Ella levantó la vista y vio a su hijo a través del retrovisor. Se encontraron las miradas en el espejo.

Ayúdame.

Mi abuela me diría más tarde que eso fue lo que le dijo mi padre. Y que después se echó a llorar. Yo eso no me lo creo. Lo de que se echó a llorar. Ni lo del travelo. Ni lo de que dormía en terrazas… O sí. Yo qué sé. Yo ya no sé nada. El caso es que me da un poco igual si mi padre le pidió o no ayuda a su madre. Tal vez simplemente se lo imaginó y fue como esa especie de resorte que

tienen las pistolas de balines que cuando aprietas el gatillo se destensa y sale disparada la bala. Tal vez mi abuela ya lo tenía todo planeado y sólo necesitaba escuchar o imaginar que escuchaba la súplica que le llevara a actuar como una madre.

Fueron a los chinos. Mi padre se quedó dentro del coche con las ventanillas subidas. Mi abuela echó el seguro. Compró barreños, sábanas, toallas, cubiertos de plástico y todo lo demás. Después volvió al coche cargada con los bártulos y llenó el coche de olor a plástico. Mi padre estaba durmiendo.

No se despertaría hasta varias horas después. Había empañado el cristal del coche con su aliento. Atardecía. La huerta se dibujaba tras las ventanas. La tierra marrón y los campos amarillos. El calor y el cielo enorme, grande y hermoso.

—¿Adónde vamos?

Inmediatamente se dio cuenta de que estaba atado a la puerta con unas esposas de juguete. Luego vio a un negro sentado delante, en el asiento del copiloto, junto a su madre. Podía verle la nuca salpicada de caracolillos cortos y recios de pelo aún más negro. Aquello le debió de parecer una noche sin estrellas.

Mi abuela no contestó. Juver tampoco. Ninguno dijo nada. Mi padre volvió a apoyarse en el cristal y dejó que la huerta pasara ante sus ojos.

27

Le di muchas vueltas a un poema de Rubén Darío. Era un poema sobre un lobo asesino que además del ganado también devoraba a los hombres y mujeres y niños de la zona. Todo el mundo le tenía miedo. Le gritaban y señalaban con el dedo y se escondían en sus casas echando los cerrojos. El lobo, decían. Que viene el lobo. Muchos cazadores trataron de acabar con él, pero fue imposible.

Un día apareció un santo llamado Francisco, con sotana, bastón y todo eso. Fue a la cueva del lobo y allí le preguntó, por qué tanta sangre y muerte, amigo lobo. El lobo le respondió, mato porque necesito comida para alimentarme y pasar el invierno. Es mi condición. Eso es para lo que sirvo.

Francisco le dijo que no tenía por qué matar, puedes ser un lobo bueno.

¿Cómo? ¿Cómo puedo ser un lobo bueno?

Haciendo un pacto ante Dios. Prométeme que te abrirás a él, amigo lobo, y yo te prometo que nunca más tendrás que volver a matar, pues comida nunca te faltará.

Lo prometo.

Y el lobo dejó de matar.

Pero la paz duró poco. Y el lobo volvió a matar. El santo se presentó de nuevo en su cueva y le preguntó al lobo: ¿por qué vuelves a matar? Y el lobo le contestó: si he vuelto a matar, ha sido porque he sufrido la maldad de los hombres. Ellos creen que no puedo dejar de ser lo que soy. El ser humano nunca, jamás, dejará de verme como un animal.

Como un lobo.

28

Un muerto cantaba en la radio.

—Se mató, el pobre. Se mató camino a Valencia.

Le gustaba ponerle música a mi padre mientras pasábamos la tarde allí con él. Cada vez que lo visitaba se echaba al bolsillo del delantal una radio pequeña, de las que tienen una antena muy larga y pillan emisora con una ruletita. También le hablaba. Todo lo que no podía hablar en la casa, lo hablaba en aquella caseta. Le había dado por decorarla, además: había comprado una figurita de la torre de Pisa, flores de plástico, la muñequita de una bailaora flamenca, y fotografías enmarcadas de gente desconocida que salía sonriendo mientras se abrazaban en una pose que sólo pueden poner las familias falsas. A mi abuela le gustaba hacer de aquello una casa.

—Qué pena, de verdad que sí. Con la voz tan preciosa que tenía.

Ya no sudaba tanto. Ni vomitaba. Seguía teniendo la piel blanca, pero era porque llevaba sin darle el sol por lo menos un mes. Pero al menos ya empezaba a parecerse al que fuera mi padre. No hablaba, eso tampoco. Pero bueno. Para qué. Hay veces en las que es mejor no decir nada. Él prefería quedarse con la vista puesta en el ventanuco de la caseta. A través de los maderos erosionados podía ver la huerta. Yo sólo digo una cosa: está bien todo lo que estaba haciendo mi abuela por él, lo de decorar y eso, me refiero, pero a mí me parecía una pérdida de tiempo. Mi padre estaba en otro lado. Quiero decir, él estaba allí, su cuerpo, digo; pero dentro, su cabeza estaba a por uvas.

—Escucha, escucha. Escucha qué parte tan bonita la de ahora.

Subió el volumen. Presté atención. El muerto cantaba algo sobre la maldad. A mí me pareció que de bonita tenía poco.

Mi abuela no siempre me dejaba acompañarla. Algunas tardes. Era lo mejor. Cada vez que iba a ver a mi padre me sentía un completo inútil. Le pasaba toallitas, le peinaba con agua de colonia, le ponía agua oxigenada en los pinchazos del brazo, pero y qué más. Y qué más podía hacer yo. Le traía tebeos, eso sí. No creo que los leyera, pero hacerlo me hacía sentir mejor. Esa vez le llevé dos de Mortadelo. *El sulfato atómico* y *El gran sarao*.

Estaba sentado a su lado mientras la abuela Pascuala le daba de comer. Le había hecho una menestra con bajocas y alcanciles porque, según ella, tienen vitaminas y cosas buenas para sanarle la sangre. Parecía disfrutar haciéndolo. Ella pinchaba la verdura y le llevaba el tenedor a la boca; él la abría y masticaba despacio, con la boca abierta, cayéndole por la comisura el jugo de los alcanciles para luego limpiarle con un babero que le había puesto. Era como en esos anuncios que ponen en las Navidades, cuando anuncian muñecas y esas tonterías, donde las niñas juegan a ser madres dándole la papilla a un bebé de plástico que llora y se caga y hace todas esas cosas de bebé de verdad.

Tenía el plato a medio terminar cuando mi padre le apartó el tenedor.

—Mamá —dijo después. Y estiró la pierna encadenada. La estiró a todo lo que dio el grillete que lo ataba a la pata del camastro. Le vi el tobillo. Lo tenía colorado—. Ya estoy bueno.

A lo mejor lo escuchó de primeras. A lo mejor no. Mi abuela corrió a recoger los cacharros y todos los bártulos. Se puso a hablar. Comenzó a decir cosas sobre el tiempo, la economía y el lamentable estado de los parques del pueblo.

Cuando mi padre volvió a hablar, no se movió ni pestañeó, ni siquiera movió los labios. La voz pareció salirle de la piel.

—Quiero irme a la casa.

La canción llegó a su clímax con el tipo que se mató camino a Valencia dejándose el alma. La verdad es que cantaba de la leche.

Luego me fijé en el tatuaje de mi padre, en su lobo. Ya casi era un borrón. Un insecto estrellado en el parabrisas del coche. Tenía un cuerpo bonito. No me refiero a uno de esos cuerpazos de modelo de revista que salen anunciando calzoncillos, sino bonito

en el sentido de que no era perfecto.

—Mamá, de verdad. Estoy bien. Te lo juro.

Tal vez era verdad. Tal vez no. Con mi padre era difícil saberlo. Pero lo cierto es que llegaría el momento en que fuera verdad. Y yo ya no sabía si mi abuela querría llegar a creérselo. Mi padre debió de pensar lo mismo, debió de verse de por vida encerrado en aquella caseta al ver cómo nos íbamos como si nada, así que se levantó del camastro, intentó arrancarse el grillete del tobillo, gritó, pataleó, escupió y llamó cosas horribles a mi abuela. Luego se echó a llorar. Pero no le salió ni una sola lágrima. Nunca pensé que se podía llorar de esa manera.

El hombre muerto siguió cantando. Ya no hablaba de maldad. Ahora era feliz.

29

—¿Sabes lo que eres? Yo te lo voy a decir: eres un melocotonero.

Eso me lo dijo el Barea el primer día de clase, delante de todos, dejándome de pie, frente a la pizarra. Veía las mesas verdes y los armarios empotrados azules. Gotelé. No era como mi otra clase, en mi otro colegio. Aquí no había ordenadores.

—No sé qué coño habrás hecho en el otro centro, a uno no lo echan a mitad de curso así porque sí, pero en este, en mi clase, melocotonero, en mi clase debe haber un orden. ¿Sabes lo que es el orden?

—Creo que sí.

—No te voy a pasar ni una. Y me la envaina quién seas tú o tu familia de melocotoneros. Me pueden amenazar, reventar el coche… Cantar misa si les sale de las narices, lo que sea: si te tengo que joder, te voy a joder.

Mientras el maestro soltaba todo aquello, mis nuevos compañeros me miraban como si yo fuera una especie de asesino que va por ahí descuartizando cuerpos para luego freír sus entrañas en una sartén y zampárselas.

—Te crees que me vas a engañar, pero a mí no me engaña ni Dios. Sé cómo eres porque sé cómo sois todos. Dinamita. Aquí viene uno a aprender. Para eso me pagan. No para ir detrás de vosotros. ¿Estamos?

—Estamos.

—Pues siéntate al fondo y no quiero oírte hablar en lo que queda de curso. No traigas libros si no quieres, mochila, lápiz, me da igual. Pero no molestes.

El aula estaba justo al lado del baño de chicos. Cada vez que alguno tiraba de la cadena, la cañerías crujían y el suelo parecía estar a punto de venirse abajo. No me pareció un mal momento

para que pasara algo así.

—Y ahora vamos a dar clase.

En primera fila había sillas libres. Pero le hice caso al Barea y me senté al fondo, al lado del Pelos. Claro, que yo no sabía en ese momento que era el Pelos. Sólo sabía que me había convertido en el chico de la última fila.

30

—Abuela, ¿por qué no tengo fotos?

Íbamos en el coche, de vuelta. Salíamos de la huerta. Volvíamos al pueblo.

—¿Fotos? ¿Qué fotos?

Me arrepentí al momento de haber preguntado algo así. Creo que fue un pensamiento en voz alta.

—El otro día busqué en esos archivadores que hay ahí en el comedor.

—Álbumes. No son archivadores. ¿Y no viste ninguna?

—De ti, del abuelo, del papá, del tito, de los primos. No vi ninguna foto mía.

—Seguro que hay.

—Seguro que no.

—En casa de tu madre. Allí seguro que tiene que haber.

Siguió conduciendo. Mantuvo los ojos en la carretera, las manos sobre el volante en posición diez y cuarto.

—¿Tú te acuerdas de cómo era cuando era pequeño?

—Claro que me acuerdo, hijo.

—¿Y del papá? ¿Cómo era él?

Mi abuela sonrió.

—Como tú. Dos gotas de agua.

Pasamos por encima de algo aplastado. Primero pensé que era un conejo. Esto está plagado de conejos. Luego miré por el retrovisor y descubrí que no. Era un pájaro.

—¿No es triste?

—¿El qué?

Y no dije nada más.

31

En la parte baja del pueblo están las vías. Suelo ir bastante. Me gusta ver los trenes pasar. Me gusta el ruido que hacen antes de llegar a la estación y ver cómo desaparecen a los lejos, hacia cualquier otro lugar que no sea este. Nunca he subido a un tren. Aun así, me gustan.

A mi abuela no le hubiese gustado saber que bajaba a las vías. No después de lo que dicen que pasó allí. Tampoco por lo que sigue pasando. No en la estación nueva, sino en la vieja, en la que hay un poco más allá, la que está casi derruida, allí se suelen juntar los punkis a beber cerveza y a hacer cosas de punkis.

—¿Tú te lo crees?

Era bien entrada la tarde. Pero seguía haciendo un calor de mareo. El Pelos iba en camisa blanca, pantalones de pinzas y zapatos. Llevaba cinturón y todo. Sudaba tanto que se le transparentaban los pezones.

Sabía a lo que se refería porque estábamos justo donde desaparecieron esos cuatro chicos hará ya como treinta años.

—Claro que sí.

Nadie sabe qué pasó con ellos, así que, de tanto inventar, la gente incluso piensa que todo es una bola que nunca llegó a suceder, que esos cuatro chicos que desaparecieron una noche de verano no existieron. Pero yo creo que sí, y mi padre también: él tiene su versión de lo que pasó. Quizá pueda contarla en algún momento.

El caso es que ahí dentro de la estación vieja se olía a mierda de paloma, había litronas vacías y condones requemados por el sol entre las vigas y las piedras. Las paredes estaban llenas de grafitis bastante currados y bonitos; otros no, otros no eran nada bonitos. Se estaba bien allí dentro. A mí me gusta el sitio. Puedo ser un

bicho raro, no lo niego.

—Eso es una trola del quince.

—A ver, ¿tú qué dices que pasó?

—Los raptaron.

—Venga ya.

—Que sí. Como a las niñas del Alcàsser.

—¿Las niñas de qué…? Te lo acabas de inventar.

—Yo no me he inventado nada. Eso es historia de España, *pidemia*. Cultura general.

Mi padre me había contado la historia muchas veces. No vayas a la estación vieja, ahí sólo pasan cosas malas… Pero yo no me creía eso del rapto. De hecho, daba igual lo que pasara. Esos niños no iban a volver jamás.

Al cabo de un rato, el Pelos pescó unas bragas ennegrecidas con un palo de escoba que había encontrado por ahí.

—A lo mejor a tu padre le ha pasado lo mismo que a ellos. Por eso no sabes nada de él. Porque no está. Porque ha desaparecido.

—Que está en el hospital. ¿Te lo dije o no te lo dije? Te lo dije.

—Es verdad. Me lo dijiste. Hospital con playa.

—Y está la hostia de bien, allí. Un rey parece.

Me dediqué a mirar el trozo de cielo que se veía por el poco techo que quedaba en su sitio. De repente me vi pensando en los astronautas. En lo solos que se tienen que sentir ahí arriba. No hacía falta irse al espacio para sentirse así.

Sonó el móvil del Pelos. No contestó. No se atrevió. Se puso pálido.

—Mierda, mierda… —Fue hacia la salida, tropezando con una viga. Se manchó los zapatos nuevos—. Me cago en la leche puta… Mi madre me va a matar.

—Pásalo bien.

Me dijo que le daría recuerdos al muerto de mi parte. El Pelos iba a un entierro en Puente Tocinos. Un primo de su madre se había levantado en mitad de la noche, cogió la furgoneta y fue a la gasolinera, a la tienda veinticuatro horas, se compró una Pantera

Rosa y se la comió allí mismo, con el olor a gasoil en el aire; luego tiró para la sierra y se ahorcó en la rama de un olivo. Nadie sabía por qué había hecho algo así. Todo el mundo se preguntaba por qué se había ahorcado, pero nadie se preguntaba por qué había decidido comerse una Pantera Rosa antes de quitarse de en medio. El Pelos había dicho una cosa bastante sabia al respecto:

—A la gente le da por matarse cuando hace calor. Les vuelve locos. Se ve que hay algo dentro que se les funde, que hace *pluff*, y hacen cosas que vete a saber tú a santo de qué.

32

Dijo: tengo el mal que me come por dentro, y yo me la creí.

El rezo no le sirvió de mucho. De nada en realidad. La Charo estaba ya muerta, sólo que ella creía que no. Se empeñaba en sonreír de lunes a domingo, iba al bingo, incluso cantaba línea, clasificaba los tornillos que su marido había ido guardando en botes de cristal, tornillos de todas clases, de cabeza de gota y rosca ACME, oxidados y aportillados, pero eso no la hacía estar más lejos del hoyo. Entiendo que era por la noche cuando se despertaba, miraba debajo de su cama y descubría que lo tenía pegado a las sábanas. Eso la hacía llorar, caminar por la casa a oscuras, se ponía la tele, llamaba al tarot y luego metía los tornillos de su marido en el bote para luego volver a sacarlos, uno a uno.

—Que es que no sé qué tienes, Charo. Mira que yo no creo que pueda ayudarte.

Pero la Charo bajaba las escaleras, llamaba a la puerta con el dinero envuelto en papel de plata, tendiéndoselo a mi abuela por la rendija. Necesito que me quites esto que me arde, Pascuala.

Subimos por última vez, aunque eso era lo mismo que habíamos dicho la vez anterior. La Charo tenía una casa que olía a serrín. Su marido hacía la tira que se había ido, el día en el que le dijo: Rosario, ahora vuelvo, y no volvió. No había tirado sus herramientas. Su ropa tampoco. El dormitorio olía a hombre porque la Charo iba perfumando las esquinas y el bote de Heno de Pravia andaba ya medio vacío. Compraría otro idéntico cuando se gastara.

—El rezo.

Se había echado en la cama con las zapatillas puestas. Decía que, si no, le corría el frío entre los dedos. Mi abuela le cogió las manos, le extendió las palmas y se las puso en la cara. Tenía el

cubo de plástico entre los tobillos. El vaso de agua preparado. La vela estaba encendida. Cuando me dio la señal, leí el rezo de cabo a rabo.

Después, nada.

—Prueba otra vez.

—Esto no funciona así.

—Es el crío, que no lo dice bien.

—Sabes que mi crío no tiene nada que ver.

—Te pago el doble. Pero haz que se me vaya.

La abuela Pascuala soplaba la vela, dejaba sobre la mesilla el dinero aún envuelto en el papel de plata. Se frotaba los ojos de cansancio.

—Tengo el mal que me come por dentro.

—Yo no quito esos males, Charo.

Contó lo del calor que se colaba por las ventanas y le picaba la piel hasta dejar el hueso. El puñetero calor. Había visto lo de los pájaros muertos por la tele. Cualquier noche a ella podría pasarle lo mismo. Yo a esto tengo que ponerle fin como sea.

Mi abuela siempre le decía cuál era la solución.

—Empieza por tirar todo lo de Fermín.

Contestaba que cómo iba a tirar lo de Fermín, si Fermín volvería un día de estos. Cuando se pasara el verano. Que es que él nunca ha sido de llevar bien el calor.

—Seguro que, cuando vengan el frío y las lluvias, se planta en la puerta y me cuenta dónde ha estado todo este tiempo. Lo que llevo por dentro no tiene nada que ver con él.

La dejábamos tumbada en la cama, con las zapatillas puestas. Pedía que no nos fuésemos. Miraba por la ventana. Llegaba la noche. Era lo que más miedo le daba.

33

Me llevó a la casona del señorito Valverde todavía cuando era de día, porque, según me había dicho, alguien había reventado la puerta y la gente del pueblo se había vuelto como loca y se estaba llevando hasta las alcayatas, así que había que entrar antes de que llegara la policía y cerrara el chiringuito.

Tuvimos que saltar la tapia. Había muchos pinos y gatos y una piscina vacía llena de juma. Es un desperdicio tener una piscina así y no tenerla llena de agua. Siempre había visto la casa por fuera, o al menos lo que dejaban ver los árboles, su techo así como oriental y de tejas rojas brillantes. Ahora veía la fachada desgastada y me pareció la casa más triste del mundo donde sólo podría vivir alguien aún más triste. Mi padre me dijo que espabilara y que debíamos colarnos por la parte de atrás.

No éramos los únicos que estábamos en la casa. La gente se paseaba por los pasillos como si fuese una tienda de muebles. Reconocí a unos cuantos. Algunos iban cargados con muebles, sacándolos por la ventana; las mujeres se llevaban la vajilla, los cuadros y las cortinas púrpuras; incluso hubo uno que estaba levantando las losas del suelo.

—Arriba. Vamos arriba.

Y subimos por las escaleras más grandes que jamás he visto y que posiblemente veré en mi vida. Unas escaleras por las que podría haber bajado un auténtico duque.

Todo ese escándalo se había provocado por un rumor. Esa mañana, alguno en el bar del Lolo había dicho que se había enterado de que el viejo señorito Valverde la había cascado en Madrid y que se acabó el venir a pasar la solanera al pueblo.

Cuando el señorito Valverde bajaba al pueblo en verano no se quitaba nunca la americana ni el pin de la Virgen de los Dolores.

Era abogado o médico o notario o algo así como de ganar mucho dinero. Tenía hasta mayordomo y ama de llaves, que iban vestidos siempre impolutos y que tenían que referirse siempre al viejo como «señorito» o «don Vicente». Decían también que los llamaba con una campana. Pero yo eso no me lo creo.

Si el viejo estaba de verdad muerto o no, era una incógnita. Pero a nadie le importaba.

La parte de arriba estaba más tranquila. Mi padre parecía saber adónde me llevaba. Entramos en un despacho que olía a madera y a gel Magno. Allí había fotos del señorito Valverde de cuando era joven, todas colgadas una seguida de la otra en la pared, justo a la espalda de la mesa. En una salía él con Franco y Carmen Polo pasando un verano en el pantano del Cenajo.

—Llévate el que quieras.

Mi padre se refería a los libros. A la biblioteca del señorito Valverde. Había libros ahí para parar un camión. Se estaban llevando hasta las astillas, pero nadie se llevaba los libros.

—Coge el que más te guste, hijo.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿No te llevas nada?

Se sentó en el sillón de cuero y acaricio la mesa, la madera brillante.

—Tú no te preocupes, que robar un libro no es robar.

Delante de mí tenía los tomos, de colores verdes, rojos y negros, nombres de escritores que llevarían bajo tierra tanto tiempo como el sol lleva sobre nuestras seseras.

—Es que no sé si leo.

—Pues tú lee, hijo, ¿eh?, lee porque tiene que servir de algo, ¿no? Este tío no tendría todo lo que tiene si no hubiese leído algún libro.

De la planta baja llegaba mucho jaleo. Alguien debía de haberle tirado alguna estantería o armario a otro y ahora se estaban insultando, y cada vez la discusión iba a más e incluso me pareció escuchar cómo llegaban a las manos.

Desde donde estaba sentado mi padre se veía la sierra a través

de una ventana en forma de ojo. El sol se escondía detrás de las antenas de los militares.

—Cómo tiene que ser, ¿eh? Poder sentar el culo todos los días en un sillón de estos, mirar por la ventana y escuchar el ruido de los críos jugando en la piscina, o por las noches las ramas de los pinos, el sonido de las piñas cayendo. Saber que lo has hecho bien, ¿entiendes?

Me quedé mirando los libros. No me apeteció responder.

Abajo gritó una mujer. Platos rotos. Insultos. Gente corriendo y muebles cayendo. Elegí mi libro. Rubén Darío. *Poemario*. Luego entró al despacho un hombre con bigote y nos preguntó que, si no nos importaba, iba a llevarse la alfombra.

34

Era de noche y no había luz. La televisión estaba apagada. Todo a oscuras. No se veían ni las fotos. Ni los muebles. Ni mis propias manos.

—Se ha escapado.

Volví la cabeza, y allí estaba mi abuela de pie en la puerta de la salita. Me pregunté cuánto tiempo había estado en silencio mirándome en la oscuridad.

35

Le costó abrir la puerta. Dentro hacía todavía más calor. Los chorretes de sudor le caían por las patillas. Verlo así, vacío, a pesar de sus intentos, de los cuadros y las fotos y las bailarinas flamencas, se le antojó uno de esos zulos donde los de la ETA escondían las armas. Los tebeos de Mortadelo estaban a un lado del camastro, como el barreño con la orina y los táperes de comida. También vio el grillete abierto, con la llave en el cerrojo. Era evidente que no estaba, pero aun así lo llamó por su nombre. La voz no le salió del cuerpo.

Había luz. Entraba la luz de la tarde. Mi abuela tardó en darse cuenta de que los maderos que cubrían el ventanuco estaban en el suelo. Arrancados. Y el cristal roto, con las esquirlas como colmillos manchadas de sangre. Nadie con un poco de cabeza habría salido por ahí, pero mi padre nunca había sido de esos.

A mi abuela se le doblaron las rodillas solas y tuvo que sentarse en el camastro. Como yo me imagino el momento es con mi abuela diciendo, en voz muy bajita, con la barbilla clavándosele en el pecho:

—Ya está. Se ha ido. Se te ha vuelto a ir.

Pudo oler a su piel. La caseta olía a mi padre. Tantos años, tanta porquería corriendo por su sangre y seguía oliendo a como era de crío. A esa mezcla de sudor salino y corteza de limón.

Mi abuela terminó apoyando la cabeza contra la pared y se quedó pasmada viendo el hueco de la ventana: un mar de naranjos se perdía hasta el infinito. Un cuadro era lo que parecía estar mirando. Su hijo estaría corriendo entre esos mismos naranjos. Huyendo de su madre y de todo lo que quedaba de él.

Le llevaba un regalo. Se lo había comprado esa misma mañana en una juguetería que acaba de abrir cerca del Mercadona.

Era un peluche con forma de perro mariachi. Estaba muy conseguido, la verdad, con su sombrero de mexicano, su chalequito negro y una guitarra sin cuerdas. Mi abuela debió de pensar que le haría ilusión. Se lo llevaba sin envolver ni nada, en la misma bolsa donde el táper con croquetas. Cuando lo sacó, se quedó mirando a los ojos del perro mariachi y pensó que era un peluche la mar de bonito y que tal vez todo habría sido diferente si le hubiera regalado algo así mucho antes.

Era un peluche cantarín. Tenías que apretarle en el centro, en el estómago. Entonces el perro mariachi meneaba las caderas y hacía como que tocaba su guitarra mientras cantaba esa ranchera que dice algo así como: «Estas son las mañanitas que cantaba el rey David».

Allí sentada, mirando los naranjos, en aquel zulo, mi abuela sonrió al ver cómo el peluche meneaba las caderas.

Palimpsesto

36

La Virgen se los llevó o fueron una banda de chechenos metidos en el tráfico de órganos los que lo hicieron. Nadie lo sabe. Da igual. Mi padre siempre me ha contado que lo único cierto en esta historia es que era de noche, vieron pasar el último tren y no estuvieron allí para ver el primero de la mañana.

—Vaya porquería de prismáticos que te has traído, macho.

Eran los prismáticos de su hermano. Como se enterara de que se los había cogido, le iba a meter la cabeza por el culo. No quería ni pensar en lo que pasaría si volvía a casa sin ellos. Paco no era ni listo ni tonto, lo justo para saber que lo más inteligente era no enfadar a su hermano.

Después de que dijera eso, el Elías se los devolvió de muy mala manera, sin comprender el riesgo que estaba corriendo al haberlos traído. A poco estuvieron de caérsele al suelo. Paco fue a decirle que tuviera más cuidado o algo así, pero siempre le pasaba lo mismo con el Elías, que quería decirle tantas cosas que por algún motivo nunca terminaba diciéndoselas. La verdad es que lo odiaba. Quería que se muriera. Llevaba odiándole desde que se conocieron en parvulitos, pero, por alguna extraña razón que Paco todavía no entendía, seguían siendo amigos.

Terminó colgándoselos del cuello para que nadie más los cogiera y se los rompiera, y se empinó la botella aun sin querer seguir bebiendo. Ya se habían bebido prácticamente todas las Coca-Colas. Iban algo borrachos. Cuando planearon ir a ver las Lágrimas de San Lorenzo a la estación vieja, le encargaron al Juanan el tema de la bebida porque su padre trabajaba distribuyendo alcohol por los bares y tenía la cochera llena de botellas de todas las marcas. Así que, antes de salir de su casa, el Juanan bajó a la cámara donde se guardaba todo lo bueno y vació

una de Brugal, mezclándola con las botellas de litro de Coca-Cola que habían comprado esa tarde en el Cartagenero. Lo último que le dijo su madre antes de verle salir cargado con las bolsas de supermercado fue Juan Antonio, cariño, no bebáis mucha Coca-Cola que ya sabes que luego se os pican los dientes.

El que peor lo llevaba era el Soto, que se había quedado medio grogui, echado y revuelto sobre la toalla de algún hotel de la costa que se había traído para no mancharse la espalda. Se había bebido su botella de golpe a propósito para emborracharse lo antes posible y dejar de pensar. El Soto lo hacía todo siempre muy rápido, como si no se permitiera el lujo de disfrutar de las cosas.

El Elías se levantó y meó en una de las esquinas, sobre una paloma muerta. Se subió la cremallera y miró al cielo.

—¿A qué hora se supone que empieza esto?

—Ya.

—Pues no se ve ni una cochina estrella.

Estaban solos en la estación. Creyeron que no lo estarían. Pensaron que allí verían a la Lidia, a la Sara y a las otras, a las mayores de bachiller, pero no encontraron a nadie. Ellos cuatro nada más. Parecía que se habían puesto todos de acuerdo para dejarlos solos esa noche. Se habían puesto colonia y repeinado el flequillo con gomina para nada. Habían dejado las bicis fuera, atadas todas las ruedas con el mismo candado, y se habían tumbado entre escombros, con los brazos en la nuca, mirando a través del boquete en el techo, la noche, las estrellas.

—¿Vais a pedir un deseo?

Los tres tardaron en reconocer la voz del Juanan. Se estaba comiendo una bolsa de Risketos. Tenía los dedos naranjas. Se los chupó todos de golpe.

—Si veis una estrella, digo.

—Follarme a la Lidia.

—Eso no se va a cumplir ni aunque veas cien estrellas esta noche.

—Te digo lo mismo, gordo. Por muchos deseos que pidas, no vas a bajar de los cien kilos en la vida.

Siguieron picándose, dándose puñetazos, lanzándose gapos.

Haciendo todo lo que se supone que hacen los chavales que todavía no tienen o quieren tener edad para pararse a pensar en lo estúpido que resulta todo.

—Yo voy a pedir ir a Comoras.

Los amigos miraron al Soto, que hablaba con los ojos cerrados, pareciendo ser uno de esos que hablan en sueños.

—¿Eso qué pijo es?

—Un país. Son unas islas africanas.

—¿Y para qué quieres ir a África?

Se tomó su tiempo. Creyeron que se había quedado dormido. Pero el Soto sólo estaba tomando algo de aire.

—El otro día, por la radio, mientras esperaba a mi padre salir de la fábrica, escuché a un tío que dijo que en Comoras adoran a la gente blanca. Les chiflamos. Como no va ni Dios a sus islas, acogen a los turistas como dioses. Allí sí que saben lo que es ser hospitalario, es lo que intento decir. Nada más llegar, te reciben con bailes, te dan cocos y plátanos y te pasean por las playas subidos a hombros. Luego usan una especie de pintura natural que sacan de la resina de los árboles y te pintan el cuerpo, la cara y las manos, incluso por detrás de las orejas. Convierten tu piel en un mapa, para que tu espíritu no se pierda y sepa siempre volver a esa isla. Da igual adonde vayas, lo lejos que estés de Comora, si estás vivo o muerto. Tu espíritu siempre va a estar en esas islas.

Aunque los otros se rieron porque creían que lo que acababa de decir el Soto eran cosas de borracho, Paco no pudo evitar pensar muy seriamente en lo que había dicho su amigo. Paco era de pensar, aunque no sabía muy bien si eso le ayudaba a llegar a alguna parte.

—Tiene que estar la hostia de lejos —terminó por decir, dándose cuenta de muchas cosas que hasta ese momento no habían significado nada.

El Soto le miró por el rabillo del ojo.

—Eso es lo bueno.

Una estela blanca cruzó de pronto el cielo y apenas les dio tiempo a señalarla y a robarle a Paco los prismáticos. Con el tirón y las prisas los prismáticos acabaron en el suelo. Una lágrima

fracturó una de las lentes, dividiéndola en dos. A Paco se le cruzaron entonces miles de posibilidades, entre las que estaban enterrar los prismáticos y hacer como que él nunca se había colado en el cuarto de su hermano, o contarle la verdad. Lo único que sacó en claro fue que daba igual si hacía las cosas como debía o no, que iba a terminar arrinconado entre su cama y el armario empotrado, metiendo la cabeza entre las rodillas.

—De todas formas, eran unos prismáticos de mierda.

Ninguno de los amigos esperaba que Paco se lanzara a por el Elías y lo tumbara y golpeara tan fuerte que incluso les pareció escuchar cómo algo se rompía. Tuvo que ser el Juanan quien los separara. Seguía teniendo los dedos manchados de Risketos y a Paco le dio mucho asco que le tocara, así que no opuso mucha resistencia.

El Elías tenía una brecha en la ceja. Pero eso Paco no lo vio porque salió de la estación abandonada lo antes posible porque no quería que le vieran llorar.

No llegó muy lejos, hasta la fábrica de alpargatas abandonada que había más allá, escondido entre las pirámides de chinas y arcilla. Allí lloró bien tranquilo, escuchándose, dejando que los mocos se le colaran por la boca. Le sentó bien. No supo por qué lloraba exactamente, de dónde salía tanta lágrima. Sólo supo que cuando paró de llorar, cuando pensó en Comora y en todo lo que había dicho el Soto, se sintió como después de un baño caliente.

Y lo escuchó.

Cri, cri…

Un grillo. Sonó tan cerca que parecía tenerlo encima. Se volvió, mirando al suelo. No lo encontró.

De pronto, Paco pareció recordar que sus amigos seguían en la estación.

Deshizo el camino, salió de la fábrica de alpargatas, atravesó matojos y zanjas en mitad de la oscuridad y divisó a lo lejos la estación abandonada. Y escuchó al grillo cantar hasta dos veces más.

Cri, cri… Cri, cri.

Las bicis estaban ahí cuando llegó. Sus amigos, no. Dónde se

habían metido. Parecía que se habían volatilizado de repente, dejando allí sus toallas, las botellas de Coca-Cola y sus prismáticos rotos. Paco los recogió, miró la lente, su reflejo partido en dos, y luego le pareció ver otra estrella fugaz cortar el cielo. Esta sí que la vio bien.

Cri, cri…

Una luz amarilla explotó en su cabeza de repente y lo inundó todo nada más escuchar de nuevo el canto del grillo. Paco sintió cómo su cuerpo se desmontaba y dejaba de estar de pie para estar en otro sitio distinto, donde no había luz ni sonido ni olores ni nada. Era tan extraordinario que aquello no parecía estar pasándole a él.

Paco fue el último de los cuatro en desaparecer, arrastrado por el viento de la sierra como si lo que quedara de él fuera el polen que ensucia por las mañanas los parabrisas de los coches.

37

Me dijo que se llamaba Ramiro cuando lo conocí bailando en calzoncillos en mi salón. No era del pueblo. Era de Puerto Lumbreras. Al parecer, mi madre y él se estaban conociendo. Después de semanas hablando por WhatsApp, habían decidido dar el paso y verse las caras. Más tarde, el propio Ramiro me confesaría orgulloso que Puerto Lumbreras tenía el honor de ser el pueblo más seco de España. Nunca he estado en Puerto Lumbreras. No puedo garantizarlo.

Fue ella quien me abrió la puerta. No sé si le sorprendió verme después de tantas semanas, pero lo que tengo claro es que no le hizo ninguna gracia verme allí justo en ese momento.

—Mamá.

—¿Ya te has cansado de tu abuela?

—No.

—¿Te vuelves a vivir aquí?

—Sólo quería verte.

Eso la tranquilizó, se ve, así que me dio un beso de esos que suenan a ventosa y me dijo que iba a presentarme a alguien.

—Vente, que quiero presentarte a alguien.

Llegaba música desde el salón. Sonaba una de Maná. Sé que eran Maná porque a mi madre le pirra Maná. Justo sonaba esa que habla de un pobre diablo al que han dejado y va por ahí de bar en bar curándose las heridas, aunque ahora que lo pienso todas las canciones de estos tipos hablan de uno al que han dejado, así que creo que esto que estoy diciendo no es muy importante. El caso es que vi a Ramiro bailando descalzo en el salón. Es curioso que me fijara en sus pies descalzos cuando el tipo iba en calzoncillos. No llevaba nada más. Bueno, sí. Llevaba puestas unas gafas de sol azules patrocinadas por ron Barceló. Tardé en ver sus tatuajes, los

de la espalda y los brazos, aunque el que más me impresionó fue el del cuello: llevaba tatuada la cara de Messi así en ese gesto indefinido que tiene cada vez que va a tirar una falta y se queda mirando el cielo; para Ramiro, Messi es como Dios para los católicos y Camarón para los gitanos. A mi madre le gustan los hombres con tatuajes. Ella siempre ha querido hacerse uno, pero como también le tiene pánico a las agujas, se entiende que echarse novios tatuados es la mejor solución para ella.

—¿Quién es este malandrín?

Lo de malandrín no me lo he inventado. Lo juro.

Ni siquiera dejó de bailar cuando nos dimos la mano y mi madre me presentó por mi nombre sin decir este es mi hijo, aunque supongo que Ramiro se lo debió de oler porque le dijo a mi madre que era clavadito a ella. A mí no me gustan los hombres ni nada de eso, pero no pude evitar mirarle el paquete a Ramiro porque daba la casualidad de que me quedaba a la misma altura. A excepción de mi padre, era el primer hombre que veía en calzoncillos. Me entró un miedo terrible al comprobar lo feo que se puede poner un cuerpo humano con el paso del tiempo. Los calzoncillos tampoco ayudaban, la verdad. Me juré ahí mismo que nunca llevaría esa clase de calzoncillos, y menos en presencia de una mujer.

—A ti también te gusta el jaleo, ¿a que sí, malandrín?

—No sé.

—No sabe, dice.

Ramiro me puso la mano sobre la cabeza y me revolvió el pelo igual que hace la gente con los perros. Después siguió bailando.

No estaban ni mi tío ni mi tía. Tampoco tenía pinta de que fuesen a volver enseguida. Si fuese así, a mi madre no se le habría ocurrido meter a un hombre en la casa. Así que supongo que mi madre se había convertido en una adolescente que invita a escondidas a su novio aprovechando la huida de los padres.

—¿Quieres cenar? Yo tengo hambre. ¿Tú no? Yo creo que voy a cenar.

Esto lo dijo mi madre, sin saber que todavía faltaban como cinco horas para que se hiciera de noche.

—Hay jamón york. En el frigo o…, el jamón york ese que te gusta. Muy bueno. Buenísimo. ¿A que sí, Rami?

El tipo contestó que sí, aunque habría dicho lo mismo si le hubiéramos preguntado si estaba de acuerdo con el Holocausto.

Había vasos sucios, una botella de Brugal vacía, latas de Monster, cigarros y cenizas, el DNI de Ramiro, papel albal, un billete de diez euros enrollado. Mi madre hizo como que ponía orden cuando me dijo que me sentara en el sofá.

—Voy a prepararte un bocata.

—No quiero bocata.

—Entonces qué quieres.

Ramiro debió de hartarse de Maná, y yo que le entiendo. Fue al ordenador y cambió la música. Me fijé en una cicatriz que le recorría el muslo. Parecía una serpiente enroscada.

—¿Tú sabes dónde están mis fotos?

Mi madre pareció no entenderme y siguió recogiendo sin saber muy bien cómo hacerlo.

—¿Qué fotos?

—Fotos mías. De cuando era pequeño.

—Sigues siendo pequeño.

Vio que no era lo que yo esperaba, así que se sentó a mi lado. Le olía la boca a hierro.

—¿Por qué preguntas eso? ¿Te lo ha dicho tu abuela?

—No tengo fotos, mamá.

—Todo el mundo tiene fotos.

—Yo no.

En otras circunstancias, me habría mandado que me fuera a mi cuarto y dejara de hacer preguntas, pero como las circunstancias eran las que eran, mi madre se rascó el mentón tratando de pensar.

—A ver…, tus fotos, tus fotos… En el móvil. No en el de ahora, en el de antes… O en el de antes del anterior…

—Vale. ¿Y dónde está?

No le gustaron mis exigencias. Quedó claro que no comprendía la gravedad del asunto.

—Eso díselo a tu padre, que fue el que lo vendió.

—¿A quién?

—¿El qué?

—A quién se lo vendió.

—Yo qué sé, qué más da, pero qué coño te pasa… ¿No estás viviendo con él ahora? Pues que te lo diga. Que tenga cojones y te diga para qué vendió el móvil, al perro y a la madre que lo parió.

—¿Entonces?

—¿Tú qué quieres, hijo, una foto? Qué cosas tienes a veces, de verdad… No te preocupes, que yo te echo una foto ahora mismo. ¡Rami! ¡Ramiro!

A Maná le siguió otra que no me sé, pero que era del mismo estilo. Ramiro se volvió al escuchar a mi madre. Sonreía como si fuera el hombre más alegre del mundo.

—Échanos una foto al crío y a mí.

Ramiro buscó su móvil por todas partes hasta que lo encontró bajo el revoltijo de toallitas usadas. Se quitó las gafas y se las puso en la cabeza para ver mejor. Tenía los ojos agrietados en rojo. Nos dijo que dijéramos patata y mi madre me abrazó y me apretujó contra ella.

—¿Ya?

—No.

—¿Qué pasa? ¿Rami? Coño, Ramiro, venga, que no hay que estudiar para echar una puta foto.

—No va. Que no, que no, que no va. Puta cámara…

—Pues nada. Sin foto.

Antes de darme tiempo a preguntarle si podía ver qué le pasaba, se guardó el teléfono. Como le debía de gustar la canción, Ramiro volvió a esconderse tras las gafas y reanudó su baile en mitad del salón. A mi madre le hacía mucha gracia verle bailar así. Se reía como nunca la había visto reír. Yo también me reí, aunque no supe por qué. Supongo que hay cosas de las que te ríes, aunque no tengan ninguna gracia.

Al principio bailaron separados con los ojos cerrados concentrándose en la música. Luego Ramiro se encendió un cigarro y le encendió otro a mi madre, y los dos sonrieron y se pegaron algo más. Estaban tan cerca y se miraban de una manera que me

hizo suponer que ya se habían mirado así otras veces. Aunque la música no era de bailar pegados, mi madre y su nuevo novio se arrimaron hasta estar piel con piel, él cogiéndola por la cintura y ella apoyándose en su hombro. Bailaron dando vueltas sobre sí como si estuviesen en una caja de música. Los observaba desde el sofá y sentí un no sé qué en el estómago al no saber exactamente qué era lo que estaba pasando, porque por mucho que me esforzara no lograba sentirme en mi lugar. Era como cuando llevas comiendo unas galletas toda la vida y de golpe y porrazo dejan de gustarte y no sabes muy bien a santo de qué.

Mi madre siguió bailando apoyada en el hombro de Ramiro. Se me quedó mirando y se echó a llorar. Ramiro corrió a secarle las lágrimas.

—¿Por qué lloras?

Contestó algo tan evidente que parecía un gasto de saliva.

—Porque soy feliz.

38

Me había empujado por las escaleras, así que supongo que pensó que merecía un escarmiento. No me había roto ninguna costilla ni nada, pero cuando le conté lo que había pasado, mi padre se puso hecho un basilisco y me dijo que no se puede dejar que le tomen a uno por el pito del sereno y que había que defenderse, fuese quien fuese el que tuviera delante.

Esperamos hasta última hora de la tarde, cuando el cielo está violeta, para ir al parque de los Bolos y darle su merecido al Tarara. En realidad, se llama José María López Villena, pero en el colegio le llamaban el Tarara. Iba a mi misma clase, aunque debería haber dejado el colegio hacía dos cursos. Su padre estaba en la cárcel; por lo que dicen, lo pillaron cuando la policía lo encontró durmiendo la mona sobre la barra del bar que había intentado atracar durante la noche: el figura se había pimplado todo el anís y comido la mitad de la bandeja de ensaladilla guardada en la cámara. Así que, si de verdad querías cabrear al Tarara, sólo tenías que cantarle esa canción tan pegadiza que anuncia mahonesa. Yo nunca lo hice, jamás me atreví a reírme de su padre, pero, desde que me cambiaron de colegio, el Tarara me había hecho la vida imposible, a mí y al Pelos. Yo no es que esté del todo de acuerdo con la violencia, pero tengo que reconocer que cuando mi padre me dijo que íbamos a darle su merecido, me alegré. Y mucho.

Tenía la bici en el suelo y estaba sentado en el respaldo del banco, fumándose un cigarro. Estaba solo. No quedaba nadie en el jardín. Mi padre salió de entre los setos, acercándose a él, pidiéndole fuego, tan normal, pero el Tarara no esperaba que, al sacar el mechero, mi padre lo agarrara por el cuello, tapándole la boca. Yo lo estaba viendo todo desde el otro lado y no sabía muy

bien cómo iba a terminar aquello: mi misión era vigilar y avisar si había moros en la costa.

El muy rata se revolvía y pataleaba al aire. Mientras, mi padre le decía que iba a matarlo como volviese a hacerme daño. Pero entonces el Tarara consiguió clavarle el codo en las costillas. Mi padre cayó al suelo, falto de aire. Lo que pasó entonces fue que el Tarara, en vez de salir corriendo, se quedó donde estaba y comenzó a darle una tunda a mi padre, patadas, escupitajos, pisotones, incluso le apagó el cigarrillo encendido en el moflete. Mi padre rugió de dolor. Yo no hice nada. Yo seguí detrás de los setos, por si los moros en la costa.

Cuando el Tarara se largó, lo hizo riéndose, diciendo que era una pena de tío.

Esperé a que mi padre se levantara para salir de mi escondrijo. Le pregunté si estaba bien, pero él a lo único que llegó fue a escupirse en una mano y restregarse la saliva por la quemadura del moflete. Tenía toda la ropa llena de polvo y la nariz sangrando.

—Vámonos para la casa.

Desde entonces algo empezó a cambiar entre mi padre y yo. Dejé de verlo como a un amigo, aunque los dos fingíamos que no era así. Me sentí mal de pronto, como si alguien me hubiese dicho algo bonito para luego decir todo lo contrario a mis espaldas. Lo intentamos, los dos, pero éramos incapaces de olvidar lo que había pasado.

39

Allí en la sierra no se podían encender fuegos por riesgo de incendio, pero para mi abuelo eso era como pedirle peras al olmo. Había encendido la parrilla con los palos y las piñas que mis primos y yo habíamos recogido, y ahora ayudaba a mi tío a echar el arroz, un puñado por cada uno que éramos, y le daba vueltas con la rasera, el cigarro en los labios, arrugando el morro para que no se le cayera la ceniza y se mezclara con el conejo y el azafrán.

—Incendios, incendios… Qué coño se va a quemar todo esto. Si ya no se puede quemar más de lo que ya está.

Pinos quietos y el suelo escupiendo calor. Avispas revoloteando alrededor de la ensaladilla. Mi abuela había puesto el mantel en una de las mesas de los merenderos, con olivas, pipirrana, mejillones y patatas fritas con boquerones en platos de plástico. Las chicharras cantaban tan fuerte que casi no dejaban que nos escucháramos. Aunque, la verdad, hablar hablábamos poco. No había nada que decir; supongo que eso está bien, saber que no hay nada que decir y evitar conversaciones estúpidas.

El único al que se le oía era a mi tío Agustín, que andaba con el móvil pegado a la oreja mientras hacía el arroz, moviendo chinas con la punta de sus náuticos, levantando polvo. Negocios. Incluso en domingo. Mi tío Agustín es un visionario. Su empresa le nombró no sé qué historias cuando tuvo la idea del papel higiénico perfumado, del caro, el que cuesta casi dos euros más, los hay con olor a fresa, limón murciano y naranja de la huerta. Hizo ganar a la empresa mucho dinero. Le pusieron coche y todo. Ahora decía estar detrás de un nuevo concepto que cambiaría el mundo de la higiene íntima. Nos contó que a él le gustaban mucho los chicles, le encantaban, en especial los de menta, porque según los mordisqueas te dejan así un regusto de frescor en la boca. Quería

conseguir esa misma sensación en los culos de la gente. Su sueño era sacar un papel higiénico mentolado; así, al limpiarte, se te quedaría en el ojete un remanso de frescor. A mí me parecía una idea estupenda.

Mi primo Rodri y yo fuimos adonde sube la gente a suicidarse. Desde el mirador se veía lo poco que quedaba del río y el valle del Guadalentín. Era una vista hermosa. No entiendo por qué la mayoría prefiere tirarse desde el puente de la Rambla Celada. Aquello era más bonito; entendía por qué la gente hacía tantos kilómetros desde su casa para subir allí y quitarse la vida. La verdad, daban ganas de matarse.

—¿Y si tu padre se ha suicidado?

—No se ha suicidado.

—¿Y quién te dice que no? A lo mejor está ahí abajo con los hígados reventados y tú aquí tan a gusto.

Alguien había llevado flores y un rosario y puesto la foto de un hombre que no tenía nombre y que sonreía, queriendo demostrar así que hubo un día en que no tuvo motivos para subir hasta aquel mirador. Pensé en mi padre. Él sería incapaz de hacer una cosa así. No era lo suficientemente valiente.

—¿Cuánto hace que no lo ves? ¿Qué lleva, dos meses sin vérsele el pelo?

No quise contestar. Seguí mirando al tipo de la foto. Tenía cara de llamarse Pedro. Hay gente que tiene grabado su nombre en la frente.

—Mi madre dice que se ha ido con el travesti ese con el que andaba. ¿Es marica tu padre o qué?

—No sé, Rodri.

—Pero tú eres gilipollas, ¡que no me llames Rodri, copón!… De verdad, me dan ganas de…

Después, mi primo Rodri se sacó del bolsillo un cartón de tabaco arrugado. Se llevó un cigarro a la boca fingiendo que ya lo había hecho más de una vez.

—Eso es del abuelo.

—Te chivas, te abro la cabeza.

Le quedaba bien el cigarro en los labios, el humo. Mi primo

era alguien guapo, ya lo he dicho. La gente fea no debería fumar. De hecho, son los primeros que lo dejan, los que intentan que nadie más fume y andan con eso del cáncer siempre en la boca. Cochina envidia. Si fuesen guapos, fumarían hasta pudrírseles los pulmones y sabrían lo bien que les queda un cigarro entre los dedos. Mi primo Rodri tendrá suerte en la vida, el que le quede bien el cigarro es una prueba más. Hay gente que nace de pie, otros lo hacemos de culo.

—¿No le das o qué?

Le dije que no. No me considero lo suficientemente atractivo. Se guardó el resto de los cigarros dentro de los calzoncillos y luego aplastó el paquete de tabaco, hizo una bola y lo tiró al vacío.

Volvimos y el arroz seguía hirviendo con mi tío al móvil, porque el abuelo se había cansado o directamente se le había olvidado todo y estaba ahora bajo la sombra de los pinos mirando hacia arriba, hacia las ramas, escuchándolas crujir por el calor. La Pascuala lo controlaba con el rabillo del ojo mientras daba de comer ensaladilla a la prima Paloma, fingiendo que escuchaba las quejas varias de su nuera. Estábamos solos. Éramos los únicos que domingueábamos ese día.

—Pero qué bien vives con la abuela Pascuala, ¿eh, Rubén? Con ella sí que no te va a faltar de nada. —La tía Adri no me acercó el plato de olivas cuando me vio que intentaba pincharlas con el palillo. Tuve que hincar las rodillas y escalar la mesa—. A ver si la abuela se anima, llama a Rodrigo y Paloma y pasáis un fin de semana de primos.

Era su estilo. Hablar de alguien como si no lo tuviese delante. Mi abuela también tenía un estilo: escuchar, y nada más.

Luego la madre se acercó a su hijo, lo abrazó por detrás y le dio muchos besos en la nuca delante de mí, que cómo te quiero, que jamás te voy a abandonar. Pero dejó de hacerlo cuando olió algo raro. Dijo que olía a tabaco. Rodri se puso tan nervioso que seguro que se le escapó algo de pis. Me señaló. Él me lo ha dado. Se los ha robado al abuelo. Me ha dicho que como no fumara me tiraba por donde el mirador. Antes de dejarme decir ni pío, mi tía fue a por mí y me dio un sopapo de los buenos. No me dolió. Al

menos no al momento. Luego sí. Un poco.

Llegó mi tío sin despegarse del móvil.

—¿Qué pasa? ¿Por qué le has dado?… Espera, Esteban… ¿Qué pasa aquí, eh, Adriana?

Al señalarme, le vi las uñas a mi tía. Tenía unas uñas bien bonitas.

—No se le puede dejar solo. Como su padre… Este empieza como su padre…

Toda mi familia me miraba, pero la que quemaba de verdad era la de mi abuela. Nunca me había mirado así.

—¿Le has cogido tabaco? ¿Le has robado al abuelo?

Todo fue tan raro y rápido que cuando quise darme cuenta ya lo tenía todo en mi contra. Es lo que tiene. Supongo que soy de esos que siempre lo tienen todo en su contra. No encaja un sombrero en todas las cabezas. A alguno tiene que olernos el aliento. Va en la sangre. Y de eso es imposible escapar. Así es como funciona.

—Sí. He sido yo.

Luego oímos a mi abuelo preguntar dónde cojones estábamos.

40

Que algo le pasaba era evidente. Otra cosa es que quisieras darte cuenta. Su aspecto había cambiado tanto desde el principio del verano que en apenas tres meses mi abuela era alguien totalmente distinto. Desde que mi padre se había escapado de la caseta, el cáncer parecía empeñado en ir más deprisa, demostrar que podía hacerlo cuando quisiera y que en ese tablero él era quien mandaba.

Cada vez estaba más delgada. No comía. Sólo bebía agua y azúcar. Pero, aunque se comiese tres cochinillos al día, seguiría siendo una espiga quebrada. Sus mejillas hundidas daban la impresión de estar creciendo hacia adentro. Las venas, azules, negras, recorrían una piel transparente. A mi abuela le pesaban los ojos, el delantal, la vida.

—Cuándo lloverá, por Dios… Cuándo lloverá.

Estaba asomada a la ventana, detrás de la cortina, buscando en el cielo azul y despejado alguna señal que le dijera que pronto todo iba a cambiar y ese calor infernal y ese sol y ese polvo y todo el verano se irían de una vez y dejarían paso a los vientos y a las frías tardes del invierno. Todo estaba tan muerto que no merecía la pena detenerse a observar nada de lo que allí había.

Tampoco era la misma conmigo. Llevaba días sin hablarme. Nos sentábamos a la mesa y la sentía observarme, agarrarse los dedos largos por debajo de la mesa y estrujárselos, como si con eso se contuviera de hacer o decir no sé muy bien qué. Ya no me veía igual, eso estaba claro; otra cosa era no querer darse cuenta.

—Abuela. ¿Tú mientes mucho?

La abuela se despegó de la ventana. Las cortinas bailaron hasta quedarse tan quietas que dieron la impresión de que era imposible correrlas, ver lo que había al otro lado, lo que estaba por llegar.

—Cuando hace falta.

—Entonces, si te pregunto algo, vas a mentirme.

Creo que si me acerqué más a ella fue porque pensé que le costaba escuchar. Llegué hasta sus rodillas.

—¿Vas a devolverme con mi madre? —No contestó. Yo seguí hablando—: Ya no quieres que viva contigo.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque sabes que fui yo el que soltó al papá.

Metió sus dedos en mi pelo, acariciándome. Hacía tanto tiempo que no olía sus manos que no me importó que oliesen a lejía.

—Te quiero conmigo, Rubén. Eres la razón por la que todavía no me he muerto.

Decía la verdad. Lo que vino después no estoy del todo seguro. Quizá ni ella misma lo supiese.

—Todo va a cambiar cuando llueva. Cuando llegue el agua.

41

Me juró que no habría nadie en la casa. Podría haberme dicho mil cosas más, que yo me las habría creído. No es muy difícil quedarse conmigo. El caso es que le seguí, saltamos la cerca sin mucha dificultad, no voy a mentir a nadie; el Pelos y yo podríamos saltar incluso el muro de Melilla si hiciera falta. Sabremos hacer muy pocas cosas, pero si hay algo que se nos dé bien en esta vida, es saltar todo lo que se nos ponga por delante.

Vino un perro grande y pensamos que se nos iba a comer, pero, a decir verdad, el perro tan sólo quería lamernos los pies. Le raspaba la lengua. Estaba gordo y viejo. Daba pena ver cómo se movía. No ladraba ni nada. Eso es lo que llamo yo un buen perro. No aguanto a los que no dejan de ladrar y gruñir por todo. A esos perros deberían sacrificarlos. Ese no; ese parecía contento de que estuviésemos allí. Nos acompañó hasta la piscina más grande que he visto en mi vida. Siempre había pensado que las piscinas de los ricos tendrían forma de riñón, como en los dibujos, pero resulta que nada de lo que echan por la tele es cierto.

Estaba bastante fría y algo sucia, pero no habíamos ido hasta allí para sentarnos en el bordillo y meter los pies. Luego el Pelos propuso cagarse dentro del agua porque se ve que lo que más ilusión le hacía era soltar un troncho en la piscina de aquellos pijos. Últimamente el Pelos nada más que decía guarradas.

Nuestro amigo el chucho movió el rabo lleno de alegría al ver aparecer a su dueña. También le lamió los pies a ella. Era alta y delgada, con el pelo corto como un zagal. No sé qué edad tendría porque con las chicas eso es algo difícil de acertar. Parecía sacada de alguna canción, aunque no sabría decir cuál. Tampoco es que yo sepa mucho de música, pero tenía ese aire que, supongo, tienen las chicas tristes por las que uno llega a escribir una canción.

—Tranquilos. Da gusto ver que alguien la disfruta. Nosotros ya casi no nos bañamos.

No estaba asustada. Todo lo contrario. Se agarraba los brazos, algo encorvada, con frío. Media sonrisa. Se le transparentaba un biquini rojo a través de una camiseta blanca que le llegaba hasta la cintura. Tenía la piel del color de la horchata. Se me quedó mirando y me obligó a observarme los pies deformados por el agua. Pies de Bigfoot.

—Se acaba el verano.

Si nuestro acento es raro, el de ella lo era más todavía. Mascaba las palabras con hambre. Le alegraba tener a alguien en casa, disfrutar del poco sol que calienta con la compañía de unas caras desconocidas. La chica con pelo de chico se sentó en el bordillo. Los dedos se le levantaron al tocar el agua, y luego terminó de meter los pies, con cuidado, con gusto.

—Está fría.

—Qué va. Hecha caldo.

El Pelos removió el agua, queriendo decir con eso que el agua estaba buenísima. Supongo que se le habían pasado las ganas de jiñar.

—Mis padres no van a volver hasta las ocho.

Detrás de los setos habíamos visto salir el coche. Calculamos una hora como mucho. Ir al pueblo, al Mercadona, quizá… Seguramente. Ir al Mercadona era la única razón que encontramos para justificar la salida de la familia.

—Así que tu abuelo o algo así era Juan el Marqués.

—Algo así, sí.

Hay cosas raras que me pasan que no sé si me pasan a mí y ya está o le pasan a todo el mundo. Por ejemplo, hay veces que voy por la calle y pienso sin ton ni son en algo que dije hace días o, no sé, cuando fuese, algo estúpido de lo que no me siento orgulloso, y me entra tanta vergüenza ajena que me da por menear la cabeza para quitármelo enseguida de encima por miedo a que los que van por la acera lo oigan y sepan lo ridículo que soy. Hay otras en las que sé que me están mirando, aunque yo esté de espaldas o, como en ese momento, mirándome los pies.

—¿Cuántos años tenéis?

Aunque pareció que nos lo preguntaba a los dos, sólo me lo preguntó a mí.

—Once y medio.

—¿Tu amigo no habla o qué?

Me volví. Le quedaba bastante bien el pelo de chico.

—Sí que hablo.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Entonces, dime algo.

Tenía pecas. Me di cuenta tarde. Pero tenía varias pecas que le escalaban la nariz. Formaban un mapa así todas juntas. El mapa de un lugar en el que no te importaría quedarte.

—¿Tienes cerveza?

Sonrió. De verdad que no se esperó que le preguntara algo así. Yo tampoco.

—Dentro.

Procuré parecer un tío de los anuncios de colonia cara cuando salí de la piscina y me envolví la cintura con mi toalla. El perro corrió a lamerme los pies. Me dio mucho gusto. Su lengua ya no raspaba tanto. Seguí teniendo los pies mojados al entrar en la casa, dejé huellas detrás de mí, aunque a ella no pareció importarle porque sus pies también estaban mojados y sus huellas seguían a las mías, hasta la cocina, grande y moderna, todo nuevo y decorado con bastante gusto, aunque supe nada más entrar que yo no podría comer en esa cocina ni vivir en una casa como aquella porque yo soy de otro tipo de jaulas.

El frigo me pareció muy desangelado, sin imanes ni cupones de lotería caducados. Sólo había una foto, de la chica y su familia, con sus padres y su hermana pequeña. La playa al fondo. Así como estaban no parecían tan ricos como en realidad eran. Parecían una familia normal. Tanto que incluso yo podría tener una igual si mis padres me hubiesen llevado un domingo a la playa. Me pregunté cómo quedaría una foto mía en un frigorífico.

—¿A qué huele el mar?

—El mar huele a mar. Eso es así.

Abrió el frigo y cogió dos cervezas de botella de cristal. Eran abrefácil. No estaba muy seguro de por qué había pedido una cerveza.

—Tenemos la playa a cinco minutos. La casa también era de mi abuelo. ¿Has estado en Mallorca?

—Nunca he salido de aquí.

—Bueno. Ya tienes doble excusa para venir. Ves Mallorca y me ves a mí.

Brindamos. Chocamos los botellines. Era nuevo en esos menesteres. Ella dijo: por el verano, y yo no dije nada. De pronto sentí que dejaba algo atrás y yo seguía corriendo. Le dimos el primer sorbo. Estaba bien fría. Me rascó la garganta. Ella estaba más entrenada que yo. Después no dijimos nada y sólo se escuchó el aire acondicionado.

—De todas formas, este pueblo no está tan mal.

Volvió a beber, y tan ancha. Era la primera vez que le oía decir a alguien que el pueblo no estaba tan mal. A lo mejor era cierto; a lo mejor el pueblo no estaba tan mal. A lo mejor vivíamos en el mejor lugar del universo y nosotros éramos incapaces de verlo. A lo mejor todo depende de eso, de saber mirar las cosas.

La chica dejó el botellín encima del poyo y me cogió las manos. Me miró las palmas, y después las yemas. Las tenía arrugadas. Daban bastante asco. Nunca he visto a un muerto, pero supongo que a los muertos se les tiene que quedar cara de dedo arrugado. Ella no debió de pensar lo mismo: me acarició los pellejos con sus yemas, haciendo círculos. De pronto me entró una vergüenza terrible.

—Me gustan tus dedos. Son dedos de pianista. ¿Tocas el piano?

—Sé tocar la flauta.

—¿Sabes quién es Glenn Gould?

—De oídas.

—Era un pianista *chalao*. De los mejores. Iba con bufanda todo el año, daba igual el mes. Enero, mayo, junio… Bufanda y guantes. ¿Sabes por qué usaba guantes? Por sus dedos. Tenía los dedos largos, perfectos. Y eran su tesoro. La gente se moría por

verle las manos, por tocar sus dedos. La gente se moría por que los dedos del pianista tocaran su piel de gente corriente y moliente.

Después de eso, puso mi mano en su pecho. Me metió los dedos por debajo de la tela de su bikini rojo. Noté su pezón tieso y yo pensé en una goma de borrar, una Milan nuevecita, intacta, blanda y dura. Suave. Estaba caliente. La chica me había dicho que tenía frío. Mentira. Le ardía la piel. Respiraba y se le hinchaba el pecho, lo notaba subir y bajar, latiéndole el corazón a todo trapo, y ahora me arrepiento porque me hubiese gustado vérselo; fui incapaz de dejar de mirarle la cara, sus pecas, la forma extraña de su boca, su pelo de zagal.

—Vamos fuera, antes de que se esconda el sol.

Le dejé en el pecho la señal de mi mano y las gotas de agua le resbalaron por la piel, colándose por los rincones donde acababan de estar mis dedos. Cogió las cervezas saliendo derecha hacia la piscina. Siguió nuestras huellas en sentido contrario, creando otras nuevas, entremezclándolas, construyendo un laberinto de idas y venidas, como si su plan hubiese sido ese, desorientarme, perderme y tenerme allí para siempre.

Lo pensé tarde. Lástima. Debí haberle preguntado cómo se llamaba.

42

La noche en la que se mató hacía un calor de narices. Las ventanas de los vecinos estaban abiertas, procurando robarle algo de fresco a la noche. Yo siempre tenía abierta la mía. Incluso en invierno. Me gusta tener la ventana abierta mientras duermo. Manías, supongo. Tengo que tener la seguridad de poder pegar un brinco y salir de donde estoy en cualquier momento. Algo complicado si se tiene en cuenta que mi abuela vivía en un segundo. Cuando estaba en casa de mi madre era distinto, porque mi habitación daba a un descampado, y cuando me daba la gana cogía y me salía y me sentaba en un bloque de hormigón que tenía yo escondido debajo de un algarrobo y allí me quedaba toda la noche escuchando a los pájaros picotear.

Ahora por mi ventana no se ve ningún descampado ni hay ningún algarrobo. Tan sólo un patio interior bastante estrecho y que da una tristeza que te mueres. Imagino que como pasa con todos los patios interiores. No he visto todavía ninguno que me haga pensar lo contrario. Todos están atravesados por tendederos con ropa secándose al sol, bragas, sujetadores y fajas color carne, con esos brazos de moho escalando las paredes desnudas y los aparatos de aire acondicionado funcionando a todo trapo. No soy experto en patios interiores, pero el mío en concreto a veces huele a pedo por culpa del sumidero, así que muchas noches no me queda otra que levantarme, ir a la cocina a por un cazo, lo lleno hasta el tope de agua y lejía y lo tiro después por la ventana. Entonces deja de oler. Pero el olor a pedo ya está en mis sábanas.

Esa noche no se olía a otra cosa que no fuera a calor. Así acostado pensaba en mi padre, en lo que estaría haciendo, en el calor que estaría pasando estuviese donde estuviese, en si él estaría pensando en mí o en qué puñetas podría estar pensando yo si

estuviese en su situación. Luego me acordé de su tatuaje de lobo y me pregunté si a mi padre le gustaría aquel poema de Rubén Darío. Pensaba en todo esto mientras miraba al techo y trataba de escuchar los ruidos que se escapaban de las ventanas vecinas. Alguna radio lejana, las respiraciones y ronquidos de otros.

Entonces se coló un llanto.

Venía de los pisos de arriba. Sonaba a uno de esos llantos que no parecen llantos. Quiero decir, cuando uno es de llorar mucho, al final el cuerpo se acostumbra y el llanto no suena a llanto. Suena a otra cosa, no sé exactamente a qué, pero suena a algo mucho más triste, eso seguro. Ya había escuchado llorar a la Charo otras veces, incluso antes de que mi abuela intentara curarla. Lloraba y hablaba consigo misma en mitad de la noche, entiendo que para espantar al dolor. La oía sonarse los mocos con papel de cocina, sus pasos yendo y viniendo, y cómo decía entre dientes: ay, Dios, por favor, ay, Dios mío, quítame esto tan malo que tengo dentro…

Esa noche sólo lloró. Lo hizo pegada a su ventana. No se movió de ahí. Lloró hasta quedarse vacía. Entonces el patio quedó en silencio. Un silencio tan profundo que incluso me asusté. Noté el frío de las sábanas sudadas, pegadas a mi espalda. Tuve que darme la vuelta y ponerme de lado con las piernas encogidas. Lo que vi después pasó justo delante de mi ventana, cayendo a plomo en la estrechez de las cuatro paredes enmohecidas. Pareció una silueta emborronada en la libreta de un cuaderno. La Charo cayó en silencio. Sin un grito. Sin molestar a ningún vecino. Se llevó los tendederos consigo, arrancándolos de cuajo, la ropa tendida. Los sujetadores sobrevolaron el patio cayendo en espirales como aviones alemanes abatidos sobre el canal de la Mancha.

Estuve quieto, así, embelesado incluso mucho después de haber oído cómo se desmenuzaba contra el suelo. Esperé escuchar algún grito o lo que se suponga que espera uno escuchar en esos casos. Pero lo único que rompió el silencio de la noche fueron los aires acondicionados.

Salí de la cama y me encaramé a la ventana. Me dio el calor en toda la cara. Tanto que me resecó los ojos y tuve que frotármelos para ver a la Charo justo encima del sumidero. Estaba

toda descuajeringada, y con toda la ropa y las cuerdas de los tendederos por encima parecía un pedazo inservible de algo que se tira a la basura y pasa desapercibida entre toda la porquería. Vi que tenía la boca abierta. Pero no abierta del todo. Lo justo para que el alma se le escapara entre los dientes. Yo había escuchado eso del alma, que sale del cuerpo antes de morir y que pesa veintiún gramos. Eso me parece una estupidez. Supongo que la Charo antes de arrojarse por la ventana tampoco pensaría en esas vainas. No pensaría en nada, de hecho. De pararse a pensar un poco, no habría saltado por la ventana, habría dicho algo así como pero qué puñetas estoy haciendo, habría bajado del alféizar, se habría hecho un vaso de leche y habría vuelto a la cama.

A veces no está de más pensar las cosas dos veces.

43

Salió en todas las noticias. Incluso en los periódicos, cuando todavía eran importantes. Alguien debió de chivarse. Llegaron al pueblo con sus cámaras y sus micrófonos y sus periodistas guapas de falda hasta las rodillas. Nunca hemos vuelto a ser tan famosos. Debe de haber imágenes por ahí de lo que recogieron las cámaras en aquellas casetas, de todos esos sin papeles hacinados durmiendo en colchonetas en el suelo. Enchironaron a varios terratenientes, pero no a todos.

Juver vivió en una de esas casetas con otros seis. A él y a sus compañeros los habían traído en un camión desde Mazarrón. Después los dividieron. Lechugas, limoneros, olivos, parrales. A cada uno le dieron unas botas, un par de calcetines gruesos y un cepillo de dientes. Los sacaban de la caseta bien de mañana, antes de que saliera el sol, y no volvían hasta que no se había escondido. Después, atrancaban la puerta. Hasta mañana. A veces hablaban, otras no. La mayoría del tiempo no decían nada. Estaban demasiado cansados. Cerraban los ojos y olían el sudor del que tenían al lado y se dormían con los grillos que cantaban afuera.

Cuando los periodistas y la policía y algunos del pueblo que querían chupar cámara entraron en su caseta, Juver echó a correr campo a través hasta que el pecho le ardió tanto y tan fuerte que creyó que se le había tostado el corazón. No lo pillaron. No lo mandaron de vuelta. Suerte que tiene las piernas largas.

Mi abuela sabía esta historia. Tal vez por eso le pidió ayuda. Tal vez Juver sabía lo que había que hacer si lo que se quiere es esconder a alguien y que nadie lo encuentre.

Lo tenían todo listo cuando llevaron a mi padre. La caseta seguía estando ahí. Juver lo cogió en brazos. Dijo que no pesaba nada. Era como una pluma. Un saco de huesos. Al entrar, vio que

era más pequeña de lo que recordaba. Le resultó curioso descubrir que echaba de menos las noches ahí dentro.

Mi padre sabía lo que estaba pasando en todo momento, sólo que no podía moverse. Su cuerpo flotaba, aire caliente. Había estado peor otras veces. Puedes estar muerto cuando dejas siquiera de oír lo que piensas. Lo tendieron en el camastro. Olió la humedad y la lejía que todavía quedaba en las paredes después de que mi abuela lo hubiese desinfectado todo. Eso le mareó todavía más. Intentó revolverse, hablar, hacer algo. Le picaba la sangre. Escuchó sus voces, vio sus sombras, y luego se quedó a solas con la figura borrosa de mi abuela, que se arrodilló a su altura y le ató algo frío y pesado al tobillo. Ella le habló bien cerca, creyendo que sólo le escucharía si le hablaba al oído, cuando él oía perfectamente.

El aliento de su madre quemándole el lóbulo le provocó un escalofrío.

—Te me vas a poner bueno.

Tuvo que engañarle. Decirle que esa caseta sería su casa; no su cárcel. Esa mentira le pudrió por dentro. Estuvo a punto de echarse atrás. Pensó en la de cosas que mi padre había hecho mal, aunque luego se dijo que puede que fuese ella la que no había sabido hacer las cuentas. Se escuchó pidiéndole ayuda a Dios y se sintió ridícula al instante porque supo que ya no le ayudaría ni el mismo Jesús resucitado. Tenía que haber otra manera. Puede. El problema es que hay veces en que las cosas se solucionan con la peor de las opciones. Así que terminó por salir de allí y echó el candado mientras le temblaban las manos, mientras le decía a mi padre a través de la puerta que se quedara allí dentro hasta que todo lo malo que llevaba en la sangre acabara saliéndole.

No le oyó decir nada hasta que no enfiló hacia el coche. Entonces escuchó cómo gritaba y lloraba y la llamaba cosas horribles. No supo cuántas veces se detuvo, volviendo tras sus pasos, para volver a avanzar y luego darse la vuelta, diciéndose a sí misma qué salvajada estás haciendo, que es tu hijo, que salió de dentro de ti y lo encierras como a un animal.

En el fondo, mi abuela lo sabía. Le ardía. Si hacía todo eso,

era porque era su hijo. Porque era su madre. Y porque le quería.

A la gente de la tele le chiflaría una historia así. Ya lo creo que sí. Volverían las periodistas guapas, ya sin falda hasta las rodillas, ahora con tacones hundiéndose en la tierra de la huerta. De salir esta historia por televisión, nos haría tan famosos que nadie, nunca, se olvidaría jamás de nosotros.

44

Las pocas veces que he entrado a una iglesia lo que más me ha escamado han sido los ojos de los santos. No parecen gente de fiar. Me asusta quedarme tan hueco como ellos. Las voces de los niños también. Oírlos rezar en murmullos. Ahí dentro todo suena mucho más alto. Eso da miedo incluso al más valiente. No sé la razón, pero en mi pueblo van muchos niños a misa de domingo.

Mi abuelo se quedó fuera fumando. Yo entré con mi abuela. La misa estaba ya empezada, por eso nos sentamos en los últimos bancos. Estaba llena. Los rosarios colgaban de las muñecas de las mujeres y las estampas, en las manos de los críos bien repeinados. Olía a laca Nelly. El cura no hacía más que hablar de cosas que yo no entendía. Hasta que dijo:

—Oremos.

Y mi abuela se arrodilló en el banco, tuve que ayudarla, y entonces me dijo que me arrodillara yo también y que rezara por mi padre. Para que estuviese bien. A mí lo de rezar nunca me ha hecho sentir muy cómodo porque me da la sensación de que si Dios de verdad me está escuchando, no sé por qué demonios se va a parar a hacerle caso a alguien como yo. Pero, para no darle un disgusto a mi abuela, arrejunté los dedos y agaché la cabeza.

Para mí, Dios es un abogado que tuvo días mejores. Ahora trabaja representando a gente que no tiene para pagarse un abogado de verdad. Viste un traje azul marino que le está algo grande. Corbata a rayas. Si tuviera que ponerle cara, sería la de ese actor de las películas antiguas sin color que siempre anda mirando así como con mucha tristura.

Me imaginé a mí mismo entrando en su despacho. Dios tendría un vasito de vinagre en una esquina para ahuyentar a las cucarachas. Le hablaría de mi padre. Escucharía mis peticiones

mientras se come un donut. Las migajas se le quedarían en la barba. Como no me diría nada, yo le preguntaría si esto de rezar sirve para algo, y él me contestaría que depende. Depende de qué. Depende. Ya está… No estoy muy puesto yo en esta película, pero si Dios envió a su hijo Jesús a la Tierra y dejó que los romanos lo torturarán y mataran, ¿por qué iba yo a pedirle que cuidara de mi padre? ¿Por qué pedirle algo así a un mal padre?

A mi lado, mi abuela empezó a llorar con los ojos cerrados. No sabía que eso se podía hacer. Cuando llegó el momento, nadie se nos acercó para darnos un beso en la mejilla y decirnos eso de «La paz sea contigo». Tuvimos que abrazarnos y besarnos y desearnos la paz entre nosotros dos.

—Abuela, todo va a ir bien.

Ella se secó las lágrimas y me acarició la oreja. Al momento me sentí estúpido por decir algo así.

Salimos de la iglesia antes que nadie. Mi abuelo estaba sentado en la plaza, entretenido mirando a contraluz el gas que le quedaba en el mechero. No tardaron en salir el resto de las mujeres, todas bien vestidas, con sus collares y sus labios arrugados pintados de rosa. Algunas cuchichearon al ver a mi abuela. Entonces supe que la gente no va a misa para rezar.

—¡Pascuala, espera! ¡Pascuala!

Es gracioso ver correr a las viejas, parecen patinar sobre hielo. Vestía de negro la señora, tenía las piernas llenas de venas moradas. Abrazó a mi abuela con mucho respeto y le dijo cuánto tiempo, cómo te va.

—Fíjate que ayer mañana me acordé de ti. Vi a tu crío.

—¿Qué crío? ¿Al Agustín?

—No, no. Al pequeño. Hacía siglos que no le veía el pelo. Traía muy mala cara. No le quise preguntar, ya ves tú que yo, pero… Fíjate que ni me acuerdo de cómo se llama.

Aunque mi abuelo no se enteraba de nada, mi abuela le dijo anda y vete tú adelantando al coche. Como me miró a mí, también supe que quería que me fuera con el abuelo. Estuve por decirle que no, que quería quedarme a ver lo que tenía que decir la señora de las piernas moradas, pero la cosa es que casi nunca hago lo que

quiero.

Antes de ir hacia el coche oí cómo le preguntaba a la señora:

—¿Dónde viste a mi crío?

45

—Ayer se me ocurrió una cosa que me hizo pensar más de la cuenta.

—A ver. El qué.

—Echaron una película por la tele. Me quedé viéndola con mi abuela. A mi abuela es que le chiflan las pelis. Era de esas en blanco y negro. Sin color.

—¿Y?

—No era mala. Salía una pelirroja que se llamaba Candy.

—Has dicho que era en blanco y negro, cómo sabes que era pelirroja.

—Era pelirroja porque sólo las pelirrojas hacen lo que ella hizo en la película. ¿Te la cuento o no te la cuento?

—Bueno.

—Vale. Pues va de un ratero que roba a la Candy en el metro, y el tío le birla sin saberlo un microchip con información supersecreta que puede poner en peligro el país si cae en manos de los rusos.

—Los rusos, siempre los rusos. Dando problemas.

—Lo que digo es que esta historia no estaba mal. Hay acción, matan a un par de desgraciados, el ratero se besa con la Candy y, bueno, esas cosas que pasan siempre en las pelis viejas. Lo que me gustó de verdad fue el personaje de la señora que vende corbatas.

—Espera. ¿Corbatas? ¿Qué timada de personaje es ese? Eso te lo acabas de inventar, julay.

—Qué va. La señora que vende corbatas es amiga del prota, del ratero que tiene el microchip. Esta tía sabe todo de todos en la película. Por eso es confidente de la policía o algo así. Tiene un sueño, ¿sabes? Está ahorrando para su entierro. Todo lo que gana lo guarda para tener un ataúd la mar de bonito. Su mayor objetivo

en esta vida es morirse como Dios manda. Luego viene cuando la matan. La asesinan antes de cumplir su sueño, y la pobre señora de las corbatas se queda sin entierro ni flores ni nadie que diga unas palabras bonitas sobre ella o sus corbatas. Se muere de un tiro en el pecho, en la cama de una habitación en la pensión más triste de la cochina ciudad. Sola. Y no sé a ti, pero eso a mí me parece jodido de cojones.

—Puede ser.

—¿Tú piensas mucho en cuándo te vas a morir?

—A veces. Cuando me da lo de la anemia.

—Si tuvieras que elegir un día en que morir, ¿cuál elegirías?

—Sé cuál no elegiría.

—Cuál.

—Mira, podría morirme el día que fuera. Me la suda. De verdad. Menos el domingo. Me harían una porquería si me muriera el domingo.

—¿Por qué el domingo?

—Es cuando veía el fútbol con mi padre.

46

De vuelta, paramos en el Jarro de Oro. Estaba anocheciendo. Mi abuelo quería un Cola Cao. Dentro se olía a fritura. Habría sido raro que oliera a otra cosa distinta. Hacía mucho calor. No había muchos clientes ese día. Me llamó la atención un tipo con pantalón de pana, estaba embelesado mirando la torreta giratoria de cedés. Era un lugar triste aquel. El Jarro de Oro es famoso por su conejo frito con pimientos y por ser el bar más sucio de todo el universo. Es el sitio donde van los que llevan pegado el barro a las suelas de sus Panter, o la grasa en el blanco de las uñas. Una vez mi padre me llevó allí a cenar. Cuando nos trajeron la fuente de conejo y nos comimos la mitad, sacó una mosca muerta del bolsillo. Era bien grande. Tenía pelos, incluso. La echó al plato, la escondió entre las patatas. Después soltó un me cago en Dios bien fuerte e hizo como que se la acababa de encontrar. El camarero no rechistó siquiera, como si lo raro hubiese sido no encontrar nada. Esa noche cenamos gratis.

El abuelo estaba todavía algo descolocado. Normal. Creo que nadie estaría orientado si llevase todo el día desorientado. Mi abuela lo llevaba del brazo.

—Ahí, ahí.

Dijo de sentarse a la mesa bajo la cabeza de un jabalí disecado. Aquello estaba lleno de cabezas de animales disecados. Y de viejos jugando al dominó. A veces, de primeras, nada más entrar, puedes confundirte y no saber muy bien quién está más tieso.

—Un Cola Cao bien caliente. Que arda por dentro.

Eso lo dijo mi abuela. Había cogido esa costumbre. Hablar por mi abuelo.

Al principio le dio por robar en las farmacias y en las

ferreterías y llegaba a la casa con bisagras, machuelos y paquetes de condones. Se los escondía en los calzoncillos. Lo sé porque un día lo vi yo mismo. Supuestamente, íbamos a la pescadería, pero de repente paró el coche y entró en la farmacia de la Corredera. Volvió a los cinco minutos con tres cajas de pasta de dientes con extra de flúor. Lo guardaba todo en su cajón de los calzoncillos. Mi abuela descubrió un día el botín. No quiso preguntarle porque estaba acostumbrada a no hacerlo. Tenía que haberlo hecho porque la cosa fue a peor. Mi abuelo se tiró todo el verano mirando la tele, meándose por ahí, tratando de conducir coches que no eran suyos, hablándole al aire.

Trajeron el Cola Cao, y mi abuela le dio vueltas y vueltas y le sopló con cuidado para que mi abuelo no se quemara al bebérselo. Él, mientras, no dejaba de mirar hacia la puerta, hacia la carretera que se entreveía, la que daba a Sierra Espuña. Allí arriba ya estaba todo negro.

—La madre que la trajo. Se va a helar ahí afuera.

—Tómate esto que se te enfría, venga, Baudilio.

—Nunca ha sabido volver a la casa sola.

Hizo por levantarse. Tiró el vaso de leche y empapó el mantel de papel. Se debió de dar cuenta de lo que había hecho, porque volvió a sentarse y se quedó callado estrujándose el lóbulo de la oreja.

—Te pido otra leche.

Fue a la barra y nos dejó solos a mi abuelo y a mí con el jabalí disecado mirándonos. El olor a leche caliente no tardó en pegárseme a la nariz. Qué asco.

Nunca se había escapado. Hasta esa mañana. En la vida pensé que mi abuela pudiera llegar a preocuparse por mi abuelo. Llamó a los municipales, a mi tío, que tu padre no está, cómo que no está, madre, coño, que no, hijo, que no está, que me he despistado y se me ha ido, pues yo ahora no puedo que estoy en una reunión. Aparecerá. Dieron las siete de la tarde cuando mi abuela me subió con ella al coche y nos paseamos por todos los rincones del pueblo.

Lo encontramos a la hora y pico, tomando camino a Sierra Espuña como si estuviese paseando por una playa en un domingo

de veraneo. Cuando paramos a unos metros y nos vio, yo creo que ni nos reconoció. Después, dijo que le apetecía un Cola Cao.

En la barra, mi abuela le señaló al camarero las botellas que se acumulaban detrás de la máquina de café. Señaló la de licor 103 y el camarero le echó un buen chorro a la leche.

—Abuelo.

Me miró sin dejar de estrujarse las orejas. Parecía empeñado en arrancárselas.

—¿Adónde ibas?

Contestó molesto, dolido por la duda.

—A buscar a la Paca.

Trajo el vaso de leche. Y mi abuela repitió la operación. Esta vez, el viejo se la bebió sin rechistar. Tan sólo aprovechó una pausa entre trago y trago para soltar:

—Pobre. La pobre. Que se me va a helar ahí arriba.

Después se quedó como más tranquilo.

Luego me enteré de que la Paca era la perrita que había tenido de crío.

47

Nos dejó solos cuando se dio cuenta de que había olvidado en el coche el cacharro con el pan de calatrava que le había preparado con tanto cariño la noche anterior. Mi padre odiaba el pan de calatrava. Eso era algo que mi abuela había olvidado. Como tantas otras cosas. Dijo: ahora vuelvo, y ninguno supo decir nada. Hacía calor, así que dejó la puerta de la caseta abierta con el manojo de llaves tintineando, colgando de la cerradura.

Recortada por el marco de la puerta veíamos la huerta. Verde y amarilla.

—Sigue sin llover.

Tenía el sudor pegado a la piel. Se había recostado en el camastro porque le estaba leyendo uno de Mortadelo y decía que sólo se enteraba bien de las cosas si tenía la cabeza apoyada en algún sitio. Si no, las ideas se le aturullaban. Volvió a incorporarse y se sentó encogiéndose de piernas, agarrándoselas por las rodillas. El grillete no dio más de sí.

—¿Te puedo preguntar algo, papá?

Había perdido pelo en esos dos meses. Le clareaba la coronilla. Me di cuenta en ese momento. Me recordó a mi abuelo. Parecía más viejo que él, de hecho. No es que tuviese arrugas ni nada de eso, pero había algo en su cara que le hacía parecer uno de esos ancianos que ves por la calle y de tanta pena que da piensas: a ver si se muere y deja de sufrir de una pobre vez.

—¿Dónde están mis fotos?

No me miraba y ni siquiera creo que me escuchara. Estaba pendiente de la huerta mientras se rascaba el tobillo donde tenía el grillete. Respiraba tan fuerte y con tanta ansiedad que parecía querer atrapar el olor que se colaba de los campos para limpiarse de todo el aire cargado y húmedo que se respiraba allí dentro.

—¿Se ha ido tu abuela?

—Ha ido al coche, pero ahora viene. ¿No sabes dónde están?

—¿Eh?

—Todas mis fotos.

Se encogió de hombros de una manera que me recordó mucho a la manera que tengo yo de encogerme de hombros. Me pregunté qué otras cosas haría mi padre que recordaran a las mías.

—No sé.

—La mamá me dijo que las teníais en un móvil. Y que lo vendiste.

—Yo no vendí nada.

—Ella dice que sí.

Dejó de mirar la huerta, la puerta abierta, las llaves.

—¿Qué fotos? ¿Qué dices? ¿Sabe tu madre que estoy aquí?

—Necesito que me digas a quién se lo vendiste. A lo mejor todavía tiene mis fotos.

—¿Para qué? ¿Qué coño te pasa? ¡Qué coño quieres que haga!

A lo mejor fue impresión mía nada más, pero me sentí fatal porque vi que mi padre parecía estar a punto de echarse a llorar. Pude cerrar el pico y dejar el tema, pedir perdón, darle un abrazo o yo qué sé. Pude hacer tantas cosas diferentes a lo que hice que ni siquiera me paré a pensarlas.

—¿Qué pasa si llega un día y nadie se acuerda de mí? ¿Y si alguna vez ni yo mismo me acuerdo de cómo era?

Ahora tenía toda su atención. Sé que lo que dije le dolió. Y le asustó. Mis miedos pasaron a ser los suyos. Qué sería de nosotros.

—Antes me costaba más. No podía ni saber dónde tenía el ombligo. Pero ya estoy bien, ¿entiendes?, y como estoy bien, todo ha vuelto a su sitio. Aquí dentro puedes hacer pocas cosas, hijo, así que, fíjate, me da por darle a la sesera. Por pensar en ti. Es raro, porque cuando lo hago siempre se me viene a la cabeza un momento del que tú no te acordarás porque eras muy chico, y que, si te digo la verdad, yo tampoco me acuerdo del todo y no sé si se lo ha inventado mi cabeza o pasó de verdad. Pero el caso es que te veo, aunque tú no estés. Y eso es lo que cuenta, ¿o no?

—Supongo.

—Pienso en la salita de la otra casa, ¿te acuerdas?, el piso donde vivíamos los tres, con tu madre y, bueno, antes, cuando antes todo… ¿Había un mueble de mimbre? No sé. Las cortinas eran amarillas, seguro. Sólo estamos tú y yo y vemos la tele, un programa, un concurso de preguntas. Es de noche o de día, qué más da. Estás arrimado a mi lado y yo te toco los deditos del pie porque dices que es lo que más te gusta. Vas descalzo y es invierno. Entonces el tío de la tele lanza una pregunta y el que está concursando se queda así como pasmado más de lo que le da el tiempo, así que pierde y se queda sin el dinero. No dice la respuesta. Pero, de pronto, vas tú y dices: «Júcar. El río Júcar». Y el presentador dice: «La respuesta era: río Júcar». Te miro y tú sigues embobado en la tele, en el concurso, y me resultas de pronto como caído del cielo, hijo.

Cuando terminó, me dio la impresión de que no supo muy bien qué había dicho. Los labios se le resecaron y se volvieron del color de su piel y pareció entonces un hombre sin boca.

—No hace falta que se acuerden de ti. Con que lo haga tu padre es suficiente.

Se estiró, recostándose de lado en el camastro. Le entró frío y se tapó con la manta. Es triste, creo. Es triste recordar algo y que de pronto no exista nada más y tengas que cortar justo en la mejor parte. Como cuando ponen anuncios. Lo de recordar no hace más que sangre.

—¿Tú sabes quién es Rubén Darío?

Tardó en saber que era yo el que volvía a hablar. Se giró para mirarme y fue como si no recordara que estaba allí.

—¿Quién? ¿Uno de tu colegio?

—Es uno que escribía poesía.

—¿Lees poesía?

—Rubén Darío. Nada más.

—Se llama como tú, casi, ¿no?

—Normalmente no entiendo nada de lo que dice. Pero me gusta pensar que ya lo iré entendiendo con el tiempo.

Entró algo de aire caliente, la puerta chirrió y las llaves se agitaron bien lentas. Mi padre se escondió de nuevo en lo que

había afuera.

—Tu abuela tarda mucho.

Me lo estaba pidiendo. Y si lo hice, creo que fue porque parecía que no, que todo había sido cosa mía. Prefirió que creyese que había sido yo el que lo había hecho. Sin duda, ha sido lo mejor que ha hecho mi padre por mí.

Aun así, dudé y me sentí terrible por estar tan asustado. Qué hacía preocupándome por él, no tendría que ser así. Cogí el manojo de llaves con rabia. Saqué la pequeñita. Se la dejé sobre el tebeo de Mortadelo. *El rescate botarate*. Qué chifladura de historia.

—¿Tú te vas a acordar de mí?

Debí de decirle que sí antes de cerrar la puerta y encaminarme hacia el coche.

Tardes del trópico

48

Primero pensé que iba a tirarse al vacío. Luego vi que no, que Juver sólo estaba ahí por las vistas. Además, él no era de esa clase de gente que siempre tira por el camino fácil. A su lado ondeaba la ropa de los tendederos. Miraba las nubes sobre los tejados y las antenas. Fumaba despacio, dando la impresión de estar chupando un Chupa-Chups. Se volvió al oírme llegar. Pensaría que acababa de subir a la terraza, cuando en realidad llevaba varios minutos mirándole.

—Amigo.

Dejé el cesto de la ropa mojada en el suelo. No nos dimos la mano, aunque sé que él me la hubiese dado. Me llamó la atención su camisa de rinocerontes. Era bien bonita. Tenía más botones desabrochados que abrochados. Justo en el centro del estómago le vi una cicatriz rosácea.

—Se me coló un bicho y tuvieron que sacármelo.

Fue lo que dijo. No me lo he inventado.

—Me sirve para recordar.

—¿Recordar el qué?

—Que es mejor dormir con la boca cerrada.

Él siguió fumando y mirando los tejados del pueblo. Yo me puse con lo mío, a tender, porque a mi abuela ese día los dolores la estaban matando y no había podido salir de la cama. Me pidió por favor que me encargara de la casa, y eso era lo que estaba haciendo. Luego Juver me preguntó por ella, y yo le dije que estaba estupendamente.

—Amigo, yo no lo haría.

Señaló la sábana que estaba terminando de colgar. El viento la arrastró hacia mi cara y me dio de lleno el olor a suavizante. Le entraban ganas a uno de quedarse allí para siempre.

—Mira el cielo.

Miré el cielo y vi nubes cada vez más negras.

—Ya viene.

Juver apagó el cigarro y lo que le quedó se lo guardó detrás de la oreja. Me hizo un gesto para que me acercara y me pusiera a su lado, para que viera mejor las vistas. Lo que estaba por llegar. Desde allí se veía casi toda Alhama. Todo parecía mucho más pequeño. Incluso vacío. Era como ver uno de esos pueblos abandonados y comidos por su propia historia. Y nosotros éramos sus fantasmas.

—No parece el mismo pueblo.

—Es que no lo es.

De pronto sentí un calor terrible que me empapó la piel. Miré arriba. Llegaron más nubes, o a lo mejor eran las mismas de antes, sólo que ahora eran más negras y parecían todas una. Casi había olvidado cómo era verlo así.

—Me lo pidió tu abuela. Me dijo: antes de irte necesito un favor. Haz que llueva.

Según me contó, tenía que marcharse de Alhama durante una temporada. No me dijo exactamente por qué. Tampoco quise averiguarlo. No soy quién para exigir secretos ajenos, cuando soy el primero que los lleva escondidos entre las uñas.

El senegalés sonrió como un niño cuando le pregunté:

—¿Puedes hacer que llueva?

La pregunta era estúpida de por sí. Así que la respuesta también lo sería. No había por qué contestar. Juver empezó a reír y yo le envidié, la verdad. Para mí, estar bien era algo inalcanzable. Una carga difícil de llevar que me hacía ser culpable de no sé muy bien qué. Prefería estar mal. Era lo mío. Uno tiene que aprender esa clase de cosas antes de hacerse mayor. Y yo llevaba sintiéndome mayor desde antes de dejar de ser pequeño.

—¿Es verdad que no sabes nadar?

—Es verdad.

Pensé en lo extraño que puede llegar a ser este mundo.

Luego no dije nada más. Nos quedamos los dos mirando las nubes. Esperando la lluvia.

49

El Pelos me dijo que su padre solía grabar cosas. Tenía una cámara de vídeo de esas antiguas y grababa a la gente por la calle, en la playa, tetas bronceadas y culos peludos, espiándolos por las ventanas de sus apartamentos, en el trabajo, en los atascos, en los baños públicos, en el Burger King, en el cementerio. No era director de cine ni nada de eso, tampoco quería serlo, así que lo único que puedo decir es que al hombre simplemente le gustaba capturar momentos. Era una especie de caníbal de la realidad.

Encontramos una caja de zapatos llena de cintas. Lo tenía prohibido, pero el Pelos dijo que le sudaba un huevo y dijo de verlas todas. No vimos más que una.

Reconocimos nuestro pueblo, aunque parecía otro totalmente distinto. Tenía otro color, como más desgastado, pelado por el sol. No había sonido. Cine mudo en color. En la cinta vimos cien palomas sobrevolando la plaza de las Américas, señales de tráfico, el jardín de los Mártires, un borracho tirado en la calle, coches que parecían de otro siglo, la gente era bastante fea en el pasado, vimos a muchos ancianos, ancianos que ahora ya estarían muertos, eso seguro, y los pocos jóvenes que salían no tenían nada de jóvenes, algunos se besaban detrás de los árboles y otros esperaban sentados en los bancos no sé muy bien qué.

Luego vi a mi tío. Al que está muerto. Al que se le comió la cara un perro.

Lo reconocí enseguida porque de primeras parecía mi padre. Iba con otros chicos. Jugaban en el jardín de los Patos, y a simple vista uno diría que no necesitaban mucho más. Sin ninguna duda, mi tío era el líder de la pandilla. Vestía una camiseta de tirantes roja. Tenía las rodillas peladas. Cargaba a la espalda un saco de patatas, sólo que no cargaba patatas. Se acercó y sonrió a cámara

cuando mostró al gato negro que guardaba dentro del saco. Dijo algo. Como no había sonido no escuché lo que decía. Parecía contento. Cada vez que sonreía dejaba al aire la mella de unos dientes todavía construyéndose. Con un gesto le señaló al cámara que prestara atención, dejó el saco en el suelo y se puso en posición, y por un momento me pareció Cristiano Ronaldo a punto de tirar un penalti. Sabía crear expectación. Hasta que uno de los amigos hizo la señal y mi tío pateó la bolsa. Mandó al gato a tomar viento. Todos rieron, y yo pensé en lo desconcertante que es ver a la gente reír sin escuchar sus risas. Para celebrar el gol, mi tío hizo postura de fortachón. Supongo que no sabría que algunos días, o semanas, o meses más tarde iba a estar muerto. No se habría reído tanto, o sí, quién sabe. Quizá sabía eso y mucho más, los niños siempre saben demasiado, como por ejemplo que los fantasmas siempre vuelven, y ese vídeo era la prueba definitiva que demostraba que da igual donde vayas, que siempre acabas volviendo.

Después salió corriendo y se perdió entre los árboles.

50

Cada mañana tardo casi media hora en llegar a clase. Y si hay algo que no aguanto, es tener que madrugar y encima darle a la pata. Me dieron plaza en el Valle de Leiva, que es el *otro* instituto. Se cae a cachos, pero al menos así me siento como en casa. Las clases no me interesan. No quiero ser nada de todo lo que nos prometen que podremos llegar a ser si estudiamos y nos esforzamos. Me da la risa. Mis compañeros se lo creen. A mí me parece una trola muy puñetera. Algún profesor ya me ha dicho que como siga sentándome en la última fila y mi única tarea sea mirar por la ventana, voy a terminar deshuesando jamones en la fábrica. No pierdo el tiempo en decirles que, por mucho que les joda, uno puede hacer siempre muchas más cosas.

Lo único que me gusta del instituto es que en el recreo ya no se mastican rumores sobre mi padre. El patio es demasiado grande. O puede que nadie se acuerde de él. Yo sí. Mi abuela también. Cuando volví a tenerle delante después de casi tres años le mentí, y lo volvería a hacer, porque mentir me sirve para que todo esté bien.

—Todos nos acordaremos de ti.

Mi padre silbó como hacía cuando no se atrevía a acercarse a la casa de mi madre y esperaba a que yo saliese. Me volví y me coloqué bien la mochila porque pesaba como mil demonios. No vi a nadie. Volvió a silbar. Sólo había un coche aparcado más adelante. Vi una mano. La mano de mi padre.

Conducía un Citroën gris que tenía pinta de ser de cuarta o quinta mano. No apagó el motor. Simplemente se mantuvo ahí, a la espera, con la ventanilla del conductor bajada y la mano por fuera, sujetando un cigarro en una pose muy parecida a la que

tienen los cacos en las pelis de polis y ladrones. Tardé en acercarme porque barajé seriamente echar a correr. No me quité la mochila, aunque me estuviese matando.

—Míralo, siempre con algo a cuestas.

—Hola.

La perilla no le quedaba mal, sólo que no sé si se sigue llevando. Le hacía parecer más delgado todavía. Más allá de eso, era el de siempre, el que recordaba. El mismo mal color, ojeras y el sudor. Pero parecía feliz, y no sabría explicar por qué me lo pareció. Hablamos con la ventanilla bajada. No se bajó del coche. Lo primero que hizo fue sonreír, rematar el cigarro, tirarlo y luego cogerme las manos y apretármelas fuerte. Noté las suyas heladas, como si ya no corriera sangre debajo de ellas.

—Estás más crecido.

Dentro, el coche parecía más bien una casa. Todo revuelto y lleno de porquería y ropa y cartones de leche y colillas y otras cosas. Me fijé en el toro que pendía del espejo retrovisor. Y, después, en la mujer que estaba sentaba detrás. Era bastante guapa, aunque con el pelo demasiado sucio. Asomó la cabeza con gesto curioso, queriendo comprobar algo en mí, entonces volvió a meterse para dentro y taparse entera con una manta. Tenía una nuez en la garganta.

—Es Carmen. Una amiga. ¿Tú tienes alguna amiga?

Al pasar un coche por nuestro lado, mi padre giró la cabeza, nervioso, y al comprobar que no era quien él creía que sería, volvió a mirarme como si no pasara nada. Se puso a buscar algo que no encontraba, revolviendo toda la mierda que acumulaba en el coche.

—Dónde coño… Tabaco… ¿Quieres un cigarro, eh, quieres uno?

—No fumo.

—Ah, es verdad. Perdona, hijo. Y haces bien. La hostia de bien, ¿estamos?

Ni rastro del tabaco. Se quedó sin fumar. Estuvimos en silencio y descubrimos que no teníamos nada que decirnos, así que me vi en la obligación de soltar algo que uno esperaría decir en un

reencuentro así y le pregunté dónde has estado.

—Aquí y allí, ¿sabes?

—Yo he estado por aquí.

—¿Con tu abuela?

—Sí.

Le entró piquera en la nariz. Se las rascó. De pronto parecía muy nervioso.

—¿Y cómo está?

—Ahí sigue.

No me dio la gana de contarle la verdad, no tenía derecho a saberlo y preocuparse, que compartiéramos lo que llevaba tragando desde hacía tanto y que, sin duda, me había ganado el derecho a que fuese mío y de nadie más. Para qué contarle que ya no vivía con la Pascuala, que había vuelto donde mi madre, que no estaba mal, porque allí me encuentro a mi aire y sigo a lo mío, que es lo de siempre, lo de todos los días y a ver qué pasa. Tampoco quise contarle que de vez en cuando mi madre y yo nos encontrábamos en la cocina y ella se sorprendía tanto como yo. Que veíamos la tele algunas noches en silencio y dejaba que me cogiera la mano. Era mi madre, eso él ya lo sabía, pero no quería confesarle que echaba de menos a mi abuela.

Dejé su casa cuando la puñetera enfermedad empezó a escacharrarla de verdad y todo se puso demasiado serio: cuando empezó con los vahídos y después con el tratamiento, y mi tío Agustín metió en una bolsa de basura los trofeos de fútbol sala y los *posters* y la ropa de mi padre como si fuese la habitación de un muerto para meter ahí a una mujer siria para que se encargara de cuidarla a todas horas y bañarla, acostarla, darle de comer, de sujetarla en sus paseos cada vez más cortos y cansados, para que le hiciera compañía mientras la Pascuala esperaba.

No había razón para contarle nada de eso y no siguiera con su camino.

—El abuelo está en la residencia del parque. No sé si lo sabes. —Claro que no lo sabía. Eso sí se lo dije. Supe que le daría gusto—. Pero ya no sabe ni dónde tiene el culo.

Asintió muy serio, y por un momento pensé que estaba

molesto conmigo y que subiría la ventanilla y se largaría, aunque no hizo ni dijo nada hasta que abrió la guantera dándole varios golpes y sacó una botella de vino. No tenía etiqueta. Me la dio.

—Yo mismo pisé la uva. La ha hecho tu padre. Este vino lo ha hecho tu padre.

—¿Sí?

—Que sí te digo. En Francia. ¿Sabes dónde está Francia? Es la hostia de bonita, hijo, de verdad, qué hermosura de país y de gente y de todo. Allí saben de vinos una barbaridad, por lo de la vendimia. Estuve viviendo en un pueblecito cerca de los Alpes y me pidieron que me quedara para la vendimia. ¿Sabes cómo hacen los franceses el vino?

No sabía si estaba esperando a que contestara o si iba a seguir, por eso no dije nada.

—Machacan la uva en un barril enorme. Te subes descalzo y empiezas a pisar, así, pam, pam, y parece que estás aplastando hormigas y el jugo que sale cuando revientas la uva está tan caliente como la sangre, pero luego se vuelve todo puré y es como caminar por la nieve. La hostia. Lo malo es el olor, ¿entiendes?, el olor de después, el que se te queda entre los dedos, en la planta del pie, que por mucho que te frotes y frotes es imposible que se te vaya. Las uñas las tengo negras de tanto vino, hijo.

Terminó diciendo que nunca había vivido tan bien. Francia era su país favorito. Dijo los días de la semana en francés, y algunos colores. Carmen se rio de su pronunciación y él la mandó callar.

—¿A ti te gustaría vivir en Francia?

—No sé.

—Yo me hubiese quedado allí. Pero he vuelto por ti.

Sin decir nada más, estiró el brazo y me abrió la puerta del copiloto, esperando a que entrara, pero vio que no me movía de mi sitio. Señaló la botella de vino que había hecho él mismo.

—Tengo un plan, Rubén. De verdad que sí.

Hacer las cosas bien. Eso era todo. Quería ir a Cádiz porque había conocido a un tío que era soldado, paraca o algo por el estilo, y que se entrenaba en la base de San Fernando, y le había

asegurado a mi padre que podría hacer las pruebas y convertirse en militar. Dijo que entonces le darían una pistola, que con una pistola en las manos todo debe salir como Dios manda. Y viviríamos juntos de una puñetera vez, los dos, y Carmen.

A mí no me desagradaba la idea porque Cádiz tiene playa y yo nunca he visto una playa, y lo que más me apetecía era ver la playa y ver qué se sentía al estar delante de ella. Pero yo tenía una serie de responsabilidades que no podía dejar de lado.

—¿Y qué pasa con la abuela?

Pasó otro coche cerca con la música a toda pastilla, pero esta vez fue Carmen la que se puso nerviosa en el asiento de atrás. Le tocó el hombro a mi padre, metiéndole prisa, entiendo. Carmen era la única que de pronto parecía tener algo de lo que preocuparse. Él había encontrado el tabaco y no se iría de allí hasta que no se fumara el último. Fue a encendérselo, pero ahora no encontraba el encendedor.

—No tienes fuego.

—No.

Arrugó el cartón y lo tiró sobre el asiento de al lado. No quiso mirarme cuando dijo lo siento.

—Lo siento, hijo.

Fui a devolverle la botella. No la aceptó. Era un regalo. Para mí. En ese momento, si me hubiesen concedido un deseo, fuera cual fuera, habría pedido un mechero para encenderle el cigarro a mi padre. Era lo mínimo que podía hacer por él.

—Dime la verdad.

Dije que sí, aunque él sabía que eso de decir la verdad era algo bastante complicado.

—Has cambiado. Estás más guapo, más listo, seguro, más todo. Ya eres más alto que yo y te queda por crecer. Me da envidia tu abuela, pero se merece tenerte porque no hay en el mundo mejor mujer que ella. Pero hay cosas que no cambian ni van a cambiar jamás, y creo que eso está bien. Como que os quiero. Y he pensado en esto mucho, y también he pensado en los recuerdos donde os tengo y en que todavía estando como he estado la hostia de lejos, lloviéndome encima y con frío y con un sueño que no me

dejaba ni tenerme de pie, he pensado que esos recuerdos no se han enterado de nada. Siguen como están.

Ahora sí, me miró.

—Dime la verdad. ¿Os acordaréis de mí?

—Todos nos acordaremos de ti.

Le bastó. Subió la ventanilla y a través de ella creo que me dijo que me quería. Esperó unos segundos más con el coche arrancado sin soltar el volante, aguantando a ver si cambiaba de opinión, pero vio que no, que ya estaba todo hecho, metió primera y se marchó de allí con su Citroën y su amiga Carmen. Con ese coche no llegarían muy lejos.

Miré la botella de vino. Los dedos me los había dejado pegajosos. Le acabarían de arrancar la etiqueta. No supe cómo me sentía, y creo que eso hizo que al rato me sintiera peor.

A lo mejor, quién sabe, si volvemos a vernos, debería decirle a mi padre que yo también le quiero.

51

Todavía no tenía todos los dientes en su sitio, pero ya sabía morder. Quienes empezaban a conocerlo sabían que las cosas no iban a salirle nunca como él quería. Si hubiera tenido cerca a alguien que quisiera escribir su historia, le habría dado para varios libros. A su lado sólo se movían tábanos ansiosos de mierda de perro. Mi padre era de los de la condena de masticar sangre y cargar con más problemas de los que podría soportar. Únicamente necesitaba a alguien que le tirara fuerte de la correa. Era el jovenzuelo, los otros conducían ya coches siempre limpios por fuera, pero con las alfombrillas llenas de huellas. Decían, es un buen zagal, pero algo *alelao*, mejor no tocarle mucho las narices. Él ni siquiera tenía los años para una moto. Lo que no quita que supiera manejarlas. Conducía que daba gusto. Las robaba aún mejor. Hay chavales que prefieren hacer otras muchas cosas, pero a mi padre le gustaba robar motos. Le pagaban poco por algunas, por otras nada, pero era tan bueno y le metía tanta rosca a la máquina que para él robar una moto era algo tan necesario como mear nada más levantarse. Algunas veces le dejaban que les acompañara los sábados por la noche. Esas noches, los pies de mi padre no tocaban el suelo. No se le veía el pelo hasta los lunes por la mañana. Empezó pronto a probar cosas que no debía, pero no creo que haya ninguna edad concreta para tomar cosas que no se deben.

Su madre andaba ya algo preocupada. Su padre no: estaba convencido de que su hijo no iba a llegar a los quince. Alguna noche sonaría el teléfono y una voz sin mucho dentro le diría: su hijo se ha estampado contra un muro o se ha tirado a las vías del tren o yo qué sé.

Una vez robó la moto equivocada. Una Montesa del 82. Era la

Montesa del cabo Juan. Supieron que era él porque él era el único que se atrevería a robar la moto de un policía. Así que lo encontraron en las vías, porque mi padre siempre solía ir a las vías a ver los trenes pasar. Estaba allí, sentado en la moto, fumándose su tercer cigarro. Hacía un día precioso.

—Tiene usted una moto la mar de bonita.

—Lo sé, hijo, por eso me toca los huevos que me la roben.

El cabo Juan y otros dos polis más le dieron tantas hostias que de tanto dolor no le salieron las lágrimas. Lo levantaron con mucho cuidado del suelo y le dieron un cigarrillo para que se lo fumara. Mi padre no podía sostenerlo entre los labios, así que el propio cabo Juan se lo acercó a los labios como si fuesen dos viejos amigos.

—Un día de estos vas a matar a tu madre del disgusto.

—Antes me mato yo que hacerle eso a mi madre, cabo.

Fueron a meterlo en el coche patrulla. Pasó un tren. Se lo quedaron mirando.

—¿Adónde irá?

—Y yo qué coño sé. Sube al coche ya, copón.

A nadie le importaba adónde iban los trenes. A mi padre sí que le importaba. No podía evitar pensar adónde iría toda esa gente.

Yo soy aquel que ayer no más decía

52

Se ha puesto tan guapa que no parece que esté ya cadáver. Parece justo lo que es, una mujer y nada más. Adila siempre me deja que vaya a verla o la acompañe en sus paseos cuando la Pascuala agarra fuerzas. Así que le pareció una idea estupenda cuando le conté mi idea. Adila le ha pintado los labios del color de unos pendientes a juego y puesto unos zapatos de medio tacón que la abuela guarda en una cajita al fondo del armario. Están tan nuevos que parecen de estreno. Es la primera vez que la veo sin su delantal. Yo me he comprado una camisa azul marino y una de esas pajaritas que están ya hechas, con su nudo y todo, de las que sólo hay que ponérselas y ya está. Al principio me he sentido un poco ridículo, pero luego el fotógrafo me ha dicho que la pajarita me hace parecer alguien importante, así que he decidido dejármela puesta.

Tiene la cámara sujeta a un trípode, apuntando directamente a un fondo blanco. Nos dice: poneos ahí, los dos, que yo os regulo la luz en un santiamén. No he conocido a muchos fotógrafos en mi vida, pero este me parece buen tipo. Cuando fui a informarme, sentí canguelo, por si le daba por timarnos, pero ahora lo veo moviendo focos y haciendo cosas que sólo saben hacer los fotógrafos de verdad, y me quedo más tranquilo. Le pregunto por su nombre. Los nervios, se ve.

—¿Te llamas?

—José Ángel. ¿Y tú?

—¿Yo? Yo Rubén.

Termina de colocar el foco. La luz directamente en mi cara. Mira a mi abuela. A mí. La pajarita. Sonríe.

—Es un nombre bonito.

José Ángel se pone detrás de la cámara, amagándose para ver

mejor por el objetivo. Adila nos sonríe desde un lado. Le devuelvo la sonrisa, pero me pongo otra vez serio cuando el fotógrafo nos indica que nos arrimemos más. Mi abuela tarda en comprender. Le duele hasta pensar. Pide perdón. Se pega a mí, hombro con hombro. Huelo su perfume. Sus manos. El olor a lejía mezclado con el azahar de Victorio & Lucchino. Sé que ya, a partir de ahora, jamás podré separar una cosa de la otra. José Ángel ve que mi abuela lleva colgado el bolso, le dice que se lo quite, pero ella se lo esconde debajo del ala y dice que no, que ella de su bolso no se separa. Me da su mano y la noto sudada, y ella debe de pensar lo mismo porque yo también la tengo empapada. De pronto me preocupa lo que está por venir. ¿Es mejor sonreír o quedarme así como estoy? Tengo miedo a mover la cabeza en el momento del clic y que cuando la foto se revele salga mirando hacia los lados. Que cuando pasen los años y tenga delante esa foto no quiera verme así, recordarme sin rostro, sin nada detrás, como si nunca hubiera pasado. Me pregunto si en aquella imagen también se capturará todo lo que hemos hecho.

Le aprieto la mano con fuerza a mi abuela y por un momento creo que le estoy haciendo daño, pero ella no dice nada y siento cómo saca todo para devolverme un apretón todavía más fuerte. Estamos juntos en esto. Eso le digo. O a lo mejor no lo hago y sólo lo estoy pensando. Pero el caso es que dejan de sudarnos las manos.

—Sonreíd.

No sonreímos. No hace falta. Lo sabemos. Todo está bien. Va a estar bien.

—Güisqui.

Antes del *flash* recuerdo algo.

Nota del autor

No sé si acostumbras a leer esta parte. Pero si lo estás haciendo ahora mismo, lector, eres el primero a quien debo dar un doble agradecimiento. Por elegir esta novela de entre tantas, y por terminarla.

Aunque antes que tú hubo otros lectores que me ayudaron con sus consejos a colocar con cuidado los ladrillos del edificio. A Diego Pinillos, Mario Suárez, Alba Menor, Acoidán Méndez, Chiqui Carabante, Javier Chacártegui, Ximo Peris, Silvia Herreros de Tejada, Antonio Martín Sebastián, Sara Alquézar, Daniel Martín Serrano, Joaquín Ordóñez, Eloy Azorín, Ramón Campos, Miryam Galaz y, cómo no, a mi gran amigo David Orea. Gracias eternas por vuestro tiempo, cariño y cervezas compartidas.

Ellos no lo saben, pero la Alhama de Murcia que habéis leído se ha escrito gracias a los temas y situaciones y obsesiones que mis amigos y yo hemos compartido desde que nos conocimos cuando todavía no sabíamos que podíamos ser lo que somos ahora. Por eso, a Salvatore, Diego, José, Carlos, Andrea, Jorge, Ángel, Carlisquios, Felipe, Aurora, Cánovas, Mariano, Agustín, David, Antonio José y José Antonio, a Germán: gracias. Puede que me haya tocado imaginar esta historia a mí, pero es bonito pensar que nos pertenece a todos.

Se dice siempre, pero es la pura verdad y miente quien diga lo contrario. Gracias a mi familia: la Serrano y la Molina. Gracias por estar siempre aquí, aunque yo suela estar allí. Se llevan el premio gordo mis padres y mi hermana, cómo no, por todo lo que me enseñan, por ponerme siempre una historia en las manos. Por quererme.

Por último, esta novela y las siguientes se han escrito para las dos Claras de mi vida. La madre y la hija. Las dos me hacéis mejor

en todo lo que importa; y creo que también en algo que importa menos: en ser mejor escritor. Me regaláis el tiempo, las ganas y la ilusión. Ahora entiendo a Nick Cave: «Me transformo, estoy vibrando, estoy brillando…, estoy volando».

Si todavía sigues aquí, lector, quizá te interese saber (o no) que la escritura de esta novela ha ido en paralelo con las lecturas enfermas de *El tiempo es un canalla*, de Jennifer Egan; *Abducciones*, de Pablo Remón; *Caídos del cielo*, de Ray Loriga; *Agua salada*, de Charles Simmons. La música de Julianna Barwick, Kendrick Lamar, Nino Bravo, M-Clan y los Temptations me ayudaba a parar, coger aire y seguir.

Nos veremos en el camino.

SALVADOR S. MOLINA

DURANTE JULIO DE 2023, EN MADRID.

El mal hijo
Salvador S. Serrano

Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-670-7249-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realizaicón Planeta